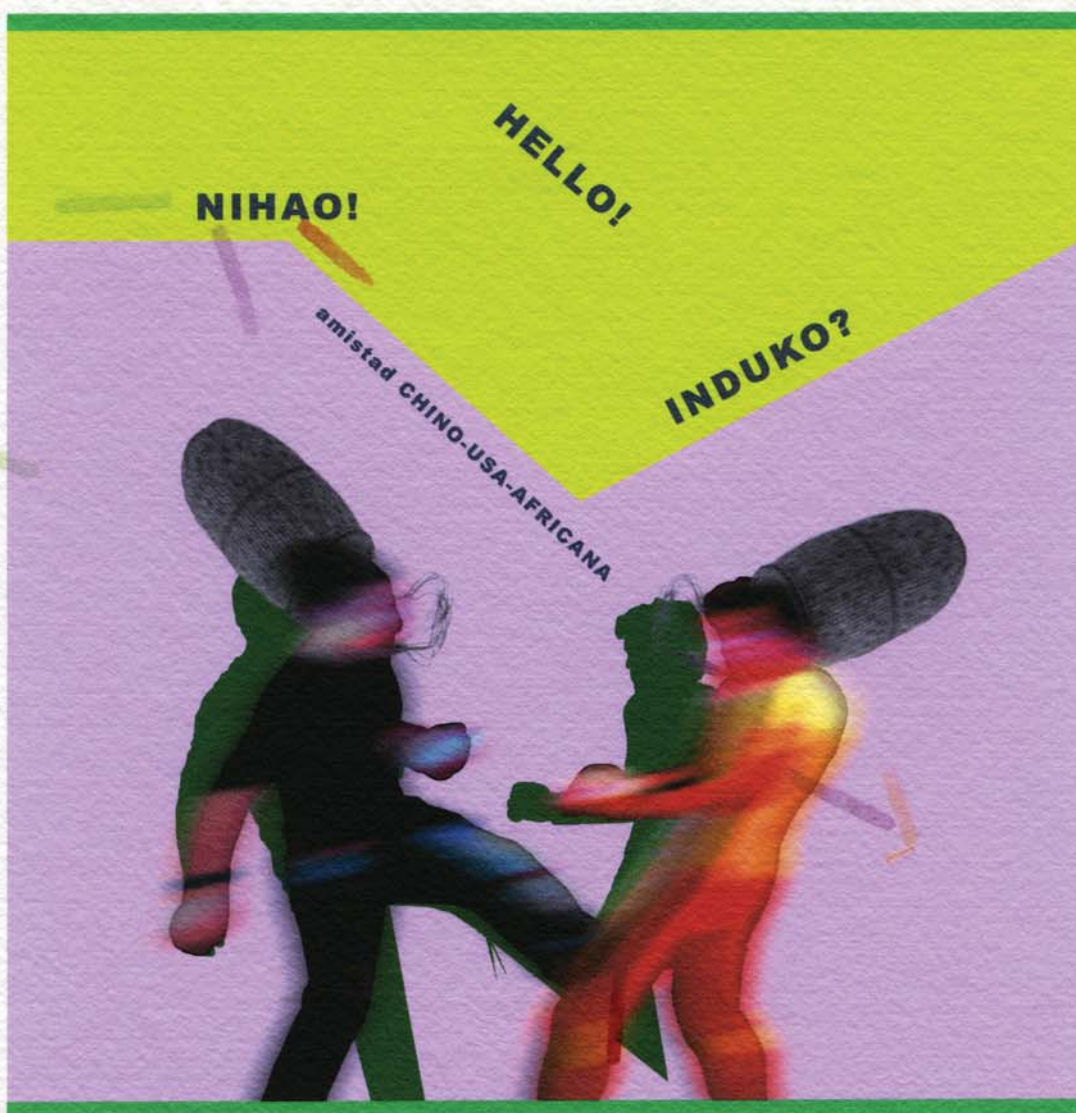


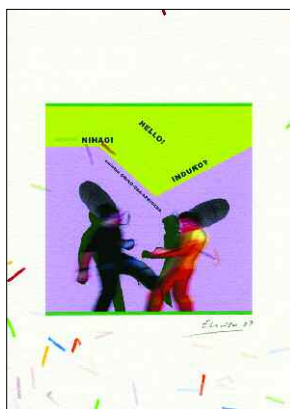
Rolde

Revista de Cultura Aragonesa

1. Francisco Diego de Sayas Rabanera y Ortubia, historiador de La Almunia de Doña Godina (1598-1678).
2. Bob Doyle en Aragón: memorias del último brigadista irlandés.
3. Que el recuerdo vuelve tierno hasta el pan duro de ayer. Cien años de aragoneses en Barcelona.
4. Ángel Petisme, el poeta que nació del ciervo. 5. "Criptonita" y "El Juego". 6. Poemas.
7. FÓRUM: Luis Salas/Pablo Iglesias



elvira 09



Portada: Rubén Enciso

03_ Editorial: Símbolos públicos

04_ Francisco Diego de Sayas Rabanera y Ortubia,
historiador de La Almunia de Doña Godina
(1598-1678)

Francisco Zaragoza Ayarza

12_ Bob Doyle en Aragón:
memorias del último brigadista irlandés

Chesús Yuste Cabello

20_ Que el recuerdo vuelve tierno
hasta el pan duro de ayer.
Cien años de aragoneses en Barcelona

Carlos Serrano Lacarra

30_ Ángel Petisme, el poeta-cantante
que nació del cierzo

Antonio Ibáñez

42_ “Criptonita” y “El juego”

Patricia Esteban

Fotografías: Primo Romero

52_ Poemas

Víctor Guiu y Sergio Grao

Ilustraciones: Magp

58_ FÓRUM

CURSO DE DISEÑO

Luis Salas

UN ENSAYO PERSONAL DE POESÍA VISUAL

Pablo Iglesias

Edita

Rolde de Estudios Aragoneses

Consejo de Redacción

Javier Almalé
Pilar Bernad
Jesús Gascón
Santiago Gascón
Víctor Juan (Coordinador)
José Ignacio López Susín
José Luis Melero
Antonio Pérez Lasheras
Vicente Pinilla
Carlos Serrano

Consejo Asesor

José Luis Acín
Chesús Bernal
Ismael Grasa
Antonio Peiró
Carlos Polite

Redacción

Moncasi, 4, entlo. izqda.
50006 Zaragoza
Tel. y Fax: 976 37 22 50
info@rolde.org
http://www.rolde.org

Correspondencia

Apartado de Correos 889
50080 Zaragoza

Diseño

Javier Almalé

Maquetación

Pilara Pinilla

Impresión

INO Reproducciones
Impreso en papel reciclado

ISSN: 1133-6676

Depósito Legal: Z-63-1979

_SÍMBOLOS PÚBLICOS

Según el Diccionario de María Moliner un símbolo es una cosa que representa convencionalmente a otra. Cuando se trata de símbolos sociales estos se construyen con el tiempo, al calor de la memoria colectiva y nunca por imposición. Cualquiera puede elegir símbolos, marcas o logotipos para sus negocios particulares. Sin embargo, no es buena práctica imponer los símbolos de todos.

Afortunadamente, en sociedades como la nuestra ni los políticos, ni la alta jerarquía de las iglesias, ni los ricos ejercen el poder absolutamente. Pero el ejercicio continuado del poder deja un poso en la manera de entenderse. Es relativamente frecuente que personajes públicos se eleven a sí mismos a la condición de estadistas, que crean que tienen fórmulas para solucionar todos los problemas, que se consideren ungidos para ver lo que nadie ve o que reclamen un trato excepcional en cualquier situación.

Como si se tratara de un efecto secundario producido por el uso frecuente del coche oficial, en poco tiempo estos personajes toleran mal la crítica y la discrepancia. También hay que tener en cuenta que lo habitual en los séquitos, las cortes, las curias y los gabinetes es que reúnan a aduladores y no a críticos. Y esa capa de vanidad que despierta *la claqué* se convierte en una boira que termina por impedir que quienes ejercen el poder lean acertadamente la realidad.

Un país, un pueblo, una ciudad no es solo un territorio delimitado por accidentes geográficos, edificios, plazas, fuentes y monumentos. Son espacios públicos que nos pertenecen a todos, pensados para el encuentro de los vecinos, espacios que nos protegen y que nos hacen la vida más fácil. En estos espacios se deposita la memoria de las personas que en ellos se encuentran, interaccionan, sufren o son felices, trabajan, celebran sus reencuentros o sus despedidas. Son espacios cargados de significados compartidos que se materializan en los nombres de las calles, en los lugares elegidos para las celebraciones y los duelos.

Los símbolos de los territorios y las ciudades sobreviven al paso del tiempo, unen a un pueblo, despiertan un sentimiento de identidad y nos hacen entender que formamos parte de un grupo que comparte unos valores, un paisaje, una historia y un futuro común. Estos símbolos que nos proyectan en el exterior y nos ponen en relación con el resto del mundo, no se imponen ni por mayorías absolutas, ni por ser hijos de la modernidad, ni con costosas técnicas de *marketing*.

editorial

FRANCISCO

DIEGO

DE SAYAS

RABANERA

Y ORTUBIA,

Memoria delas heredades que tienen
en el término de Bida los executores de
Doña Agustina de Sayas este año de
1690

1 Primo un campo en el Mengranillo que es de
tierra una fanega once almudes y medio con
frente con campo de Miguel Bista y campo de la
vicaría

2 Segundo campo en los angeles que es de tierra
dos fanegas y medio almud con frente con cam
po de fco. Donben y campo de Mathias Caro
bantes

historiador de La Almunia de Doña Godina (1598-1678)¹

4 Tercer campo en los Angeles que es de tierra
seis fanegas y tres almudes con frente con cam
po de Antonio Donoro y campo de Don Juan
de Maras

5 Cuarto campo allí mismo que es de tierra
siete fanegas y diez almudes con frente con
campo de fco. Sanchez y campo de fco.
Lopez

6 Quinto campo en Sobrecapues es de tierra
dos fanegas y dos almudes con frente con
campo de Joseph Lauron y campo de la Coladina
y otra en medio

1. Los contenidos del presente artículo proceden de la siguiente publicación, editada en soporte DVD: FRANCISCO ZARAGOZA AYARZA (2007), Francisco Diego de Sayas Rabanera y Ortubia, poeta e historiador de La Almunia de Doña Godina (1598-1678), [Madrid], Ayuntamiento de La Almunia de Doña Godina.

ANTECEDENTES FAMILIARES DE FRANCISCO DIEGO DE SAYAS RABANERA Y ORTUBIA²

En el siglo XVI una rama de la familiar Sayas trasladó su residencia desde Calatayud a La Almunia, lugar en la que adquirió relevancia y estableció vínculos con los sectores sociales más influyentes.

Los abuelos paternos de Francisco Diego de Sayas³ fueron Alonso de Sayas y Jerónima López Generes, quienes contrajeron matrimonio en 1569. Jerónima descendía de una familia de infanzones de La Almunia, su padre fue Jerónimo López Generes y su madre Juana de Maza. La base patrimonial fundamental de Alonso era la propiedad agraria, campos repartidos por diversos términos: en Calatorao veinticuatro campos; en Ricla una viña y seis olivares; en Calatayud varias casas, dos viñas y un vergel; y en La Almunia un cerrado, diez campos, dos olivares y tres viñas, además de una casa, que confrontaba con el Hospital de la villa. Alonso de Sayas y Jerónima López Generes fueron padres de Juana, Diego y Jerónimo.

En los primeros días de 1616 falleció en La Almunia Alonso de Sayas, su cuerpo sin vida fue reconocido en la casa de la plaza de la villa, donde reposó vestido con el hábito de san Francisco. Entre sus disposiciones testamentarias estaba la de ser enterrado en el convento de San Cristóbal, próximo a Alpartir, donde yacía el cuerpo de su hijo Jerónimo y el de su esposa Jerónima López. El carnerario estaba situado delante del altar de los Sayas. Dejó como legítimos herederos a sus hijos Diego, Juana y a Lorenza, doncella, hija natural de Alonso.

En 1594 fue formalizada la capitulación matrimonial de Diego de Sayas con Ana María de Ortubia, hija de Isabel de Sesé y huérfana de Antonio de Ortubia. El 11 de febrero de 1616 Diego de Sayas, estando enfermo, otorgó su testamento. Dispuso ser enterrado en el convento de San Cristóbal, en el mismo lugar en el que reposaban los restos de sus padres. Sus herederos fueron sus hijos Francisco Diego, que llegaría a ser cronista de Aragón, Jerónimo y Agustina de Sayas. Ana María de Ortubia, por su parte, había redactado su testamento en enero de 1613. Dispuso ser enterrada en la cisterna que los Ortubia tenían en la iglesia del convento de San Cristóbal, citaba a sus hijos Francisco Diego, Jerónimo, Esteban Manuel y Agustina de Sayas.

Francisco Diego de Sayas fue bautizado el 19 de mayo de 1598 en la iglesia parroquial de La Almunia, fueron sus padrinos Gaspar Antonio de Ortubia, su tío, e Isabel de Sesé, su abuela.

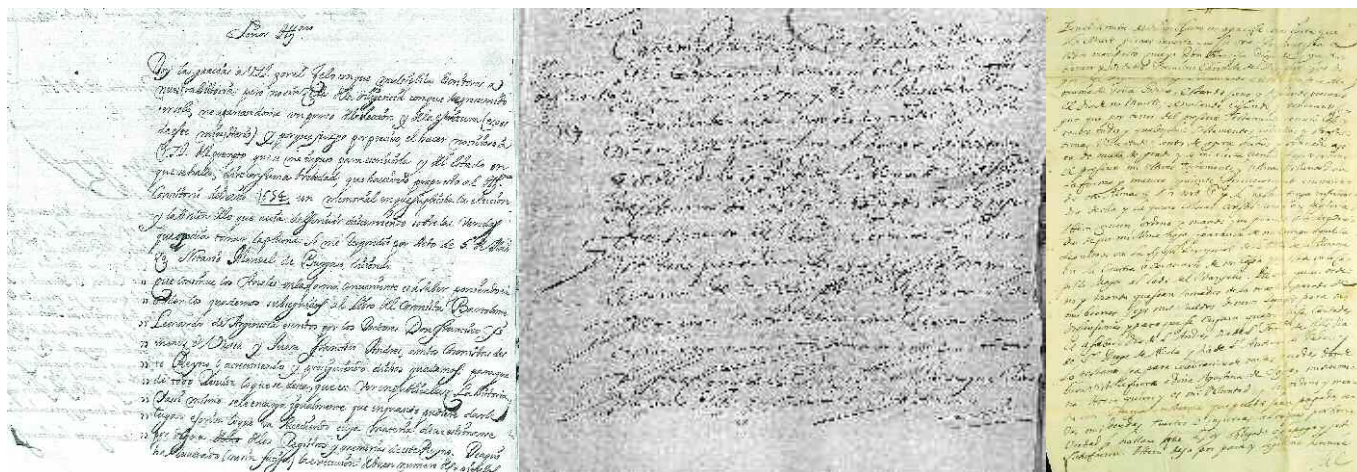
Durante el año 1616 nuestro protagonista vivió importantes acontecimientos: fallecieron su abuelo paterno y su padre, además Francisco Diego de Sayas y Eugenia Clara Ximénez Torrero y Embún convinieron sus capitulaciones matrimoniales. Los hijos nacidos de este matrimonio fueron: Diego, Rodrigo, Francisco, Catalina, Jerónima, Ana María y Paula.

El 7 de septiembre de 1634 Francisco Diego de Sayas otorgó un testamento, en él expresó que quería ser enterrado en el convento de San Cristóbal, en la capilla en la que fueron inhumados su padre y abuelos, a los pies del altar de la Virgen de la Concepción. Dispuso que el cadáver de su esposa Eugenia Clara Ximénez fuera enterrado a su lado, lo mismo que los restos de sus hijos Diego y Rodrigo, depositados todavía en 1634 en la capilla de los Ximénez de la iglesia parroquial de La Almunia. Este temprano testamento no tuvo vigencia, ya que Francisco Diego de Sayas vivió todavía muchos años y redactó otras disposiciones testamentarias posteriores. Poco después de ser redactado el citado testamento Francisco Diego de Sayas, ya presbítero, lo modificó con un codicilo fechado el 18 de octubre de 1635 y si inicialmente había dispuesto ser enterrado con el hábito de san Francisco, dado su nuevo estado religioso decidió ser enterrado con el de sacerdote.

El 12 de enero de 1678 procedieron al acto de dar fe de la muerte y a la apertura del último testamento de Francisco Diego de Sayas, que había sido redactado y cerrado el 19 de junio de 1674. El notario José López Generes testificó que en la casa de la plaza de la villa, propiedad de Francisco Diego de Sayas, en un cuarto bajo, donde había un oratorio y altar, sobre una tarima cubierta por un paño, estaba su cuerpo sin vida, vestido con hábito sacerdotal. Entre las disposiciones testamentarias indicaba su voluntad de ser sepultado en la iglesia parroquial de La Almunia, en el carnerario de los Sayas, situado en la capilla Mayor, al lado del Evangelio. Otra disposición testamentaria ordenaba que los ejecutores testamentarios tomaran 6.000 sueldos dineros jaqueses para la realización de misas cantadas y rezadas. Como beneficiaria incluía a su hija Ana María de Sayas, monja profesa en el convento de Trasobares. A su hermana Agustina le legó la casa de la plaza de la villa de La Almunia y otras propiedades. A su amigo el licenciado Miguel de Acha y Molina, beneficiado de la iglesia parroquial de La Almunia, le dejó la obra de Jeremías Drexel, en dieciocho tomos, que se hallaba en

2. Los datos familiares referidos a Francisco Diego de Sayas proceden de los protocolos depositados en el Archivo de Protocolos Notariales de La Almunia (APNLA) y de los Libros Sacramentales del Archivo Parroquial del mismo lugar.

3. Alonso de Sayas, casi con toda seguridad, fue el primer Sayas que se estableció en La Almunia. Fue nieto de Diego, hijo de Alonso, y tuvo un hermano de nombre Felipe, que falleció en La Almunia en 1593.



Memorial presentado a los diputados, por el cronista Francisco Diego de Sayas, en solicitud del título de cronista mayor del Reino (Real Academia de la Historia. Colección Salazar y Castro, documento H-25, p. 504)

Nominación de crónista del Reino de Aragón por parte de los diputados, a favor de Francisco Diego de Sayas Rabanera y Ortubia, caballero y presbítero de La Almunia, en sustitución de Francisco Ardres de Uztarroz el 6 de septiembre de 1553 (Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza, Fondo del Reino de Aragón, sig. 479, pp. 358v)

Testamento de Francisco Diego de Sayas Rabanera y Ortubia, (APNLA, sig. 502, notario José López Generes, día 12 de enero de 1678)

su librería. En el mismo testamento citaba la existencia de una cédula que lo ampliaba, localizada en lo que definía como el baúl de los papeles, dentro de una cartera firmada por Francisco Diego, en la que mencionaba su biblioteca, sobre la que dispuso su venta, las cantidades de esta procedencia deberían ser destinadas a la celebración de misas.

El día 31 de julio de 1681 José Patricio Borau, notario de La Almunia, procedió a dar fe de la muerte de Agustina de Sayas, hermana de Francisco Diego. El cuerpo sin vida descansaba en el cuarto alto de la casa de los Sayas, situada en la plaza de la villa, vestido con el hábito de san Francisco. Seguidamente abrieron el testamento de Agustina, una plica cerrada entregada el 21 de junio de 1679 y no firmada debido a su estado de salud y por tener impedido un brazo. Dispuso ser enterrada en el carnerario de los Sayas, de la iglesia de La Almunia, además de destinar 6.000 sueldos dineros jaqueses a gastos funerarios y misas. Su sobrino Rodrigo de Sayas recibiría 6.000 sueldos, una renta anual de 2.000 sueldos y el usufructo de una casa, situada junto a la de la plaza, que lindaba con el callizo sin salida de la calle Carnicerías. A su sobrina Josefa de Sayas, quien vivía con Agustina, le corresponderían 2.000 libras jaquesas y una casa contigua a la de la plaza. Dejó heredera universal a su sobrina Ana María, hija de Francisco Diego de Sayas y monja en el convento de Trasobares. Agustina dejó abierta la posibilidad de que pudiera disponer de la herencia para establecer un convento en La Almunia, en el caso de no prosperar la iniciativa designó herederos, para después de los días de

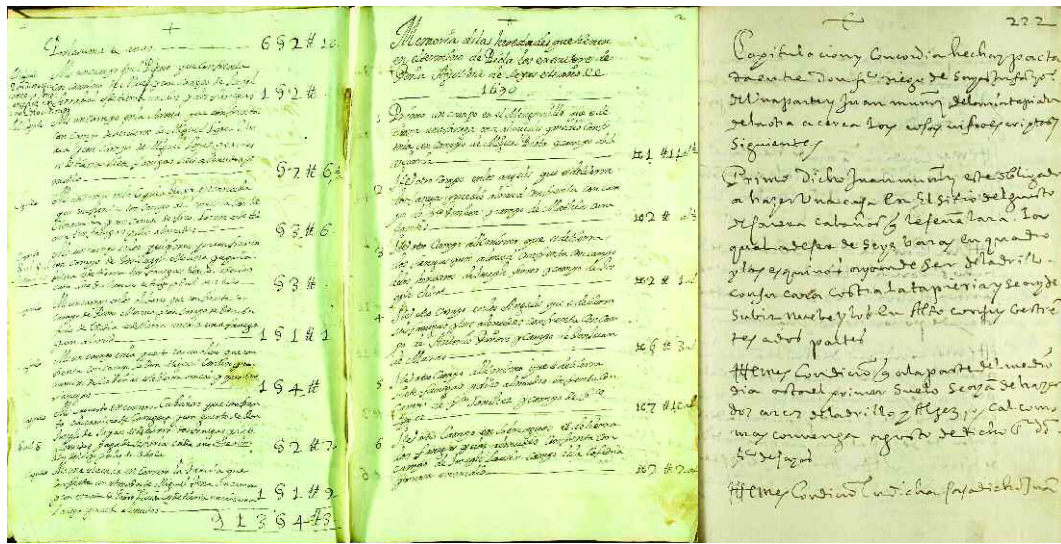
Ana María, a Josefa y Rodrigo de Sayas, a Diego de Ortubia, también sobrino de Agustina, y al presbítero Miguel de Acha. Al convento de San Lorenzo le legó un censo de 5.000 sueldos jaqueses de renta anual, con la obligación de que los frailes impartieran la doctrina cristiana en la plaza de la villa los días festivos.

El reparto de los bienes de los Sayas fue controvertido. Las partes interesadas no se conformaron y hubo disputas hasta llegar a acuerdos. Jerónimo de Sayas, sobrino de Agustina y de Francisco Diego de Sayas, a través de su curador⁴, se personó en un proceso sobre la aprehensión de bienes por el monasterio de Trasobares, del que fue monja Ana María de Sayas, última heredera de la línea directa de Francisco Diego de Sayas⁵. Las alegaciones de José de Sayas, hermano menor y curador de Jerónimo, se remontaban a la posesión original de los bienes por sus bisabuelos Alonso de Sayas y Jerónima López Generes e incidían en que posteriormente los bienes fueron transmitidos a su hijo Diego de Sayas, vinculándolos para que no pudieran ser enajenados, quien a su vez los legó a su hijo Francisco Diego de Sayas. Ana María fue la única hija que le sobrevivió y a ella le correspondió la sucesión en la titularidad. Agustina de Sayas, su tía y hermana de Francisco Diego había fallecido en 1681 sin hijos ni descendientes. Así pues Jerónimo y José, primos de Ana María, eran los únicos parientes directos vivos y consideraban legítimos sus derechos de herencia.

El Capítulo eclesiástico de La Almunia, con el argumento de que Agustina de Sayas entre sus últimas disposiciones

4. Dada su condición de demente Jerónimo disponía de una persona, su curador, designada para la defensa de sus intereses.

5. Las alegaciones del jurista Baltasar de Yanguas y García, fechadas en 1692 e impresas, están depositadas en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, con la referencia G-74-9 (29).



Libro de la Ejecución testamentaria de doña Agustina de Sayas y cuenta de los administradores (1690 a 1731), depositado en el Archivo Parroquial de La Almunia

Capitulación y concordia entre Francisco Diego de Sayas, infanzón, y Juan Muñoz, tapiador, para construir una casa en un huerto situado en Carrera Cabañas, valorada en 95 escudos, fechada el 7 de agosto de 1625 (Archivo de Protocolos Notariales de La Almunia de Doña Godina, sig. 837, p. 221v)

dejó diferentes bienes para fundaciones que cubrieran los gastos del entierro, misas y aniversarios, procedió a la aprehensión de bienes, a la cual se opusieron Ana María, José y Rodrigo de Sayas. Finalmente llegaron a acuerdos y composiciones en el reparto de bienes, con el desmembramiento del patrimonio de la Casa, buena parte del cual fue a parar al Capítulo de La Almunia⁶.

El monasterio de Trasobares, por su parte, alegaba tener derechos, al recibir los bienes procedentes de Ana María de Sayas, religiosa de la orden cisterciense, ya que no tuvo la voluntad de restituirlos, una vez fallecida, a su primo Jerónimo, de tal manera que quedaban legitimados en parte los derechos sucesorios del monasterio de Trasobares.

SAYAS HISTORIADOR Y CRONISTA DEL REINO DE ARAGÓN⁷

_El oficio de cronista del Reino de Aragón

El cargo de cronista del Reino de Aragón tiene su origen en 1547, en las Cortes de Monzón. Con el argumento de que la historia de Aragón estaba olvidada fue adoptado el acuerdo de otorgar un salario a una persona, que fuese experta en crónicas e historia de Aragón, con grandes conocimientos y diligente.

El primer cronista oficial del Reino fue Jerónimo Zurita, nominado el 31 de mayo de 1548. En 1581 le sucedió Jerónimo de Blancas y Tomás y a este una larga relación de cronistas: Juan Costa y Bertrán, Jerónimo Martel y Losilla, Lupericio Leonardo de Argensola, Bartolomé Llorente, Barto-

lomé Leonardo de Argensola, Francisco Ximénez de Urrea, José Pellicer de Ossau Salas y Tovar, Juan Francisco Andrés de Uztarroz, Francisco Diego de Sayas, Juan José Porter y Casanate, Diego José Dormer y Pedro Miguel Samper, con quien terminó la serie de cronistas del Reino, coincidiendo con la desaparición de las instituciones aragonesas y la centralización administrativa de la Nueva Planta establecida por Felipe V.

Nombramiento y obra de Sayas como cronista de Aragón

El almunienso Francisco Diego de Sayas Rabanera y Ortubia fue nombrado cronista de Aragón, por los diputados del Reino, el 6 de septiembre de 1653, tras el fallecimiento del cronista Andrés. Presentó un memorial, cuyo manuscrito está depositado en la Real Academia de la Historia (RAH), y del que se hizo una edición, que salió de la imprenta con 11 páginas⁸, sin la referencia del lugar ni del año de edición. En él Sayas citaba profusamente a los historiadores más reconocidos en el momento y exponía su visión, propuestas y líneas de actuación a seguir como cronista del Reino. Fue debatido por los diputados en marzo de 1654, quienes dispusieron que Sayas continuara los Anales de sus antecesores, poniendo en orden los cuadernos de los cronistas Bartolomé Leonardo de Argensola, Ximénez de Urrea y Andrés de Uztarroz; además le fue encargada la labor de escribir las crónicas coetáneas.

El primer trabajo conocido de carácter histórico emprendido por Sayas fue una carta publicada en un libro editado en 1653, cuyo autor fue el también almunienso Juan Ginto, fraile franciscano, lector jubilado, calificador de la Suprema y General Inquisición, con el título *Divina y humana milicia...9*. Sayas recibió para su censura los manuscritos de Juan Ginto

6. En el Archivo Parroquial de La Almunia existe un libro, identificado con el número 29, que es el "Libro de la Ejecución testamentaria de doña Agustina de Sayas y cuenta de los administradores". En el mismo aparece la gestión del patrimonio legado, entre 1690 y 1731.

7. Los datos referidos a la etapa de Sayas como cronista proceden del Archivo de la Diputación del Reino, depositado en el Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza.

8. Con el encabezamiento: *Al Ilustrissimo Reyno de Aragon en sus diputados Don Pedro Jorge Fernández de Yzar...* Otro ejemplar de esta obra está depositado en la biblioteca del Palacio de Sástago, dependiente de la Diputación Provincial de Zaragoza, con la signatura 10.080/9 (54).

9. Juan GINTO (1653), *Divina, y humana milicia, y reglas militares, enseñadas por el dueño, y soberano Señor de los ejércitos. Política militar, parte prime*, Zaragoza.

antes de ser impresos, la respuesta del cronista, en forma de carta, fue elogiosa hacia su autor.

Sayas emprendió pronto su labor de cronista, como podemos constatar en las épocas otorgadas en 1654, en las que reconocía haber recibido libros y documentos que fueron del cronista Andrés, su antecesor en el cargo, y haber extraído del Archivo de la Diputación del Reino nueve cuadernillos de los cronistas, aunque con la observación de que no podía sacarlos de las casas del Reino. Los primeros momentos de Sayas en el ejercicio de su oficio fueron de una cierta incomodidad, al carecer de dependencias adecuadas para desempeñar su cometido. Estas circunstancias cambiaron a partir de mayo de 1655, momento en el que los diputados aprobaron asignarle una habitación y aposento para depositar los documentos y libros, y poder trabajar en la historia del Reino. Esta decisión coincidió con la entrega de un cuaderno de las crónicas e historia del Reino. A lo largo de casi diez años de investigación Sayas centró su atención en la fase del reinado de Carlos I desde 1521 hasta 1527. Los diputados expresaron su descontento por la lentitud de los trabajos de Sayas, comparaban la entrega y capacidad del primer cronista Jerónimo Zurita, quién dio a la imprenta seis volúmenes, que abarcaban desde el año 710 hasta el 1516, con la escasa capacidad de trabajo de los cronistas posteriores, contraponían los ochocientos años investigados por Zurita frente a los seis años documentados por Sayas. Esta situación continuaba la observada en relación con los cronistas Leonardo, Urrea y Andrés, todos ellos escasamente prolíficos y dados a reescribir lo ya adelantado por los predecesores. La alternativa de los diputados del Reino, dado que los cronistas ordinarios estaban protegidos en sus derechos por las disposiciones forales, fue recurrir al nombramiento de cronistas honorarios o extraordinarios, lo cual propició también la existencia de tensiones.

Las relaciones entre Sayas y la Corporación no siempre fueron cordiales. El descontento de algunos diputados, por la marcha lenta y errática de los Anales, se materializó el 28 de junio de 1661 con la nominación de fray Miguel Ramón Zapater, religioso de la orden de san Bernardo del monasterio de Rueda, como cronista extraordinario, con todos los honores, pero sin salario y sin menoscabo de los privilegios del cronista Sayas. En el mismo día los diputados también procedieron al nombramiento del capitán José Pujol y Felices, residente en Madrid, con las mismas condiciones que a Ramón Zapater. Sayas redactó e imprimió un memorial dirigido al Reino de Aragón, en el que se quejaba de estos nombramientos de cronistas honorarios. Se lamentaba amargamente de que su silencio y cortesía habían sido mal interpretados y en palabras del propio Sayas: «[...] no contento el padre Zapater de haberme quitado la pluma de la mano, como lo ha hecho en la compilación de los Anales, se

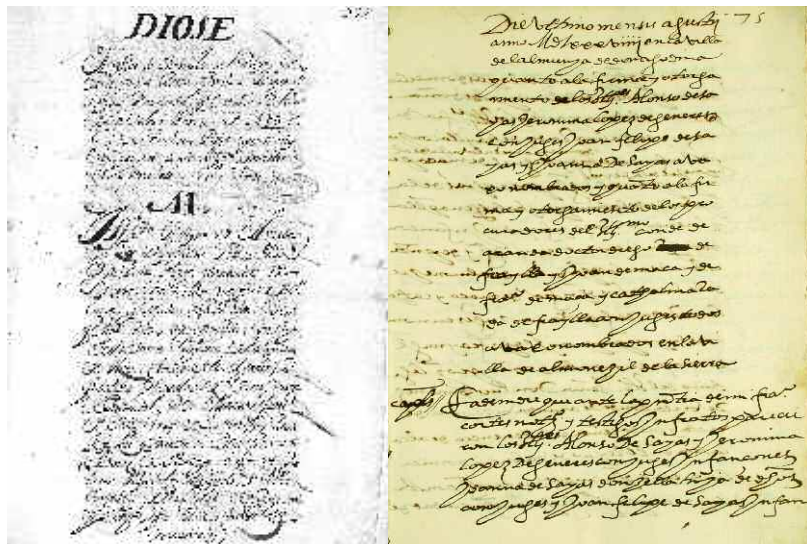
quiera alzar con todo [...]» Incluso consideró que eran atacados su honor y su familia, viéndose obligado a remontarse a sus antecesores, reivindicando la dignidad del apellido Sayas. Ramón Zapater se defendió y justificó su nominación como cronista extraordinario dada la falta de continuidad de los Anales, de esta manera suscribía los argumentos esgrimidos por algunos diputados del Reino. A Zapater le fue encomendada la continuación de los trabajos del cronista Andrés y en nueve meses preparó un libro que proseguía la historia de Carlos V desde 1521 hasta 1528, no es de extrañar que Sayas se sintiera atacado y considerara que estaban invadiendo el trabajo a él encomendado. Interpuso súplicas argumentando que la nominación de Zapater era contraria a las disposiciones forales aragonesas. En 1663 Sayas promovió una jurisdicción ante la Corte del Justicia de Aragón para que se le reconociera la posesión pacífica en el desempeño del cargo de cronista del Reino, de una manera ininterrumpida y cobrando los salarios desde su nombramiento¹⁰. El 5 de mayo de 1664 los diputados anularon la nominación de Zapater y prohibieron el tomo impreso, del que mandaron cortar los ejemplares que tenía en su poder la Corporación.

Al sentirse agraviado Sayas había solicitado a los diputados la concesión del título de cronista mayor, para diferenciarse de los extraordinarios, y que ninguno interfiriera en el periodo histórico investigado por él. Atendieron sus súplicas el 14 de septiembre de 1661 y declararon que a partir del momento se le reconociera y llamase cronista mayor del Reino. La práctica de la nominación de cronistas extraordinarios continuó, los diputados seguían considerando que el ritmo de trabajo era lento, además el cronista Sayas era propenso a sufrir achaques de salud y deseaba desplazarse siempre que podía a su casa de La Almunia.

Los diputados procedieron posteriormente al nombramiento del padre José Fernández de la Compañía de Jesús como cronista extraordinario. A diferencia de lo sucedido con Zapater la nominación y el encargo trasladado al padre Fernández contó con el parecer favorable de Sayas.

Sayas, seguramente herido en su amor propio, intensificó su actividad como cronista y el 10 de mayo de 1663 se produjo el mandato de los diputados para la obtención del permiso para la impresión de sus *Anales*. Dos años después la Corporación concordó con la Compañía de Jesús de Zaragoza el suministro de papel para la impresión del tomo de los Anales de 1520 a 1525, del que se iban a tirar 1.500 ejemplares. En septiembre de 1665 Sayas estaba trabajando en las pruebas de imprenta. En una carta dirigida desde La Almunia a los diputados, fechada en el mismo mes de septiembre de 1665, expresaba sus miedos a volver a Zaragoza por los calores de la ciudad y por la incomodidad de su alojamiento, circunstancias que no aliviaban sus problemas de

10. Así se puede comprobar en el documento 8-14 del archivo parroquial de la Iglesia de San Miguel de Zaragoza, depositado en el Archivo Diocesano de Zaragoza.



Memorial presentado por Francisco Diego de Sayas a los diputados del Reino, en el que propone una línea de trabajo después de su nominación como cronista del Reino (Real Academia de la Historia H-25, pp. 335-348v)

Capitulación matrimonial entre Francisco Diego de Sayas y Clara Ximénez, hija de Luis Ximénez, infanzón de La Almunia, fechada el 3 de noviembre de 1616 (Archivo de Protocolos Notariales de La Almunia de Doña Godina, sig. 830, p. 402)

salud, por este motivo suplicaba que se le autorizase a permanecer en La Almunia hasta primeros de octubre, momento en el que se centraría en la impresión de los Anales hasta su conclusión. Finalmente su obra *Anales de Aragón desde el año de MDXX del nacimiento de nuestro Redemptor hasta el de MDXXV* fue impresa en 1666.

En 1664 Sayas elaboró un pequeño trabajo, sobre genealogía, referido a la familia Ram¹¹, con la que tuvo vinculación familiar. Águeda Ram fue fundadora de un beneficio en La Almunia, del que Francisco Diego de Sayas llegó a ser patrón desde 1618. Fue editado, con algunas erratas: aparece datado el 27 de agosto de 1664 en la Almania, evidentemente debería poner La Almunia, y como autor Francisco Diego de Zayas, cuando fue Sayas; esta confusión no fue excepcional, en la dedicatoria de *La mocedad de Roldán*, de Lope de Vega, aparece como Francisco Diego de Zayas.

En la edición de los Fueros y observancias del Reino de Aragón de 1667, fue incluido un discurso elaborado por Sayas. En él refería los orígenes antiquísimos de las normas peculiares de Aragón y argumentaba sobre el carácter pactado de los fueros, entre la Corona y el Reino, que requerían un juez medio. Además Sayas reconocía el gran nivel de los especialistas implicados en la edición y el rigor en el tratamiento de los aspectos formales de la edición.

Los problemas de salud de Sayas eran evidentes, en 1669 solicitó a los diputados su jubilación y que le exonerasen de continuar en el cargo de cronista, por hallarse falto de salud y fuerzas para cumplir con sus compromisos como cronista. Los diputados accedieron a lo solicitado, reservándole los honores y el título de cronista mayor, además de la mitad de los salarios: 100 libras jaquesas anuales, que tenía obligación de abonarle su continuador en el oficio de cronista.

El 12 de mayo de 1669 Sayas escribió una epístola que antecedía la reimpresión (la cuarta vez según las propias palabras del historiador de La Almunia) del primer tomo de los *Anales de Zurita*¹². El tono del escrito es de alabanza hacia Zurita, lo que desmiente la afirmación de cierta ingratitud hacia el primer cronista, al que «[...] tan mal supe imi-

tar [...]», según afirma en primera persona y con cierto pesar el propio Sayas.

REFERENCIAS A LA ACTIVIDAD LITERARIA DE SAYAS

Antes de concluir el presente artículo insertamos algunos apuntes de la actividad literaria de Sayas. Aunque el objetivo principal sea el de aproximarnos a las circunstancias personales y a la faceta de historiador del escritor de La Almunia, pretendemos transmitir una imagen amplia de su actividad.

Buena parte de la vida cultural del siglo xvii giró en torno a las academias, que siguiendo modelos italianos fueron centros de aprendizaje y conocimiento, dirigidos a combatir la ociosidad, interesados en la poesía y las armas, dado el componente principalmente caballeresco de las citadas academias. Existe constancia de la academia promovida por el conde de Guimerá, conocida como la Pitima, la cual funcionaba al menos en 1608; de la promovida por Francisco Fernández de Castro, conde de Lemos, Virrey de Aragón, a la cual estuvieron vinculados personajes como Alberto Díez y Foncalda, Juan Lorenzo Ibáñez de Aoiz y Juan Francisco Andrés. En el *Aganipe* de Andrés de Uztarroz¹³, que fue editado a finales del siglo xviii, aparecen muchos de los poetas de la academia del conde de Lemos, es posible que Sayas participase en Zaragoza en algunas de las sesiones. Sayas, en una de sus cartas¹⁴, sugiere a Andrés de Uztarroz la posibilidad de que sus escritos fueran comentados en las academias, casi con toda seguridad se refiere a la del conde de Lemos y posiblemente también a la de los Anhelantes, promovida por el propio Andrés de Uztarroz, que funcionó entre 1628 y 1653. Las academias fueron escuela de imitación de los maestros Góngora, Lope y Quevedo, y mantuvieron el interés por la poesía y la cultura.

11. Un ejemplar de esta historia de la familia Ram está depositado en la RAH, Colección Salazar y Castro, documento E-14 ó 9-352, pp. 141-143v.

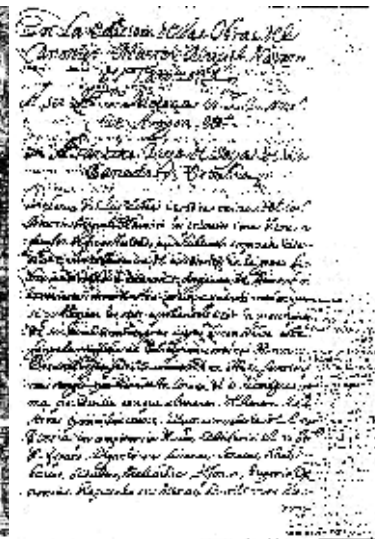
12. Jerónimo ZURITA (1669), *Anales de la Corona de Aragón*. Zaragoza.

13. Juan Francisco ANDRÉS DE UZTARROZ (1781), *Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la fama*, Amsterdam.

14. Carta fechada el 13 junio de 1652. Véanse las pp. 639 a 640 del manuscrito 8389 de la Biblioteca Nacional de España.

Manuscrito del Discurso sobre la poesía aragonesa de Francisco Diego de Sayas, depositado en la Biblioteca Nacional de España, con el número de signatura 6685

Portada de la edición de los Anales de Francisco Diego de Sayas



Los personajes aragoneses del ámbito cultura estuvieron al día y relacionados con las últimas tendencias y aportaciones literarias. Góngora, con matices, tuvo honda influencia y numerosos seguidores en Aragón, las alabanzas de Andrés Uztarroz hacia el poeta cordobés fueron reiteradas. La presencia de Góngora se había dejado sentir ya en el *Cancionero de 1628*¹⁵, aunque la influencia clasicista de los hermanos Argensola contrarrestó el peso de la corriente culterana. En el Certamen poético que la Universidad de Zaragoza consagró al arzobispo don Pedro de Apaolaza, en 1642, podemos constatar la influencia de Góngora al mismo tiempo que la huella clasicistas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola. Poco después, en el Certamen de Nuestra Señora de Cogullada, celebrado en 1643, autores como Jerónimo Cáncer y Velasco, Juan Lorenzo Ibáñez de Aoíz y Juan Nadal, mostraron una clara adscripción a las tesis gongorinas. En 1650 fue editada la *Palestra numerosa austriaca, en la ciudad de Huesca*, en la imprenta de Juan Francisco Larumbe y a la que concurrieron poetas como Juan Lorenzo Ibáñez de Aoíz, Gabriel Bocángel y Unzueta, Manuel de Salinas y Lizana, Sayas, Juan Nadal y José Pellicer, todos amigos de Lastanosa. Personajes como Jerónimo de San José (1587-1654), respetado y bien relacionado, advertían contra la oleada de metáforas y elementos retóricos, que podían ocultar los conceptos; de la misma manera Martín Miguel Navarro Moncayo, cuya poesía fue cuidada y elegante, también admirador de los Argensola, reaccionó contra el estilo oscuro. El resultado fue la configuración, en Aragón, de una línea ecléctica, entre el clasicismo y el estilo gongorino, sinónimo en el momento de erudición y cultura.

Entre las aportaciones literarias de Francisco Diego de Sayas vamos a destacar el *Discurso sobre la poesía aragonesa*, escrito en fechas cercanas a 1646 y dedicado al citado Martín Miguel Navarro y Moncayo¹⁶, nacido en Tarazona en 1600, lugar en el que falleció en 1644. Fue un personaje de gran cultura, estudió historia, letras, matemáticas, poesía, geografía y literatura. Viajó a Italia, entabló relaciones con el conde de Monterrey, virrey de Nápoles, del que fue su secretario. De vuelta en España obtuvo una canonjía en Tarazona. Gozó del trato de Bartolomé Leonardo, al cual apreciaba y admiraba, sentimiento que fue recíproco, y del que fue discípulo y partidario, siguiendo su austeridad y pulcritud, su cla-

sicismo y elegancia en materia literaria. Parte de la obra de Martín Miguel Navarro ha permanecido manuscrita. El documento 6685 de la Biblioteca Nacional de España contiene poemas de Navarro, la recopilación, ya preparada en 1646, estaba lista para ser impresa, pero esto no sucedió. Únicamente alguna parte fue editada en 1781 en Ámsterdam, por Ignacio de Asso, con el título *Mantissa: stirpium indigenarum aragoniae*. El manuscrito comienza con un elogio de Jerónimo de San José, fechado el 20 de enero de 1646, continúa con unos apuntes biográficos a los que les siguen las composiciones literarias recopiladas de Martín Miguel Navarro, para finalizar, cosa que nos interesa especialmente, pensando en el objetivo del presente trabajo, con un discurso escrito por Francisco Diego de Sayas, con el título *Discurso sobre la poesía aragonesa*. Esta aportación tiene cierta independencia dentro del manuscrito.

En el *Discurso* Sayas confiesa su participación en justas poéticas y certámenes literarios, de los que refiere su intervención en algunos como juez. Se define como «amantísimo alumno» de Martín Miguel Navarro. El *Discurso*, como habían hecho Lope de Vega en el *Laurel de Apolo* y Andrés de Uztarroz en el *Aganipe*, es una evocación poética referida a los más destacados literatos aragoneses. Destaca a autores clásicos: Marco Valerio Marcial, Aurelio Prudencio, San Orencio, Marco Máximo, San Braulio, etcétera; hasta llegar a ingenios más cercanos en el tiempo: Vicencio Blasco de Lanuza, Martín Carrillo, los Argensola, Diego de Funes, Luis Díez de Aux y muchos otros, entre ellos los almunienenses Miguel Pablo García y Martín de Extremera, para concluir con varias páginas dedicadas a exaltar la figura del canónigo Martín Miguel Navarro. Sayas, en rápidas pinceladas y con una prosa fluida, efectuó una aproximación a la historia de la literatura aragonesa, aunque esta fuera somera y las ausencias muchas y notables.

FALLECIMIENTO DE SAYAS

Francisco Diego de Sayas falleció el día el 12 de enero de 1678 en su querida villa natal de La Almunia, lugar en el que buscó refugio siempre que pudo, huyendo del ambiente poco agradable para él de la ciudad de Zaragoza.

15. José Manuel BLECUA (1945), *Cancionero de 1628*, Madrid.

16. En la Biblioteca Nacional de España está depositado el manuscrito 6685, que perteneció al cardenal Antonio de Aragón, posteriormente a Juan de Iriarte, más tarde pasó por la Biblioteca de Salvá, recalando finalmente en la Biblioteca Nacional. José Manuel Blecua fue el editor de las Poesías de Martín Miguel Navarro, impreso en Zaragoza en 1945.

BOB DOYLE

The image is a full-page red-tinted collage. On the right side, a raised fist is visible, wearing a dark sleeve. To the left of the fist, there is a book cover with Spanish text: '39', 'TIENTES AUSTRIACOS', 'ERNACIONALES;', 'ANTI-FASCISTA', 'PAÑA Y DE AUSTRIA', and '939'. At the bottom left, there is a plant with large, dark leaves. The entire image has a strong red color scheme.

_CHESÚS YUSTE CABELLO
Historiador



EN ARAGÓN:

MEMORIAS
DEL ÚLTIMO
BRIGADISTA
IRLANDÉS



Un treintañero Bob Doyle retratado en los años 1950

Curioseando hace unos años entre las estanterías de una librería en Dublín, la librería republicana por antonomasia, me llamó la atención un título en castellano: *Memorias de un rebelde sin pausa*¹. Se trataba de la autobiografía de Bob Doyle, un irlandés que había participado en la guerra civil española formando parte de las Brigadas Internacionales y que había estado combatiendo en tierras de Aragón, en escenarios que nos resultan tan familiares. El libro, editado en 2002 en español por la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales con la colaboración del Ayuntamiento de Rivas-Vaciamadrid (Comunidad de Madrid), formaba parte del esfuerzo de esta asociación por recuperar la memoria de aquella generación de hombres extraordinarios que decidió poner en juego su vida por defender la libertad en una tierra extraña, en una guerra que no tenían por qué haber considerado como propia. Unos dieron su vida para detener el fascismo y otros sobrevivieron para contarlo.

Uno de los supervivientes más activos, habitual en los actos de homenaje a los brigadistas tanto en España como en Gran

Bretaña o Irlanda, ha sido precisamente Bob Doyle. Tras el fallecimiento de Michael O'Riordan en mayo de 2006, Doyle se convirtió en el último brigadista irlandés y, en el 70.º aniversario del estallido de la guerra civil española, vio la luz la versión de sus memorias en inglés: *Brigadista. An Irishman's Fight Against Fascism*². Su imagen era asidua no solo en los actos conmemorativos de la guerra de España, sino también en las movilizaciones contra la guerra de Irak u otras convocatorias pacifistas y de izquierda en las últimas décadas, con su figura inconfundible, siempre tocado con su boina y, en los últimos años, con un parche sobre el ojo izquierdo. Bob Doyle solo dejó de luchar el 22 de enero de 2009, cuando la muerte se lo llevó, a punto de alcanzar los 93 años, tras una breve enfermedad en Londres. Sirva este artículo como homenaje a su vida, un ejemplo de rebeldía «sin pausa»³, de compromiso y de lucha por la libertad y la justicia.

UN TESTIMONIO DEL SIGLO XX

Las memorias de Bob Doyle resultan ser un testimonio en primera persona de la historia del siglo xx, desde los primeros años de la Irlanda independiente, marcados por la miseria y el integrista religioso, hasta la lucha por la paz en plena guerra fría entre las dos superpotencias nucleares, pasando por la lucha contra el fascismo, primero contra los *Blueshirts* en Irlanda y después contra el ejército franquista en la España desgarrada por la guerra civil. Con un estilo directo, el autor va repasando su vida cronológicamente, arrancando desde una infancia («huérfano en una sociedad cruel») que probablemente le encaminó hacia su juventud rebelde y una madurez de pleno compromiso político y social.

Bob Doyle nació el 16 de febrero de 1916 en Dublín, en el seno de una familia obrera, católica y numerosa. Al poco tiempo, su madre fue incapacitada e internada en un asilo y las Hermanas de la Santa Fe del Orfanato de Santa Brígida pasaron a ocuparse de los niños. Separado de su familia, acogido en hogares pobres, sometido al castigo físico por parte de las monjas, obligado a trabajar como peón agrícola desde los diez años, Bob creció odiando la crueldad y la injusticia: «Esas experiencias fueron beneficiosas para mi educación ciudadana y para entender y valorar mejor la vida».

1. Bob Doyle (edición de Severiano Montero) (2002), *Memorias de un rebelde sin pausa*, Rivas-Vaciamadrid, Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales (AABI). El testimonio de Bob Doyle, terminado de escribir a primeros de los noventa, enriquecido con más de un centenar de notas del editor Severiano Montero, se acompaña de anexos escritos por sus hijos Robert y Julian y la activista Phyllis Green, un prólogo sobre la historia irlandesa, poemas de brigadistas y abundante información sobre los homenajes recibidos en las últimas décadas en Irlanda y España.

2. Bob Doyle, with Harry P. Owens (2006), *Brigadista. An Irishman's Fight Against Fascism*, Blackrock (Co. Dublín), Currach Press.

3. La expresión «rebelde sin pausa» procede del título del documental sobre la vida de Bob Doyle que realizó la televisión pública británica BBC en 1993: *Rebel Without a Pause*.

Eran años duros aquellos que siguieron a la guerra de independencia y a la guerra civil⁴. A la secular pobreza de la sociedad irlandesa se vinieron a sumar en los años treinta los efectos de la Gran Depresión y la «guerra económica» con Gran Bretaña⁵. La escasa educación que había recibido Bob de aquellas monjas (se limitaba a religión católica, lengua gaélica y nacionalismo) difícilmente podía ayudarle a conseguir un empleo digno. El joven Bob se ve envuelto en las contradicciones de su tiempo: por un lado, arrastrado por el fervor religioso y la histeria anticomunista (Bob llegó a participar en un ataque multitudinario de sectores ultracatólicos contra la Connolly House, sede del grupo de trabajadores revolucionarios⁶), pero por otro, impulsado por una naciente conciencia de clase que le lleva a acudir a manifestaciones contra el paro y en demanda de prestaciones por desempleo, precisamente junto a aquellos «rojos peligrosos». Y en ese contexto experimentó Doyle sus primeras peleas contra el fascismo, encarnado en los «Camisas Azules», y también su incorporación al IRA⁷ de la mano del veterano de la guerra de independencia Kit Conway⁸, aunque pronto ambos abandonarían la línea exclusivamente nacionalista del IRA para optar por una nueva organización de corte socialista.

Diez años después de la guerra civil irlandesa, los sectores más radicales de ambos bandos se habían articulado como nuevas organizaciones, a imagen de las grandes ideologías que sacudían la Europa del momento. En el interior del IRA (derrotado en la guerra civil y debilitado tras la escisión de Eamon de Valera), se había organizado un sector abiertamente socialista en torno a figuras como Peadar O'Donnell, Frank Ryan y Kit Conway, entre otros. Para ellos, la unificación nacional no era suficiente si no iba acompañada de una revolución social. Seguidores del ideario del sindicalista James Connolly⁹, que integró el republicanism irlandés y el socialismo, este grupo fundará en 1934 el Congreso Republicano (*Republican Congress*).

Enfrente, en el seno del bando vencedor en la guerra, esto es, en el partido conservador Fine Gael, el general Eoin O'Duffy había creado una milicia denominada los *Blueshirts* (camisas azules), que aspiraba a imponer un sistema corporativo-fascista en Irlanda. Los dos nuevos contendientes ya

estaban listos. Los *Blueshirts* querían erradicar por la fuerza el comunismo de Irlanda, mientras que para los republicanos de izquierda el fascismo era un nuevo enemigo que debía ser combatido. La violencia en las calles entre socialistas y fascistas irlandeses empezó a ser habitual. Y su enemistad llegaría a trasladarse a tierra extranjera, pues ambos grupos participarían en la guerra civil española en bandos enfrentados, como veremos a continuación.

Bob Doyle tenía 20 años el 18 de julio de 1936 cuando se produjo el golpe militar en España que dio paso a la guerra civil. En la Europa de los años treinta, en la que se extendía el fascismo ante la pasividad de conservadores y liberales, España se convirtió en materia de debate, obligando a definirse a los diversos agentes políticos y sociales. También ocurrió en Irlanda. La jerarquía católica apoyó abiertamente al general Franco, con declaraciones expresas desde los púlpitos. El gobierno de De Valera se acomodó en una tibia neutralidad que, al prohibir el apoyo a la República española, de hecho suponía decantarse del lado franquista (así lo ve el propio Doyle). Mientras, el general O'Duffy se aprestaba a viajar a España con sus Camisas Azules con el objetivo de ganar prestigio en la guerra junto a Franco, de cara a una próxima toma del poder en Dublín¹⁰. Solo a la izquierda irlandesa parecían importarles los atroces crímenes de guerra cometidos por los militares españoles alzados contra la legalidad republicana. La gente del Congreso Republicano estaba convencida de que, si no se paraba el fascismo antes, Irlanda se convertiría pronto en un país fascista. Eso les alentó a ir a España.

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES: IRLANDESES EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Lo mismo pensaron miles de personas en todo el planeta. De ese compromiso antifascista surgió un acontecimiento

4. La guerra de independencia (1919-1921) concluyó con el Tratado angloirlandés, que reconocía a la mayor parte de Irlanda una práctica independencia como Estado Libre, eso sí, bajo la Corona inglesa y consagrándose la partición (seis condados del Ulster continuarían como provincia británica). A continuación estalló la guerra civil (1922-1923) que dividió a los nacionalistas irlandeses entre partidarios y detractores del Tratado, resultando vencedores los primeros.

5. En 1932 el gobierno nacionalista encabezado por Eamon de Valera pretendió acabar con la dependencia económica del Reino Unido y debió afrontar un duro pulso con los poderes económicos irlandeses.

6. Embrión del Partido Comunista de Irlanda (CPI), fundado en 1933.

7. El Ejército Republicano Irlandés (IRA) había sido declarado ilegal por el Gobierno de De Valera.

8. Kit Conway había participado también en la guerra civil irlandesa en el bando anti-Tratado. Voluntario de las Brigadas Internacionales, murió en la batalla de Jarama defendiendo a la República española.

9. James Connolly (1868-1916), líder sindicalista y fundador de organizaciones políticas socialistas, dejó un importante legado ideológico recogido por toda la izquierda irlandesa hasta nuestros días. Supo unir la causa obrera socialista y la causa nacional irlandesa. Creó la milicia obrera Ejército Ciudadano Irlandés. Participó en la insurrección de Pascua de 1916, como uno de sus dirigentes, por lo que fue condenado a muerte y fusilado.

10. O'Duffy ya había intentado en 1933 una Marcha sobre Dublín, a imagen de la Marcha sobre Roma de Mussolini, pero sin éxito.



Foto histórica de unos voluntarios irlandeses de la Columna Connolly en la guerra de España

histórico difícilmente repetible: las Brigadas Internacionales, que han representado el más importante ejemplo histórico de solidaridad de individuos de todo el mundo con un pueblo que luchaba por su libertad. Hace más de 70 años, 35.000 voluntarios procedentes de 54 países de los cinco continentes vinieron a España a defender la II República española y a combatir el fascismo. En sus filas había un amplio abanico de antifascistas de todo tipo: comunistas en su mayoría, pero también socialistas (como el futuro Canciller alemán Willy Brandt), anarquistas o simplemente progresistas. Por nacionalidades, el grueso eran franceses (entre 10.000 y 15.000), por delante de exiliados de países bajo dictadura nazi o fascista (unos 5.000 alemanes y austriacos y unos 4.000 italianos) y unos 2.500 británicos y 2.000 estadounidenses. También llegaron voluntarios de México, Abisinia, Polonia, Albania, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Suecia, Holanda, Cuba o Rumanía. Un pequeño ejército heterogéneo de obreros e intelectuales, algunos con experiencia en la I Guerra Mundial, que vino a representar un desafío a la torpe política de las democracias europeas que habían dejado indefensa a la República española mientras los ejércitos y el armamento de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini participaban activamente apoyando al ejército golpista encabezado por el general Franco.

Apenas fueron unos 200 los brigadistas irlandeses, pero dejaron tal huella que nos obliga a equilibrar el peso de lo cuantitativo y lo cualitativo cuando hablamos de la aportación internacionalista en la guerra civil española. Aunque no todos ellos se encuadraron en una misma unidad, al hacer referencia a los voluntarios irlandeses suele generalizarse citando la XV Brigada y específicamente la Columna Con-

nolly, que lleva el nombre del pionero del socialismo irlandés, el ya citado James Connolly.

No fueron los únicos irlandeses que participaron en la guerra de España. Más numerosos fueron los partidarios de Franco. El general Eoin O'Duffy reclutó a 700 *Blueshirts*, que partieron de Galway en un barco alemán bajo bandera nazi (el *Urandi*) y desembarcaron en Lisboa. De ahí pasaron a Cáceres donde formaron la XV Bandera Irlandesa de la Legión. Y, aunque fueron adiestrados ¡durante 4 meses!, prácticamente no llegaron a entrar en combate. Todo lo contrario que los republicanos irlandeses, que tuvieron que atravesar muchas dificultades para llegar a suelo español y que fueron protagonistas activos de muchas batallas en las que sufrieron numerosas bajas.

Cuando estalló la guerra civil, en julio de 1936, el socialista irlandés Peadar O'Donnell se encontraba en Barcelona para asistir a las Olimpiadas Populares que se iban a celebrar en oposición a los Juegos Olímpicos concedidos a Berlín, capital de la Alemania nazi. O'Donnell simpatizó entonces con las milicias obreras anarquistas que hicieron fracasar el golpe militar en la ciudad y se unió a las milicias en el frente de Aragón. A su vuelta a Irlanda, O'Donnell impulsó la formación de regimientos de voluntarios irlandeses para apoyar al gobierno republicano del Frente Popular en España. La mayoría de los voluntarios procedían del IRA y del grupo izquierdista Congreso Republicano, aunque había también voluntarios de otras organizaciones.

En diciembre de 1936, dirigidos por el excomandante del IRA Frank Ryan, los primeros ochenta voluntarios irlandeses de las Brigadas Internacionales llegaron a España, procedentes en su mayoría del Estado Libre irlandés, pero también del territorio separado del Norte. Entre ellos, podemos destacar a Michael O'Riordan, Charles Donnelly, Eddie O'Flaherty, Paul Burns, Jackie Hunt, Bill Henry, Eamon McGrotty, Bill Beattie, Paddy McLaughlin, Peter O'Connor, Peter Power, Johnny Power, Liam Tumilson, Jim Stranney, Willie O'Hanlon, Ben Murray y Fred McMahon.

Después de atravesar el sur de Francia en tren hasta Perpiñán, ya en España se entrenaron en Tarazona de la Mancha (provincia de Albacete) a las órdenes de André Marty. Cuentan que los irlandeses fueron los únicos brigadistas en saltarse la prohibición de usar distintivos nacionales, poniéndose una gorra verde. Frank Ryan se convirtió en una molestia para el SIM (servicio de información militar de la República española) y en una ocasión llegó a amenazar con disparar a un voluntario inglés cuando descubrió que había estado con los *Black and Tans*¹¹ en la guerra de independencia irlandesa. Algunos voluntarios irlandeses se negaron a servir en la Brigada Britá-

11. Los *Black and Tans* (literalmente, negro y caquis) eran una fuerza militar británica destinada a sofocar la rebelión irlandesa, durante la guerra de independencia, que precisamente por ello también se denomina *Tan War* (guerra caqui).

nica debido a sus fuertes convicciones republicanas irlandesas. Como resultado de estas tensiones, algunos irlandeses abandonaron a los británicos para incorporarse al Batallón Abraham Lincoln, mayoritariamente formado por ciudadanos de los EEUU. Aunque había otros irlandeses combatiendo en otras unidades de las Brigadas, el nombre de Columna Connolly sirvió para designar a los irlandeses del Batallón Lincoln de la XV Brigada Internacional.

LA GUERRA DE BOB EN TIERRAS ARAGONESAS

Cuando Bob Doyle decidió sumarse a la primera expedición esta ya había partido, así que tuvo que ir por sus propios medios, en un largo proceso lleno de aventuras, siendo detenido al desembarcar en Valencia acusado de romper la neutralidad¹². Tras múltiples vicisitudes, embarcó en Liverpool en un barco que recorría distintos puertos españoles, tanto los controlados por la armada alemana como los leales a la República, ejerciendo de mensajero durante el verano de 1937 hasta que fue descubierto por el capitán del barco. El viaje definitivo fue atravesando a pie los Pirineos desde Carcasona hasta Figueras a finales de 1937. De allí fue destinado al campo de entrenamiento de Tarazona de La Mancha, donde se reunió, por fin, con sus compañeros de las Brigadas Internacionales, en su mayoría británicos. Dada su experiencia básica en el IRA, a Bob se le encomendó instruir a los recién llegados, hasta que, en febrero de 1938, cansado de la inactividad, decidió subirse a un camión que partía hacia el frente de Aragón. Iba a combatir en la segunda batalla de Belchite.

«Fue un milagro salir ileso», nos cuenta Bob Doyle en su libro, donde se describen algunos episodios de la guerra. Defendían Belchite con unas pocas ametralladoras y una batería antitanque mientras cantaban *Hold Madrid for we are coming* («Mantened Madrid que ya llegamos»), pero se vieron arrollados después de un par de días por la ofensiva franquista apoyada por más de cien tanques. Los brigadistas tuvieron que replegarse hacia el Bajo Aragón. Se citan las localidades de Vinaceite, Híjar, Alcañiz y Caspe. Con cierto sentido del humor Bob narra la anécdota en la que encuentran un tanque republicano abandonado y deciden regresar con él a Híjar, donde fueron recibidos con alborozo por los



Bob Doyle en Zaragoza, con sus compañeros, en el homenaje que se menciona de la Fundación Lola Soler (10 /10/2006). (Autor: Javier Belver, agencia EFE)

defensores del pueblo, aunque este contraataque iba a durar bien poco.

El 30 de marzo de 1938, el mismo día en que el Viceministro de Exteriores británico declaraba en la Cámara de los Comunes que carecían de «pruebas de la intervención italiana y alemana en la guerra de España», un centenar de brigadistas, incluidos Frank Ryan y el propio Doyle, van a caer en Calaceite en una emboscada de las tropas italianas. De allí fueron conducidos a Alcañiz donde fueron interrogados por la policía secreta italiana y por Ruiz Albéniz¹³. Permanecieron encerrados en una iglesia vacía hasta que se les trasladó al Cuartel Palafox de Zaragoza. Capitaneados por Ryan, más de cien brigadistas internacionales van a entrar en el cuartel en perfecta formación entonando *A Rebel Song*, un himno obrerista irlandés escrito por el propio James Connolly: Then sing our rebel song as we / proudly sweep along / To end the age-old tyranny / that makes for human tears. / Our march is nearer done, with / each setting of the sun. / And the tyrants' might is passing / with the passing of the years¹⁴.

Tras ser exhibidos como un trofeo ante la prensa internacional, fueron trasladados al campo de concentración de San Pedro de Cardeña (Burgos), donde les va a esperar un largo encierro de once meses, en el que van a vivir situaciones especialmente brutales. Finalmente, en febrero de 1939, Doyle y sus compañeros van a ser intercambiados por presos italianos, a razón de dos internacionalistas por cada

12. Paradójicamente delegados italianos y alemanes velaban en aguas internacionales para que los barcos no transportaran armas o combatientes para la República española, amparándose en el acuerdo de no intervención.

13. Periodista partidario del bando nacional, firmaba con el seudónimo *El Tebib Arrumi*. Como curiosidad, cabe decir que era abuelo de Alberto Ruiz Gallardón, actual alcalde de Madrid.

14. Estos versos son el estribillo de *A Rebel Song*: Cantemos entonces nuestra canción rebelde mientras / con orgullo barremos / hasta terminar con la antigua tiranía / que provoca el llanto de la humanidad. / Nuestra marcha se acerca con / cada puesta del sol. / Y el poder de los tiranos está pasando / con el paso de los años [traducción propia].



Bob Doyle en un acto de homenaje a las Brigadas Internacionales celebrado en Cataluña

cinco italianos. Paradójicamente (o cínicamente, mejor dicho), los voluntarios irlandeses fueron acusados de traicionar el Tratado de no intervención, mientras los ejércitos de la Italia fascista y de la Alemania nazi campaban a sus anchas apoyando a Franco.

Atención aparte mereció Frank Ryan, que fue condenado a muerte con acusaciones calumniosas (se pretendía desprestigiar y criminalizar a las Brigadas Internacionales ante la prensa mundial), pero el enorme prestigio de Ryan en Irlanda, su honradez y coherencia reconocida incluso por sus adversarios, era tal que el propio Primer Ministro Eamon de Valera intercedió ante Franco. E incluso su principal enemigo, el mismísimo general O'Duffy, se unió a la petición de clemencia. Así, la pena de muerte le fue conmutada por la cadena perpetua. En 1940 Ryan fue entregado a la Gestapo. Este mito del republicanismo irlandés murió en Dresde cuatro años después y comenzó entonces su leyenda.

EL REGRESO A CASA

En la guerra de España murieron 60 republicanos irlandeses, 19 de ellos en la batalla del Jarama, cerca de Madrid,

en febrero de 1937, donde la Columna Connolly sufrió grandes pérdidas: cayeron en combate el poeta Charlie Donnelly, Eamon McGrotty, Bill Henry, Liam Tumilson y Bill Beattie.

En septiembre de 1938, poco después de la batalla del Ebro, la última ofensiva republicana de la guerra en la que los voluntarios irlandeses participaron también, el gobierno de la República española decidió disolver las Brigadas Internacionales en la esperanza inútil de asegurar la ayuda militar de las otras democracias. Los voluntarios irlandeses fueron repatriados. Pero Europa dio la espalda a la democracia en España.

A su regreso a casa, los irlandeses que participaron en la guerra de España fueron recibidos de muy distinta manera a como se les había despedido. En 1937 a los Camisas Azules de O'Duffy se les recibió con desprecio, mientras que en 1939 los brigadistas internacionales fueron recibidos con frialdad. Sin embargo, con el paso del tiempo los voluntarios republicanos fueron conquistando un lugar de honor en la Historia tanto irlandesa como española.

Décadas después, quienes perdieron la guerra la ganaron. En 1979, a petición popular, los restos de Frank Ryan fueron trasladados desde Dresde al cementerio dublinés de

Glasnevin. En 1991 se erigió en Dublín el Memorial a la Columna Connolly donde están grabados en una placa de bronce los sesenta nombres de los brigadistas irlandeses muertos en la guerra de España. Mientras, se han sucedido diversos homenajes en España, erigiendo monumentos conmemorativos en los lugares emblemáticos de su lucha por la libertad, como en Morata de Tajuña. Pero quizá el mejor homenaje fue cumplir la promesa que había realizado 58 años antes Juan Negrín, Presidente del Gobierno de la II República: Cuando se conmemoraba el 60.º aniversario del inicio de la guerra civil, en 1996 el Parlamento español aprobó por Ley entregar la nacionalidad española a los miembros de las Brigadas Internacionales. Era una forma de reconocer su generoso gesto solidario y decirles simplemente: *muchas gracias*.

CONCLUSIÓN: LA LUCHA CONTINÚA

La experiencia vivida por Bob Doyle en España fue tan intensa que le acompañó toda su vida. Así lo transmite en sus memorias. En la primera reunión de los supervivientes de las Brigadas en Londres conoció a una joven española, de nombre Lola, con quien se casó el 3 de febrero de 1940. Poco después se enroló en un barco británico durante la II Guerra Mundial. Más adelante, trabajó en artes gráficas y desarrolló una intensa actividad sindical. Y también política, apoyando siempre las causas justas a favor de la vivienda, contra el racismo o contra la guerra, por citar algunas. «Debido a una avería técnica se pospone la III Guerra Mundial», rezaba una pancarta con la que se manifestó en los setenta. El último capítulo del libro recoge anécdotas, divertidas unas y terribles otras, de los viajes que realizó a España solo o con su familia en 1948, 1951, 1957 y 1960, entre los compromisos familiares, los recuerdos de la guerra y el reparto de propaganda clandestina (a pesar del enorme riesgo, pues los brigadistas fueron liberados a cambio de no regresar jamás).

Muerto Franco, regresó a España varias veces más. En 1993 lo hizo junto a Cluna Donnelly, sobrina de Charlie Donnelly, el brigadista poeta muerto en el Jarama, recorriendo los escenarios de la guerra y acompañados de las cámaras de la BBC. En octubre de 1994 volvió, junto a sus compañeros, para inaugurar el monumento a las Brigadas Internacionales en Morata de Tajuña (Madrid), donde yacen los restos de los caídos en la batalla del Jarama. En 1996 asistió al funeral de la histórica líder comunista Dolores Ibárruri. Sin embargo, ese mismo año no pudo acudir a las celebraciones por la concesión de la ciudadanía española a los brigadistas. Se lo impidió un accidente doméstico (se cayó de la escalera, mientras pintaba la casa... ¡a los 80 años!). Pero sí pudo viajar en 1998 a Barcelona, en 2000 a Tarazona de la Mancha

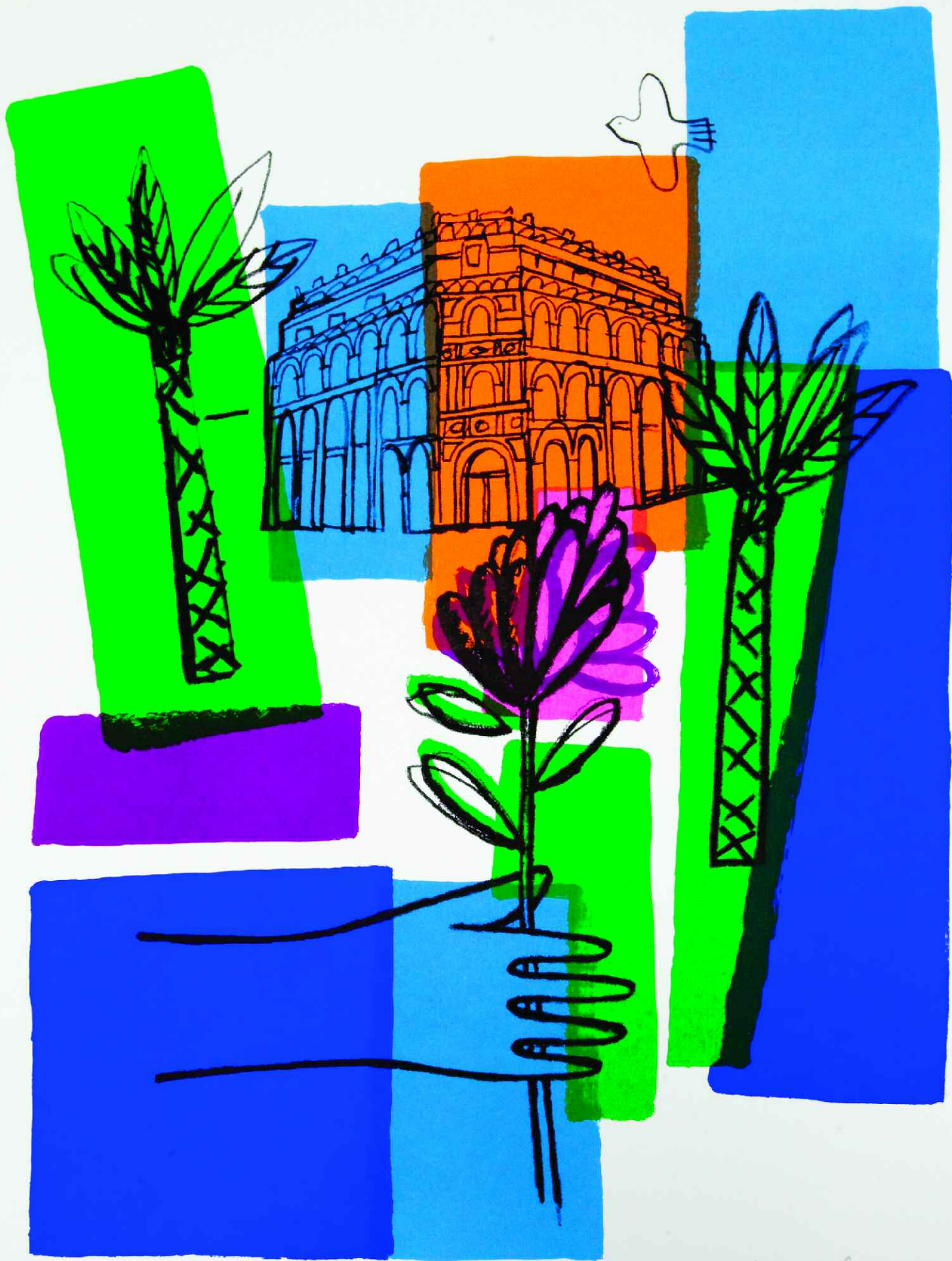


Doyle con 80 años

y Albacete, en 2001 a Madrid... Y, cómo no, en el 70.º aniversario del inicio de la guerra: 36 brigadistas participaron entonces en numerosos homenajes en diversas localidades españolas. En esa ocasión, el 10 de octubre de 2006 Bob Doyle regresó a Aragón. Él fue uno de los veteranos de las Brigadas que estuvo en Zaragoza, en un acto en el que recibieron el Premio 'Lucha Social' de la Fundación Lola Soler Blánquez. Inconfundible con su boina, con un parche en el ojo, en silla de ruedas, con el brazo en cabestrillo..., pero estuvo ahí, con sus camaradas y siempre con la bandera de los Veteranos del Batallón Abraham Lincoln de la XV Brigada, que su mujer Lola había bordado.

Al año siguiente, el 16 de febrero de 2007, en el aniversario de la batalla del Jarama en la que tantos republicanos entregaron sus vidas, Bob Doyle se preguntaba en su discurso si todo había sido en vano y concluía con su frase «*the struggle goes on*», que ha repetido a lo largo de estos últimos años y que bien puede ser el resumen de toda su vida, ejemplo de compromiso y de lucha:

¿Sacrificaron en vano sus vidas mis camaradas? La respuesta dependerá de Uds. Tomen la lucha y únanse en la larga batalla por la más noble de las causas: la liberación de la humanidad. Entonces, el sacrificio de mis camaradas no habrá sido en vano; habrá sido una fuente de aliento. LA LUCHA CONTINÚA.



QUE EL RECUERDO VUELVE TIERNO HASTA EL PAN DURO DE AYER

Cien años de aragoneses en Barcelona



_CARLOS SERRANO LACARRA

Historiador

*Mi viejo Pueblo Seco
-donde viví moriré-,
sin perder lo que era
me hizo barcelonés*

De «Mermelada de moras»,
en *País de anochecida*,
de La Ronda de Boltaña (2001),
pieza de la que hemos extraído, también, el título
de este artículo



Queremos celebrar un cumpleaños, el centenario de una entidad emblemática para la emigración aragonesa. Este artículo no pretende reconstruir una historia del Centro Aragonés de Barcelona ni bombardear con datos relacionados con la colonia procedente de nuestra comunidad autónoma e instalada en la vecina oriental¹. A través de guiños y detalles, solo quiere ser un modesto homenaje a los muchos aragoneses que durante décadas (en Cataluña y en otros lugares del ancho mundo) han mantenido ese vínculo con su tierra de origen, con el país de sus padres, y lo han mantenido con la dignidad del que, además, se siente identificado con su patria adoptiva. En este caso, una Barcelona dinámica y creativa.

Sería un error considerar que el siglo de vida del Centro Aragonés se reduce a los cien años vividos en su sede social, por más que el edificio de la calle Costa y su Teatro Goya siempre hayan sido punto de reunión, centro de operaciones de iniciativas interesantes, y por más que en su *Boletín* hayan quedado escritos todo tipo de análisis y sus miles de firmas hayan reflejado un amplio abanico de sensibilidades y opiniones. El Centro, históricamente, ha sido capaz de aglutinar incluso a los diferentes entre sí, y su historia bebe de las experiencias de muchos aragoneses, socios o no del mismo.

UN CHAFLÁN EN EL RAVAL Y ALGO MÁS

El Centro Aragonés de Barcelona / Casa de Aragón, hoy día, conjuga varias herencias. Recoge el

poso de muchos influjos cruzados. Si pegamos la oreja a un gramófono imaginario que reproduzca el rumor de las décadas anteriores a la Guerra Civil, escucharemos los sonidos de un Centro Aragonés que en aquellos tiempos mantenía un fondo burgués y un barniz pretendidamente interclasista y «apolítico», los de un Centro Obrero Aragonés popular y asimilable a los sindicatos de clase en aquellos años difíciles, y los de una Unión Aragonista que jugaba con la distancia (y la perspectiva que esta aporta) para invocar territorialidad y mejoras hacia un autogobierno aragonés.

En el umbral de 1908 a 1909 permanecía en muchos (por inmediato) el recuerdo de una Exposición Hispano-Francesa que, mejorando la autoestima de una burguesía no especialmente emprendedora y más bien conservadora, acababa de sellar el pasaporte de Zaragoza hacia la modernidad (una modernidad que convivía con desequilibrios e injusticias). Zaragoza crecía, y lo hacía, en parte, gracias a los brazos de muchos desheredados del Aragón más periférico (el Aragón que no es la ciudad de Zaragoza) que llegaban a orillas del Ebro. Pero la pujante e industrial Barcelona era el destino de muchos más aragoneses, no solo de quienes huían de la miseria con un pañuelo paquetero y maleta de madera, sino de aquellos para los que el viaje significaba promoción social y laboral, desarrollo profesional, acceso a servicios y mejora de calidad de vida. La emigración aragonesa en Cataluña, que había sido muy numerosa durante la crisis finisecular del XIX, volvería a reactivarse en la década de 1920, llegando a unos 120.000 aragoneses residentes en la región en 1930.

1. En 1997, el número 81 de esta misma revista acogió un artículo mío en el que se analizaban las complejas relaciones entre las diferentes organizaciones de la emigración aragonesa en Barcelona. «Dicen que hay tierras al Este. Aragoneses en Barcelona (1909-1939)» cuenta con mayor profusión de datos acerca de la coexistencia del Centro Aragonés y de otras entidades de la emigración aragonesa en aquellas primeras décadas del XX.



Retrato de José Aced realizado por Guillermo Pérez Bailo (vinculados ambos al Centro durante muchos años)



José Manuel Blecua y Jesús Pemán



Ildefonso Manuel Gil, Joaquín Bajén y Eleuterio Blasco Ferrer (1988)



Eloy Fernández Clemente y Ánchel Conte (2003)



Presentación del libro *Isidro Comas Almogávar...*, de Valeriano Labara, en diciembre de 2008. José Luis Melero (REA) y Jacinto Bello (Centro Aragonés) acompañan al autor

En una Cataluña que todavía escuchaba los ecos de la *Renaixença*, Barcelona era una ciudad de contrastes, acogedora y al tiempo exigente con los llegados de fuera². Era la ciudad del modernismo, de los noucentistas y de las vanguardias un lugar donde el conflicto y la lucha social convivían con una cultura cívica madura, europea, cabal... y también con conservadores celosos de la tradición. Es el tópico de la *rauxa* y el *seny* en el que, tal vez, la primera no es tanto «rabia» o «furia» como impulso creativo y ruptura fértil, y el segundo no es tanto «sentido común» como quietud y conformismo.

Tras algunos intentos baldíos, en enero de 1909, y presidido por Hermenegildo Gorriá, tomaba forma oficial el Centro Aragonés y cuatro meses más tarde salía de la imprenta su primer *Boletín* (publicación que hoy día mantiene su cita trimestral con los lectores). A través de su portavoz y tribuna de papel, la nueva entidad, que en sus primeros meses era testigo de los airados días de fuego de la Semana Trágica, dejaba traslucir por entonces un espíritu apolítico, de lo que se daba en llamar ese «sano regionalismo» que de puro sano se quedaba en timorato, complaciente y cómodo. Haciendo gala de una voluntad no reivindicativa y cierto sello «ilustre» y burgués, con fines estrictamente culturales, de promoción económica, el Centro reproducía, como otras casas regionales, la estructura y función de los casinos.

Tras contar con diferentes espacios de reunión, el Centro inauguraba orgulloso en 1916 su sede en un señorial edificio diseñado por el arquitecto zaragozano Miguel Ángel Navarro entre las calles Torres Amat y Poniente (más tarde se le daría a esta última el nombre de Joaquín Costa, cuyo número 68 habría de ser, y sigue siendo, la dirección oficial de la entidad), allí donde el distrito de Ciutat Vella da paso al Eixample una vez que se cruza la Ronda de Sant Antoni.

La línea conservadora y biempensante que por entonces esgrimía la directiva del Centro, que por esos años primeros se consolidaba bajo la autoritaria presidencia de Pascual Sayos, habría de contrastar con los planteamientos más populares, mutualistas y asistenciales de un Centro Obrero Aragonés que, nacido en 1914 y con sede en la calle Baja de San Pedro, perdería en 1939 ese «sospechoso» apelativo para la época para ser rebautizado como Centro Cultural y Recreativo Aragonés (posteriormente, Casa de Aragón). Centro Aragonés y Casa de Aragón (con sede en la calle Canuda la segunda) habían de convivir durante décadas, entre continuos rumores sobre

una futura unificación que, tras salvar reparos y reticencias por ambas partes, se fraguaría de forma definitiva en 1998.

En sus primeros tiempos, al Centro Aragonés le iba a acompañar no solo ese Centro Obrero, sino una estela de nuevos espacios de sociabilidad de la colonia aragonesa que se irían instalando en esos años de oleada migratoria de las décadas de 1920 y 1930 en Sarriá, Terrassa, Sabadell, Lleida... junto a otros de existencia más efímera, como el Círculo de Hijos de Aragón, la Casa de la Democracia Aragonesa o, con mucho más peso específico y mayor trascendencia, la Unión Aragonesista de Barcelona.

Este colectivo, que contaría con su Juventud y que daría a la difusión del pensamiento aragonésista la emblemática revista *El Ebro*, fue de alguna manera un hijo desgajado (que no descarriado) del Centro Aragonés. En 1917 unas «Tertulias Aragonesas» a través de las que algunos socios querían aportar una visión más comprometida de la realidad aragonesa del momento, fueron desautorizadas por una directiva que juzgaba que esas actividades contravenían los Estatutos por estar sesgadas hacia la política. Así nacía la Unión Regionalista Aragonesa (Unión Aragonesista a partir de 1919), y se daba inicio a una serie de encuentros y desencuentros, aproximaciones y alejamientos, en función de las personas que compusieran directivas o ejercieran cargos de decisión en cada una de las entidades.

El aragonesismo que dibujaban, entre otros, Isidro Comas «Almogávar», Maties Pallarés, Julio Calvo Alfaro, Gaspar Torrente o Mariano García Villas, tinto de federalismo y anticaciquismo, confiaba en un resurgimiento económico de Aragón y de sus posibilidades: un objetivo regeneracionista que, en esencia, coincidía con lo que desde el Centro Aragonés podía desearse, pero los medios no eran los mismos, y así las relaciones de estos aragonesistas con los dirigentes del Centro fueron (como las que mantenían con los cada vez más conservadores regionalistas burgueses de Zaragoza) ambiguas. El discurso anticeutralista vertido en *El Ebro* compartía con los rectores del Centro su interclasismo (exigía una política común de interés aragonés por encima de ideologías y clases), y recogía sus propias contradicciones, como movimiento producto de la modernización y la urbanización que, al tiempo, mantenía el lenguaje mesiánico en torno a un territorio enfermo al que había que sanar y redimir, y en cuya historia

2. Hace más de diez años, el autor escuchó decir a un anciano en el edificio de la calle Costa: «Aquí, en Barcelona, el que vale, venga de donde venga, sale adelante»: una sentencia «democrática» que no discrimina por procedencias, pero con ese trasfondo un tanto cruel de la «selección natural».



Homenaje a Segundo de Chomón (2002)



Parlamentarios aragoneses (2002)

común, y como sustento de su proyecto, se encontraban pasado y presente.

En el más amplio proyecto común de convivencia pese a todo, Centro Aragonés, Centro Obrero y Unión Aragonista guardaban razonablemente las formas, pese a algunas pullas hacia el espíritu centralista que, en opinión de los redactores de *El Ebro*, permanecía intacto en la calle Costa. Durante los años republicanos, en los que la Historia se aceleró, el Centro no se terminaba de quitar su caparazón de lustre, pese a notarse interesantes iniciativas en su seno (desoídas en muchos casos por la presidencia), y el aragonesismo de la emigración languidecía hasta que el clima político le invitó a dar pasos decididos en torno a la izquierda: Estado Aragonés, las Juventudes «Los Almogávares», *Renacimiento Aragonés*, homenajes a Lanuza, campaña política por el Frente Popular, Congreso autonomista de Caspe... mientras el Centro Obrero primaba su componente sindical, auxiliaba a familias de trabajadores en huelga, sin olvidar su participación en no pocos actos culturales. Por aquellos años, Centro y Centro Obrero reflejaban a partes iguales el notable incremento de la colonia aragonesa, engrosando sus ficheros de socios.

AGUAS SUBTERRÁNEAS Y UN MEANDRO

En julio de 1936, con motivo de la revolución social aparejada al fracaso en Cataluña del golpe de

estado de los cuarteros africanistas, el edificio de la calle Costa sería ocupado sucesivamente por el Comité Revolucionario de Servicios Públicos y por el Sindicato Único de Espectáculos Públicos. Restituido como Casa de Aragón, durante la guerra civil sería presidido por el brillante abogado aragonista Mariano García Villas (el cual ya había dirigido el *Boletín* años atrás y de quien, *vox populi*, se dice que salvó al edificio de ser saqueado). El nombre de García Villas, exiliado en 1939, sería tabú durante los años de la dictadura franquista. Más tarde, el Centro tendría ocasión de agradecerle los servicios prestados nombrándole presidente de honor.

Tras la victoria de los sublevados en 1939 y con la imposición del Nuevo Orden, el de «Habla la lengua del Imperio», el Centro Aragonés recuperó su denominación original, y reanudó sus actividades desde su sede en el Raval barcelonés (el mismo barrio que pondría escenario a las infancias de posguerra de Manuel Vázquez Montalbán, Maruja Torres y Terenci Moix, y más tarde dejaría oír los primeros guitarreos de la rumba catalana). Quedó reducido a refugio oficial de jotas patrióticas y exaltaciones de la Virgen del Pilar y de la Hispanidad, constituido en una especie de islote en un territorio, el catalán, que a juicio de las autoridades había que reespañolizar. Los boletines del Centro dan fiel idea de un espíritu al que era imposible sustraerse. Calvo Alfaro resucitaba en sus efímeros *Cuadernos Literarios Ebro* de los cincuenta poco más que el nombre de la mítica revista de preguerra (porque el contenido delataba que el otrora significado aragonista se había caído del caballo camino de Damasco). Mientras, algunos destacados arago-barceloneses (Manuel Sánchez

Sarto, Ángel Samblancat, Miguel Alcubierre o el ya citado García Villas, entre otros) degustaban el sabor amargo, la hiel, del destierro, o vivían (como el dirigente comunista Gregorio López Raimundo) una peligrosa clandestinidad, y el infatigable Torrente acudía a la Hemeroteca para reescribir sobre papel ya utilizado sus textos en la prensa de los años veinte y treinta.

A Cataluña siguieron llegando emigrantes aragoneses, con un notable incremento a partir de los Planes de Estabilización que consagraron el desarrollismo («mover gente era más rentable que mover recursos y capital») de los años sesenta del siglo xx. La colonia aragonesa aumentó y diversificó sus destinos, se siguieron inaugurando nuevos puntos de reunión en no pocas localidades catalanas³. El Centro Aragonés seguía siendo la referencia principal y la Casa de Aragón mantenía su identidad propia.

Al igual que la sociedad española estaba cambiando más rápido que sus torpes legisladores, también en el Centro se empezaban a respirar aires nuevos. No es extraño que, al calor de la lucha por las libertades y de la recuperación de la democracia, en relación directa con las diferentes reivindicaciones relacionadas con la defensa del territorio, los hombres y mujeres de la emigración aragonesa, testigos de excepción de la situación de abandono y despoblación del espacio aragonés, lanzaran de nuevo al aire sus demandas. Los míticos conciertos de Laborreta en Barcelona, la asistencia de los emigrantes (muchos de ellos de Cataluña) y sus pancartas a la emotiva jornada caspolina de conmemoración del estatuto republicano en el verano de 1976, su presencia el 23 de abril de 1978 en la manifestación autonomista por las calles de Zaragoza, muestran el compromiso parejo con las libertades democráticas y la autonomía aragonesa.

En 1976, como entidad anexa al Centro Aragonés de Barcelona, se fundó la Asamblea de Emigrantes Aragoneses en Cataluña (AEAC), que editó hasta 1979 la revista *Secano*, conviviendo con el veterano *Boletín* del Centro. *Secano* ejemplifica a la perfección el espíritu irredentista y preocupado por la defensa del territorio y del campo aragonés, la enseñanza, la sanidad y la situación de la mujer en el medio rural, la denuncia de proyectos (hidráulicos, nucleares...) considerados nocivos para el territorio, sin olvidar la

lucha por la democracia o artículos sobre temas como el derecho de autodeterminación, el proceso autonómico, la cultura aragonesa... La AEAC organizó en el verano de 1977 unas «Jornadas contra la Emigración» en la localidad turolense de Villarejo, que tendrían su continuidad en los años siguientes en Nocito y Huesca (esta edición concluyó con una manifestación contra la emigración a la que se adhirió gran parte del espectro político, sobre todo de la izquierda, y de bastantes colectivos sociales y culturales).

La AEAC había organizado en Barcelona, también en 1979 las I Jornadas de la Emigración Aragonesa en Cataluña. Más tarde se irían desgranando en este contexto otras iniciativas identitarias: la revista aragonesista *Astí* (1980), las iniciativas del Rolde Aragonés de Barcelona, que a finales de los ochenta comenzó a publicar la revista, íntegramente en aragonés, *A Bespra Samboiana*, así como a llevar a cabo actividades de divulgación de esta lengua (cursos, conciertos...), incluyendo un programa de radio... Iniciativas que, como las llevadas a cabo por el Grupo de Emigrantes Aragoneses en Madrid o la colonia aragonesa en Valencia y sus *Rechitos*, en la década de 1980 y primeros noventa, dan fe de esa vitalidad, a veces impulsiva e inconstante, del que siente la necesidad de materializar o hacer visible su querencia por la tierra de origen desde la distancia.

ELOGIO DE LA DUPLICIDAD

No es fácil ostentar una identidad en un contexto en el que se es diferente, sobre los modos de mantener esa relación con la tierra de origen, que es la tierra de los antepasados de uno. Así podríamos preguntarnos, y la respuesta es facilísima, por qué hay tantas peñas del Betis en Barcelona y en su cinturón industrial, o por qué muchas calles de ciudades norteamericanas se tiñen de verde el día de San Patricio. Se podrían poner sobre la mesa, además, argumentos basados en la psicología social que explicasen la necesidad humana de asociarse, de reforzarse mutuamente, de buscar a sus «próximos» en un entorno *a priori* «extraño». Hasta que, finalmente, uno mismo pasa a formar parte de ese paisaje.

3. Hoy día, además de Barcelona, la colonia aragonesa en Cataluña cuenta con centros sociales en Badalona, Berga, Cerdanyola, Gavà, Hospitalet de Llobregat, Lleida, Mollerusa, Mollet, El Prat, Reus, Ripollet, Rubí, Sabadell, Salou, Sarriá, Tarragona, Tortosa y Valls.



| Sala Costa



| Rondalla, década de 1950



| Recital de José Antonio Labordeta, hacia 1980



El interés por conservar los vínculos con la tierra de procedencia no tiene por qué estar reñido con la identificación con el lugar de trabajo o residencia. Hará unos diez años, escuché al malogrado Ernest Lluch decir que se había pasado ya el tiempo de los patriotismos únicos que absorben las mentes y los ánimos, los exclusivismos identitarios: ¿por qué no se puede tener más de una patria, y a distintas escalas, ya sea el trozo de tierra que te vio nacer, ya sea el ancho mundo? Creo que los emigrantes, por su condición de nómadas que de alguna manera lo son, extranjeros en todos los ambientes a los que van, extrañados del suyo que fue propio hasta que se fueron, son un fiel reflejo de esa sensibilidad. Y precisamente les enriquece ese cruce.

Las identidades son muy diversas. Muchos aragoneses de la emigración en Cataluña de hace ochenta años, como Gaspar Torrente, lo tenían muy claro. Sabían que había un territorio desvalido y empobrecido con el que sentían un vínculo especial por haber nacido allí y por llevarlo en la sangre. Un territorio, Aragón, en el que vislumbraban una serie de males (causa de esa expulsión de gentes) y de los que hacían una interpretación de consecuencias y posibles soluciones. Y contemplaron que esas soluciones pasaban por un reconocimiento de la personalidad política y de la identidad aragonesa. Asumieron errores, también. Y todo eso lo hicieron plenamente conscientes de que la tierra que les había acogido también merecía un hueco, sobre todo porque era la que les daba de comer y a la que ellos mismos contribuyeron a enriquecer. No les dolieron prendas, a muchos de ellos, de considerarse también, por qué no, catalanes.

Y es en este horizonte en el que redescubrimos al Centro Aragonés como espejo de sensibilidades de tantos y tantos ¿desplazados?, ¿transerrados?, en esa Barcelona a la que han hecho suya gentes tan diversas como Epi, Javier Tomeo, Ramón Gil Novales, Ignacio Martínez de Pisón, Pepe Lera, Ánchel Conte, Mapi Rivera o Carlos Azagra, por nombrar solo a una ínfima parte de los miles de aragoneses que siguen guardando algo de su primer suelo en sus mentes y en sus corazones.

La ciudad condal ha conocido en estos cien años fusilamientos de librepensadores en Montjuïc, terrorismo sindical y pistolismo patronal, el golpe de estado de Primo de Rivera, la esperanza republicana y catalanista, la revolución social, los enfrentamientos entre comunistas y anarquistas, el bombardeo, la represión fascista, los exilios interiores y la resistencia clandestina a la dictadura, la *gauche divine*, la vitalidad editorial, las diadas y los *santjordis*, la euforia

olímpica, el Fórum de las Culturas, los títulos del Barça... Se han vivido alegrías y penas, y de todas ellas han participado el Centro Aragonés de Barcelona / Casa de Aragón y ese paisaje humano de emigrantes aragoneses.

Hoy día nos encontramos con un Centro perfectamente integrado en la vida cultural de la capital catalana, bien relacionado con sus instituciones, y que mantiene una nutrida agenda de actos y una incesante actividad para sus cerca de dos mil socios. Además de las numerosas presentaciones, exposiciones, conferencias y la programación del Teatro Goya (reabierto hace poco tiempo tras varios años de descanso por reformas), el Centro Aragonés tiene grupos de jota y de teatro, coral, equipo federado de ajedrez, lleva a cabo cursos y talleres variados (solfeo, rondalla, jota, bombos y tambores, danzas, kárate, modistería y traje aragonés, manualidades, lengua aragonesa...), ofrece servicios de podología, atención sanitaria, peluquería, bar y restaurante, contiene una excepcional biblioteca, y tiene una Oficina de Turismo concertada con el Gobierno de Aragón. Importantes vínculos que esta embajada oficiosa mantiene y mima al detalle. Y, lo que es más importante, sin perder comba con la vida cultural y con la sociedad civil de nuestra comunidad autónoma.

UN EPÍLOGO. EL CENTRO ARAGONÉS DE BARCELONA Y EL REA

Rolde de Estudios Aragoneses siempre ha encontrado en Barcelona mentes abiertas a la colaboración e interlocutores de valía. Esta asociación, que ya en sus primeros años mostró su preocupación por todo lo que sonaba a despoblación, desarraigo, defensa del territorio... y que se tradujo en no pocos artículos de la revista *Rolde* y en la articulación de *palladas* de trabajo en esa ciudad (como la tuvo en otras), editó en 1979 un número especial de *Rolde* dedicado a la emigración, con motivo de las III Jornadas contra la Emigración organizadas en Huesca por la Asamblea de Emigrantes Aragoneses en Cataluña.

Puestos a hablar de cosas bellas, se me ocurre pensar en una de las ediciones más primorosas del REA: el *Diccionario Aragonés*, esa recuperación de un texto anónimo de primeros del xix que dio origen

en 1999 a una nueva colección («Petarruego») del sello editorial de esta asociación. Parafraseando a la novela de Potocki, aquí el manuscrito no apareció en Zaragoza sino en una librería de viejo de Barcelona. Y fue la imprescindible bibliotecaria (y mucho más) del Centro, Cruz Barrio, la artífice de esa feliz recuperación del *Diccionario* para el patrimonio inmaterial aragonés.

Este solo es un ejemplo de esa complicidad. Si buceamos un poquito más, nos encontraremos con que gran parte de la labor de recuperación de la memoria de los aragonesistas de preguerra llevada a cabo desde esta casa a partir de la primera mitad de los noventa, debe muchísimo al interés mostrado por los rectores del Centro: el descubrimiento (para nosotros) de José Aced (último miembro de la Mesa del Anteproyecto de Estatuto que quedó con vida), y de otros muchos de esos ancianos entrañables que habían compartido con Aced inquietudes en aquellos tiempos difíciles, la convocatoria conjunta de becas de investigación sobre esos temas proscritos en la historiografía aragonesa...

Por lo que me alcanza la memoria, en los últimos seis años, REA ha presentado tres libros en el Centro Aragonés: *Istorias menimas* de Javier Tomeo, *Los libros de la guerra* de José Luis Melero, y la biografía de Isidro Comas «Almogávar» escrita por Valeriano Labara (y en cuya edición el Centro colaboró). La Sala de Exposiciones del 68 de la calle Costa ha albergado también muestras producidas por REA («Chimeneas sin humo. La despoblación en Aragón» y la «Colección Rolde de Arte Contemporáneo»). Y la marea seguirá.

UNA POSTDATA PROSAICA EN DOS ACTOS

La llamo prosaica porque habla de fútbol, cerveza y televisión. Pero también puede haber lírica encerrada, o algo parecido, en los párrafos que siguen.

El 10 de mayo de 1995, el zapatazo de un moro de Ceuta surcó los cielos de París, puso al Real Zaragoza en el olimpo de campeones de la Recopa de Europa, y regaló a sus aficionados el sabor dulce de una victoria épica. Ese día, en el bar del Centro Aragonés de Barcelona (leído en una crónica periódica del momento) «bebían vino de Cariñena y



Fachada del Centro (2009)

tomaban cerveza Ámbar». Y es que la gastronomía no admite dudas en cuanto a elemento de identidad de primer orden.

Exactamente catorce años después, en una serie costumbrista («Pelotas») que emite Televisión Española los lunes por la noche en *prime time*, esa misma marca de cerveza remoja continuamente las alegrías y tristezas, las victorias y las (más) derrotas de un club de fútbol aficionado en el extrarradio barcelonés. Viendo esa serie me gusta inventarme que el dueño del bar del club de fútbol ha visitado el Centro Aragonés, le ha gustado la cerveza y ha convencido a sus parroquianos para que se olviden de estrellas, voldsams y sanmigueles. La realidad es más prosaica, ya lo sé, y obedecerá, supongo, a una campaña de marketing como cientos, miles de campañas de marketing cualesquiera. Pero da igual: imaginar conexiones extrañas y ficticias tiene su encanto.

ÁNGEL PETISME



—ANTONIO IBÁÑEZ
Periodista

EL POETA-
CANTANTE
QUE NACIÓ
DEL CIERZO

Las tres últimas décadas han sido muy fructíferas en la música aragonesa. Ha habido grandes mitos que han roto fronteras y también bandas y autores cuyo talento ha permanecido agazapado y solo han sido reivindicados por los más melómanos. Testigo de estos 30 años, un autor nacido en Calatayud en 1961 ha mantenido una perseverante carrera en la poesía y la música. Es Ángel Petisme, un cantautor poeta que con sus errores y aciertos ha soportado todas las crisis y permanece vigente desde el primer día. Un extraño fenómeno en un mundo muchas veces sometido a las modas y a la fragilidad. Con una carrera tan larga como abundante, Petisme está a punto de cumplir 20 años como músico y 30 como poeta. Y sigue publicando libros y discos con el entusiasmo de alguien que no pierde las ganas de comunicarse con los que le rodean. Cantautor y poeta, este es un breve repaso a su trayectoria.

PETISME CANTAUTOR

Dentro de unos meses se cumplirán 20 años de la aparición discográfica de *La habitación Salvaje* (Discos Zarel, 1990). Desde entonces, Petisme ha publicado una docena más de discos, algunos de ellos imprescindibles en cualquier discoteca. El encuentro de Ángel Petisme con la música había empezado varios años antes. Aprende a tocar la guitarra en los Escolapios de Cristo Rey de Zaragoza. Allí forma parte de la coral, y debuta en 1975 con un grupo bautizado como Sirventés. Con él se sube a su primer escenario y estrena sus dos primeras canciones. Él mismo las recuerda como «horrorosas». En ellas aparecen dos de los asuntos que con obsesiva recurrencia se han desarrollado en su obra: Aragón y el inconformismo ante un mundo muy favorable para unos y poco generoso con otros. Una de estas canciones preadolescentes está dedicada a Los Monegros y la otra, «Padre Dólar», es una especie de Padrenuestro anticapitalista.

En los primeros años 80 el autor bilbilitano ya es bien conocido en los ambientes de moda y vanguardia de Zaragoza y Madrid. Trabaja de camarero en el bar Starter de la calle Sevilla y ahí entabla amistad con los integrantes de Radio Futura y Polanski, y el ardor, una noche que habían actuado. Prácticamente a la par que sus primeras publicaciones poéticas, Petisme funda en 1983 junto a Paco Díez un excéntrico grupo en Zaragoza, Qué es el optimismo? Un dúo provocador, gamberro, cuyo principal mérito reside en su frescura y espontaneidad. Con Qué es el optimismo? toca el sintetizador y participa en varias actuaciones. Dos de ellas tienen anécdota luctuosa. Una sucede en el multitudinario concierto con grupos de la Movida celebrado en 1983 en la Plaza de Toros de Zaragoza, en la que Eduardo Benavente, alma de Parálisis Permanente, tenía que tocar pero murió en un accidente de tráfico camino del concierto. La otra anéc-

dota trágica sucedió en el Rockola, donde Qué es el optimismo? fue el penúltimo grupo en actuar ya que al día siguiente clausuraron el mítico local tras la muerte a navajazos de un chico en una pelea de tribus urbanas. Otras salas que pisó esta banda en la capital española fueron Ágapo, Astoria, Yasta o el Templo del Gato.

Ya instalado en Madrid —en 1984 decide estudiar Filología italiana y perderse en la alocada vida nocturna de esa ciudad— conoce a Pedro Navarrete (futuro miembro de Radio Futura). Con él y Elena de Maeztu forma Ciao, Michele, en 1986. Ensayan en los míticos locales de Tablada 25, donde Petisme se adentra en el mundillo musical madrileño y conoce a la mayoría de grupos de moda del momento. Un año después, Petisme y el guitarrista Javier Vargas, fundan Los Sin Techo, proyecto que apenas dura dos años.

En 1989 Petisme decide emprender una carrera en solitario alejada de todo lo que había hecho hasta ese momento. Si durante los años 80 sus proyectos musicales están cobijados en las modas y tendencias de la música del momento, su primer proyecto en solitario destaca por su singularidad musical y la calidad de sus letras (eróticas, exóticas y provocadoramente urbanas). Aún influidas por el pop experimental, las diez canciones de *La Habitación Salvaje* son delirantes poemas y alardes entre el surrealismo y el movimiento *beatnick*.

Bien distinto es su primer proyecto con una gran discográfica, Fonomusic. Es 1992 y aparece *Turistas en el Paraíso*. En este disco se atreve a samplear al mismísimo Franco en su canción «Belchite» (primera en la que una canción de Petisme tiene a Aragón como protagonista) y cuenta con los rapeos de Antón Reixa. *Turistas en el Paraíso* es todavía uno de sus mejores discos, alegre, erótico y gamberro. En él aparecen dos de las canciones que más incluye Petisme en su repertorio en directo: «Si los delfines mueren de amor» y «Turistas en el paraíso». Amor, viajes y la defensa de los perdedores, de las víctimas. Tres constantes en su obra.

Su vinculación con Fonomusic dura dos años y dos discos más, *El Singapur* y *Bailando en campos minados*. El primero aparece en 1995, compuesto un año antes en un largo viaje a Chile y Perú. En este trabajo aparece uno de sus escasos poemas arreglados después para convertirse en canción: «Amor y Cartografía» (los otros serán «Réquiem», publicado en su poemario *Constelaciones al abrir la nevera* y punto de partida de la canción «Golpes de Mar» de Cierzo y «Hay temporal esta noche en la tierra», que aparece en *Demolición del Arco Iris* y canta en su último disco, *Río Ebro*). El segundo, *Bailando en campos minados* es un EP con cuatro canciones de *El Singapur* interpretadas en directo y está dedicado al poeta José Antonio Rey del Corral que acababa de fallecer.

Para la grabación de *El Singapur* se rodea de algunos de los que en el futuro serán sus mejores colaboradores, músi-

cos de estudio y de directo que han acompañado durante años al autor encima del escenario, donde —parafraseando una cita de Bacon que también recoge en este disco— «el bufón comenzó a bromear en serio y ahí estaba en su elemento».

Las actuaciones en directo de Petisme siempre han destacado por la atmósfera de complicidad creada entre los artistas y el público, la contundencia musical del espectáculo y sus intensas alocuciones (últimamente ha reducido el tiempo de sus comentarios entre canción y canción) y bromas. Algunos de los músicos, todos ellos muy reconocidos en el panorama nacional, que han trabajado con el cantautor bilbilitano han sido el saxofonista Lorenzo Azcona; el cantante, percusionista, jaleador y en ocasiones guitarrista Héctor Lera; su hermano el bajista Justo; y el también bajista Pablo Navarro (ex Tonino Carotone y Animalario); los guitarristas Josu García (Más Birras, Tercera República, Tequila y músico de estudio de la productora de Alejo Stivel), Gonzalo Lasheras o Jorge Biurrún (director artístico de la cantante de boleros Tamara, La Mosca o David Civera); los baterías Germán Vilella (ex Los Rodríguez), Carlos Gamón (Amaral, El Canto del Loco), Santi Comet (Amaral, Los Peces) o el polifacético Daniel Clemente (Franco Deterioro, Quien Son)... Una breve lista de un sinfín de nombres más asociados irremediablemente a la carrera de Petisme.

La relación contractual con Fonomusic, la principal discográfica española de la época acaba en 1996. Los motivos para romper con la compañía no difieren de los que muchos artistas alegan con frecuencia en estos casos: contratos leoninos que esclavizan en exceso, mala gestión de los derechos de autor que acaban prácticamente con la pérdida del patrimonio intelectual del artista, imposiciones estilísticas o campañas de promoción equivocadas. En el caso de Petisme esa promoción pasa por hacerle ganador del decadente Festival de Benidorm con su canción «El Singapur». El cantante bilbilitano se niega. A pesar de las desavenencias, Fonomusic dio la oportunidad a Ángel Petisme de abrirse un hueco en el complejo mundo musical español y conocer artistas con los que trabajará y compartirá escenario con frecuencia, como Labordeta, Xabier Muguruza o Luis Eduardo Aute, con el que colabora ese mismo año y se va de gira.

La marcha de Fonomusic sirve para encontrar a un Petisme más maduro que a partir de entonces se autoproducirá sus discos. Deja su trabajo como programador musical de la Comunidad de Madrid en la misma época en la que inicia una campaña contra la política cultural restrictiva del alcalde Álvarez del Manzano y su concejal Matanzo, que habían cerrado salas de música y limitado el horario de bares. Tras la ruptura con Fonomusic contará con distribuidoras de prestigio (Karonte, El Europeo, Fundación autor...), pero ninguna casa de discos volverá a participar en el proceso creativo. Hasta *Bailando en campos minados*, la mayo-



Ángel Petisme con Carmen París en Palestina. Fotografía: Gonzalo González



Con Ahmed. Bagdad, 2003

ría de las canciones de Petisme suena como una banda sujeta a los estilos vigentes del pop y el rock español, aunque ya se denotan algunos rasgos del estilo personal que irá forjando a partir de los años siguientes. Con un particular estilo vocal, Petisme siempre se ha caracterizado por una pasmosa facilidad para crear estribillos pegadizos dotados de unas letras de alto valor literario. Gracias a esa independencia discográfica, su trabajo gozará de más libertad y en 1997 y 2000 aparecen sus dos obras cumbre, que le proporcionarán una destacada popularidad en Aragón. Son *Cierzo* y *Buñuel del Desierto*, editadas por El Europeo y Prames, respectivamente. En *Cierzo* aparecen algunos de sus himnos más recordados por una generación de aragoneses. Desde ese retrato costumbrista y aragonesista que es «Donde muere la carretera», a ese canto al talento emigrado llamado el «Tranvía Verde» en el que colabora el actor Francisco Rabal (con el que mantendrá amistad hasta la muerte del sobrino de Buñuel y con el que volverá a contar en el siguiente disco). «Donde muere la carretera» es el mejor homenaje a sus recuerdos de niñez en Olvés, y ha sido banda sonora original en muchas ocasiones para denunciar la despoblación y la condena al olvido de muchos pueblos de Aragón. Recuerdos del virginiano, la Vanguard del bar de la plaza, del Calendario Zaragozano, los juegos reunidos Geyper, las gaseosas el Tigre o el Bombero Torero. Otro corte de *Cierzo* es un homenaje al Oasis, y otro es un canto a la vitalidad de los cubanos y su parentesco cultural con un pueblo tan distinto aparentemente al aragonés. El disco se cierra con un homenaje al cierzo y a la creación musical en Aragón, que Petisme bautiza como «Hijos del cierzo»: «Somos los hijos del cierzo / con sus tambores del cierzo / pinturas negras del cierzo / dime si es falso o es cierzo [...] El cierzo

va, el cierzo va, / secando el corazón de este lugar [...]». Esta canción incluye unos coros muy significativos: desde las grabaciones recuperadas de José Oto y el Pastor de Andorra a los tambores de Calanda, las voces de Ixo Rai, Precarios, el Bosque, Guisante, Canisio Culera y los Berretes, Labordeta, Carbonell o María José Hernández, en un himno coral que aún se recuerda en muchos bares. Las referencias a Aragón en este disco son continuas, pero no únicas. «Golpes de mar» es una emocionante y amarga despedida al oído de Isabel, hermana de su pareja y fallecida prematuramente. Es también un sobrecogedor homenaje a las rías altas gallegas.

Si destacadas son las canciones que aparecen en *Cierzo*, no menos lo son las ilustraciones y los poemas que en forma de libro-disco componen este trabajo. Acompañada de las obras de Ignacio Fortún y con prólogo de Ignacio Martínez de Pisón, Petisme publica junto a las canciones *El desierto avanza*, un libro de poemas que continúa en la línea de *Buenos días colesterol* y cuyas constantes son el canto al individuo engullido por la ciudad, las evocaciones a un Aragón añorado y saturniano a la vez, y las numerosas menciones a algunos de los mitos cinematográficos, literarios y musicales del autor. *Cierzo* será el disco de Petisme más vendido y todavía sigue siendo el más aplaudido por la crítica y sus seguidores. Las consecuencias de este éxito fueron una larga gira y el reconocimiento público de su obra.

Al mismo tiempo, Petisme se encierra para recrear su particular homenaje a uno de los directores de cine que marcan su obra: Luis Buñuel. Horas de insomnio viendo sus películas, leyendo sus libros, escuchando música y escudriñando en hemerotecas, hablando con cientos de personas que conocieron al cineasta y con los estudiosos de su obra que concluyen en el año 2000 con un libro-disco excepcional llamado *Buñuel del desierto*. Este disco se presenta en Calanda, en los actos centrales de la conmemoración del centenario del nacimiento del genial director. Buñuel se le aparece en sueños y Petisme le escribe una carta con la que abre el libro. Su iniciación en el género epistolar con el mismo éxito que lo consigue en la poesía no es el único hallazgo del disco, que es una biografía cantada con 20 cortes heterogéneos y bien poco ortodoxos. La trayectoria vital y artística de Buñuel se aprecia a lo largo de esas canciones, tal vez las más ambiciosas de cuantas ha escrito el autor bil-bilitano, junto a un impecable diseño ideado por él y Fernando Lasheras. Vuelve a aparecer Francisco Rabal, pero también cuenta con Ángela Molina y con las voces sampleadas del propio Buñuel, Silvia Pinal (en *Simón del Desierto*), Fernando Rey y los tambores de Calanda. Para preparar el disco, Petisme se reunió varias veces con Pepín Bello, que a sus 95 años también participa en el disco recordando a su amigo de la Residencia. Escriben Agustín Sánchez Vidal y Jean Claude Carrière, y hay una extensa recopilación de textos que hacen referencia a Buñuel. Textos de Woody Allen,



Con Aute en Calanda, 2005. Fotografía: Julia Moyá



Con Paco Ibáñez frente a la embajada de Estados Unidos, 2007. Fotografía: Ángel Trotter



Con Ángel Guinda y Fernando Beltrán. 2008. Fotografía: Emilia Belleboni

Roman Polanski, Borau, Deneuve, Carlos Saura, David Bowie o Alberti entre otros.

El año 2000 es el más intenso de su vida profesional. De gira, con nuevo disco y libro de poemas (*Buenos días coles-tero!*) y con el reconocimiento público, participa en actos de protesta contra el trasvase del Ebro y se consolida como una de las voces mediáticas y populares de la cultura aragonesa. Al mismo tiempo, crece su compromiso político con multitud de causas que considera justas. Junto a la Plataforma de Mujeres Artistas y también en solitario emprenderá una intensa ruta por el dolor que lo lleva a denunciar la situación de los saharauis, los palestinos, las mujeres de Ciudad Juárez, los hispanos en EEUU, los presos o las tropelías urbanísticas e hidrológicas. Para celebrar su décimo aniversario en la música, reedita también en 2000 *La Habitación Salvaje* junto a otro disco, *Mi zoo privado*, canciones breves inéditas, escritas a lo largo de la década y basadas en un libro de poemas homónimo.

Petisme empieza el milenio escribiendo sin parar durante dos años. Compagina su activismo con un intenso trabajo en su estudio donde escribe casi un centenar de canciones que rescatará en sucesivos discos. De ese trabajo callado surge *Metaphora* en el 2002 y *Amor entre las cuerdas* en el 2005. Son dos discos con arreglos bien diferentes pero que surgen del mismo proceso creativo. Así, mientras *Metaphora* es una mezcla de estilos y ritmos interpretados por una formación clásica del rock (a la que se le añaden en alguna canción flautas andinas, percusiones y vociferios de Arias Cañete), *Amor entre las cuerdas* está grabado en directo con un cuarteto de cuerda y un percusionista. Petisme experimenta así en otros géneros más alejados de su generación, eminentemente roquera y emparentada con los cantautores líricos de los años 70. En *Metaphora* colaboran El Sobrino del Diablo, Labordeta (en una peculiar versión del «Canto a la libertad»), Luis Eduardo Aute, la sobrina de Robert Graves, Natalia Farrán y la corista de su amigo Jackson Browne, Jennifer Warnes.

Con más de 120 canciones grabadas y editadas, una decena de vídeo clips y otros tantos vídeos de entrevistas y rarezas, publica en el 2006 un nuevo libro-disco animado por un grupo de amigos, *Éxitos secretos*. Este trabajo es la recopilación de 20 de sus canciones más conocidas que glosan otros tantos escritores, como Enrique Vila-Matas, Mariano Gistain, Antón Castro, Miguel Mena, Isaac Rosa, Cristina Grande, Luis Antonio de Villena, Daniel Gascón, Magdalena Lasala, Rodolfo Notivol, Ángel Guinda o Carlos Castán, entre otros. *Éxitos secretos* es ya la culminación de un artista que entra en la madurez pero que mantiene el espíritu infantil y una ácida visión crítica del mundo.

Siempre tiene proyectos en mente, sin perder la ironía y el humor, aunque este sea negro, como se demuestra en estos versos: «Incómoda la silla sí que era / pero segura y con buena sujeción / en la cabeza me han puesto una antena / será una silla con televisión». Esta estrofa corresponde a un espectáculo musical que junto a El mecánico del Swing, ambos transformados en clones de Sacco y Vanzetti, graban en directo y titulan *Conciertofindegira* (Kainós, 2005). Trasvestidos y disfrazados interpretan catorce canciones de combate irónicas y sarcásticas.

Petisme ha actuado a lo largo de estos 20 años en un millar de conciertos y ha colaborado con un buen número de artistas, muchos de ellos aragoneses. Ángel Petisme es iconoclasta y contemporáneo a un buen puñado de buenos artistas con los que comparte muchos aspectos, pero con los que mantiene diferencias estilísticas. Sus variadas influencias reúnen la tradición elegante de los crooners estadounidenses pero también la de los cantautores españoles líricos de los años 70 y 80. Desde Paolo Conte, Jackson Browne, David Bowie o Leonard Cohen a Aute, Luis Pastor o Hilario Camacho. Escucha a Daniel Lanois, Nick Cave, Elvis Costello, Leonard Cohen, Wilco, Neil Young, Micah P. Hinson, REM, Robert Wyatt, Paul Weller, Joe Jackson, JJ Cale, Dylan o Vinicio Capposella. Y de todos ellos hay un poco en su música. El estilo de Petisme es un islote dentro del contexto



Concierto por el pueblo saharaui. Fotografía: Ángel Troter

musical aragonés. Conoce a todos y todos le conocen, pero no se parece a ninguno de ellos. Sin tener nada que ver con la destacada generación anterior (Labordeta, Carbonell, La Bullonera) su estilo tampoco tiene que ver con el de la brillante etapa musical aragonesa de los años 80 y 90 (Doctor Simón y los Enfermos mentales, Días de Vino y Rosas, Más Birras, Mestizos, Proscritos, Héroes del silencio, Especialistas, El Niño Gusano o Misión Hispana, por citar solo a algunos). En numerosas ocasiones ha coincidido con ellos en escenarios, algunos tan insólitos como la sala de espera de aeropuerto de Sao Paulo, donde en 1993 improvisó un concierto para japoneses junto a su amigo Mauricio Aznar, con el que compartía un retraso de ocho horas en el vuelo que los debía llevar hasta Roma.

Mientras en algunas universidades empiezan a estudiar su obra, el disco duro de su ordenador sigue lleno de canciones. Muchas de ellas acabarán en la papelera de reciclaje. Muchas otras un día nacerán en forma de nuevo disco. Es lo que ha pasado con su *Río Ebrío*, último disco de Petisme hasta la fecha y que acaba de editarse. Tal vez sea el último CD que Petisme venda en las agonizantes tiendas de discos, ya que las posibilidades que se abren con internet no son ajenas a un autor que desde el principio se ha mostrado muy interesado en las nuevas tecnologías. Hasta que ese momento llegue, *Río Ebrío* tiene el antecedente de *AguaCero*, un disco de edición limitada vendido exclusivamente en el recinto de la Expo y en la que aparecen varias canciones de *Río Ebrío*.

Este último disco lo devuelve a la brillante época creativa de *Cierzo*. Con el esmerado trabajo de producción de los músicos aragoneses Joaquín Pardinilla y Chema Peralta, recupera el autor algunas de sus inquietudes. Entre ellas, la memoria y la infancia («Mirábamos el pozo de San Lázaro, con pantalones cortos desde el puente / comían morera mis

gusanos / pasaba el Canfranero lentamente»), y también el amor más romántico y puro («Como dos bicicletas enamoras» o «Y si la ves, cuídamela/porque yo amé a la rosa de Jericó»). Es un disco en el que Aragón vuelve a estar bien presente (es impactante el recitado de Ricardo Joven en «Tierra Roja» en el que también colabora la madre del autor: «Roja como la lluvia amarilla, / roja como los caminos de sirga, / roja como la rabia de la niebla que muerde. / Roja como el hedor a col podrida / y como la bandera de la ciudad del viento, /roja como los caballos del infierno») [faltan signos de puntuación]. También homenajea a Kavafis y José Martí, del que musicaliza el poema «Para Aragón». Y hay espacio para su activismo político en un entrañable homenaje a Rachel Corrie, estadounidense asesinada por las excavadoras israelíes.

Estas canciones formarán parte del repertorio con el que Ángel Petisme va a emprender una larga ruta de conciertos, la mejor forma de conocer la obra de un cantante-poeta que no está quieto ni un segundo.

Desde la mesa de trabajo de su piso del Puente de Vallecas, Ángel observa por la ventana un pruno plantado por él mismo en el jardín comunitario de su casa. Observa y escribe sin parar. Canciones, entradas en su blog, textos cortos en prosa, cartas, poemas... Pasa varias horas al día agitando su coctelera de palabras, imágenes y miedos que terminan convirtiéndose en futuros discos o libros. El rebelde y provocador rockero se convierte en disciplinado poeta con una forma metódica de trabajar y de sus folios surgen poemas que conmueven por su descarnada sinceridad y que generan un círculo de simpatía en una joven generación de escritores que ven en él un referente y un eslabón entre ellos y otros grandes poetas de décadas anteriores. Si Aragón es un fecundo territorio para la poesía y cuenta con autores con un futuro prometedor (Nacho Tajahuerce, Brenda Ascoz, Carmen Ruiz, Almudena Vidorreta, Jesús Jiménez, Miriam

Reyes o Nacho Escuin, por citar solo algunos) no es menos cierto que los antecedentes también fueron espléndidos (Miguel Labordeta, Julio Antonio Gómez, Ignacio Ciordia, Manuel Pinillos...) Ángel Petisme está a caballo entre ambas generaciones, sirve de engarce y tiene la suerte de compartir con las dos muchos puntos en común.

Muchos autores han definido con acierto la obra de un poeta casi eternamente adolescente por su inconformismo, su rebeldía, su agitación permanente... Desde la primera y ya mítica inclusión de Petisme en el grupo apadrinado por Luis Antonio de Villena como los Postnovísimos (donde también están Benítez Reyes, García Montero o Julio Llamazares) han ido apareciendo otras no menos acertadas. Así, Darío Villanueva lo ha incluido en la corriente de la poesía del rock, Ángel Guinda lo ha incluido en la Generación de la Libertad, Carlos Edmundo de Ory ha calificado su poesía de «ánimica y alucinógena en labios juglarescos» o Túa Blesa ha dicho que es «al tiempo que desenfadada y por momentos ungida de la gracia del humor, eminentemente moral»..., Santiago Auserón ha dicho: «Escritura ácida e inquisitiva que cuestiona la posibilidad misma de la poesía. Ataca al entorno con el mismo elemento corrosivo que las imágenes aplican a nuestra sensibilidad». Todas estas definiciones se acercan mucho al trabajo de un poeta cuya obra es perfectamente identificable. Pero aún es más certera la descripción que hace el propio poeta de su trabajo en una entrevista en la página digital *El coloquio de los perros*: «Creo que procedo de una tradición juglaresca medieval que luego en sus temas el romanticismo retoma y pasa a las vanguardias de principios del siglo xx y después al espíritu del jazz y el rock y la *beat generation* hasta llegar a nuestros días. La reacción contra el racionalismo, la preponderancia del sentimiento, el carpe diem, la búsqueda total de la libertad, la forma de sentir la naturaleza y la vida, el individualismo, la importancia de los sueños, la poesía como verdad y no como ficción. No sé, supongo que esas constantes aparecen».

Definiciones aparte, a lo largo de la fecunda trayectoria poética de Petisme se encuentran las mismas preocupaciones, el mismo interés por la búsqueda de la belleza incluso en los lugares más propicios para el dolor y la necesidad de contar cosas. Domina en sus versos el sexo libidinoso y romántico, la soledad y las miserias del hombre integrado en la ciudad y numerosas referencias mitológicas (Ulises, Perseo, Penélope, Antígona) mezcladas con otras tecno-culturalistas, como las describe Guinda en el prólogo del primer libro de poemas de Petisme, *Cosmética y terror* (Olifante, 1983). En cualquier página de cualquier libro podemos reconocerlas perfectamente. Basten dos pruebas: «Anduve con Mnemosyne, mi musa amancebada / por la plaza del Rossio y Rua Garret, hicimos mariposas en la bañera de un hotel / en ruinas / y nos marchamos sin pagar, pues la maldita visa / se la tragó un cíclope» («De Lisboa hay que huir», *Amor y Cartografía*) «Nietzsche mató a Dios, / Lou Andreas Salomé, después del clímax, / acabó con Nietzsche y de paso con



| Con Arafat

| Dakar 2008. Fotografía: Miki Prieto

| Teotihuacán. México. Fotografía: Chema Díez



Rilke. / Fausto devoró a Goethe, pero ahí siguen la Pepsi y la CocaCola. Vivimos rodeados de ventanas: / hablamos con ciberfontaneros australianos / y nos comemos los huevos sin sal / porque no conocemos al vecino de enfrente». En *Amor y Cartografía*, lo vuelve a dejar claro: «Así de esta ciudad / desollada por sus soberanos, / en donde apenas queda una verdad que contar a los críos, / de esta ciudad me llevaré su alma, / sus calles encantadas, sus muertos, su estéril corazón. / Y de sus farolas, sus periódicos, sus sonidos azules, / desde la última hormiga hasta la línea de sus horizontes, tan sólo quedará un desierto de fósforo / y una luz de serpientes de almendras amargas, metálica, / donde no quede dios ni ganas ni lugar / ni belleza ni tiempo, / sino para mentir / sino para follar, / sino para morir».

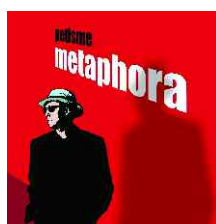
Esa estética de la desazón y el individuo frente a todo —en la que el poeta siempre habla a una segunda persona, generalmente femenina, amante secreta, cómplice de misterios urbanos y legendarios— es otra de las constantes a lo largo del trabajo de Petisme, que empezó a escribir muy joven, como casi todos los poetas. Ya en 1981 ganó 50.000 pesetas en un concurso del Ayuntamiento de Zaragoza. Había fundado poco antes la revista *Narra* de jóvenes poetas aragoneses. El gusto por la cultura *punk* y *glam* se aprecia en los pocos poemas que se conservan de la época, recopilados ese mismo año por José Luis Alegre Cudós en su *Antología de poetas noveles aragoneses*, de 1981. Era la época en la que Petisme no era Petisme, sino Ángel Muñoz Petisme, Norma Fashion o el epatante Caín Petisme con el que firmaba críticas literarias en el *Aragón Express*, más tarde en el *Día de Aragón* y luego en *El Periódico de Aragón*.

Estos primeros escauceos con la literatura se ven recompensados con la publicación en 1984 de su primer libro, aún como Ángel Muñoz Petisme. Editado en Olifante, *Cosmética y terror* revoluciona la crítica, que da la bienvenida a este libro por su ruptura con los procesos formales anteriores. Indica una nueva forma de escritura que a partir de entonces se hará habitual entre los jóvenes poetas. Sin embargo, es aún un libro inmaduro. El libro que denota que hay una voz poética propia, original y arriesgada, con ganas de experimentar y de contar experiencias. «Hablan de Paracelso en una discoteca: / qué es la frivolidad? / Difícil es sentir la luz como la poesía; la avidez enemista / cicatrices se acercan...»

En su obra son fácilmente reconocibles sus influencias. Lector incansable, entre sus autores favoritos se encuentran Lautreamont, Aleixandre, Pasolini, Nerval, Rimbaud, Henry Miller, Carlos Edmundo de Ory, William Carlos Williams, Auden, Edgar Lee Masters... Pero, por encima de todos, un autor de cabecera, Miguel Labordeta, que sobrevuela a lo largo de toda su obra. Especialmente en *Constelaciones al abrir la nevera*, publicada en Hiperión en 1996: «Soy un hombre que quería expresar / el secreto de las cosas, / la emoción del mundo, las prisiones de barro; / que desató los nervios de la risa y las lágrimas. / Soy un hombre que quería olvidarse cuando amaba, / que amando sin orgullo se quiso comprender / y gozar, gozar de la luz interior. Soy un hombre que se derramó sobre la vida y el papel, no como el mercurio...» «He pasado de los treinta / y este mundo aún no se ha enterado de que he muerto. / Ese ha sido el precio de la convulsión».

Una de las virtudes de Petisme es su facilidad para buscar imágenes («un hombre con músculos de canela») y para encontrar títulos: «Yo vomité sobre Cantero Cuadrado», «Autorretrato con zapatillas verdes», «Instantes eternos en mitad del atasco», «De Lisboa hay que huir», «La autoestopista que obtuvo la gracia de la vida», «Panfleto de los constructores de tramoyas», «Bin Laden acariciaba mis encías» o «Aliento del pronombre en la geografía desolada».

Petisme emplea un verso libre, sin rima y sin estar sujeto a la métrica. Y también ha escrito poesía en prosa, como la que aparece en *Insomnio de Ramalah* (Eclipsados, 2005). *Insomnio de Ramalah* es un diario de versos y prosa redactado tras un viaje a Palestina. Sus viajes han sido una fuente de inspiración que le han servido entre otras cosas para publicar libros de denuncia sin perder su carga poética. Como sucede en *El cielo de Bagdad* (Xordica, 2004). Actualmente está preparando otro sobre un último viaje a Senegal y Gambia. La prosa de *El cielo de Bagdad* es una prosa de urgencia, mitad reportaje periodístico mitad panfleto escrito recién aterrizado del Irak que estaba a punto de sufrir una guerra. Y en el continuo riesgo al que Petisme no renuncia, también ha estrenado una pieza teatral, *Nadie es Gargallo en su tierra*, que se estrenó dentro del espectáculo, *Gargallo, un grito en el desierto*, que representó en el Teatro Principal en el año 2006 la compañía Luna de Arena dirigida por Félix Martín.



Petisme se ha interesado mucho en los últimos años por las posibilidades creativas que ofrece internet, desde que en enero del 2002 estrenó un visitadísimo blog, bautizado como *petisblog* y que se puede leer en su web www.angelpetisme.com. Además de servir como el escaparate perfecto para difundir su trabajo, también le permite mantener contacto directo con sus seguidores y publicar diariamente, muchos de ellos rescatados en *Cuatro días de alquiler* (2004) o *Demolición del Arco Iris* (Baile del sol, 2008). Para Petisme, la poesía en internet ya es casi un género, que él mismo define como *poemails*.

Una obra tan extensa merecía una recopilación, y eso es lo que hizo Sial en el 2006, publicando *Teoría del color*, una antología que recoge algunos de los textos más destacados del autor desde 1977. Esta antología, que es un buen punto de partida para los que no conocen su obra, se caracteriza porque no sigue el orden cronológico tradicional y se inicia con la selección de sus libros más recientes para acabar con los poemas más antiguos.

Entrado el 2009 ha ganado el premio Claudio Rodríguez de Poesía con su libro *Cinta transportadora* (Hiperión, 2009). En *Cinta transportadora* aparecen muchos de los textos escritos en internet y muchos otros que nacen en un viaje, en una

pequeña agenda o en la servilleta de un restaurante de cualquier rincón del mundo. Pero este viajero infatigable, explorador de mitos y personas, este travieso artista, no se queda quieto ni un minuto. De hecho, ya está preparando otros trabajos que pronto verán la luz, dos libros de poemas que ya tienen título (*El lujo de la tristeza* y *Mandíbula*) y otro de un género, el de relatos, en el que el escritor de Calatayud aún no se había adentrado salvo contadas excepciones (un relato en el libro colectivo *Cuentos a patadas* que conmemoró el 75 aniversario del Real Zaragoza).

Discografía del autor

- La habitación salvaje*, Zarel, 1990.
- Turistas en el paraíso*, Fonomusic, 1992.
- El Singapur*, Fonomusic, 1994.
- Bailando en campos minados*, Fonomusic, 1995.
- Cierzo*, El Europeo, 1997.
- Buñuel del desierto*, Prames, 2000.
- La habitación salvaje. Mi zoo privado*, Discos en la Arena, 2000.
- Metaphora*, El Europeo, 2002.
- Sacco y Vanzetti. Conciertofindegira*, Kainós producciones, 2004.
- Amor entre las cuerdas*, Qriterio Aragonés, Tranvía verde, 2005.
- Éxitos secretos*, Tranvía verde, 2006.
- AguaCero*, Music bus, 2009.
- Río Ebro*, Tranvía verde, 2009.

Recopilaciones

- Roccapilación 87*, Rocco Records, 1987.
- Baladas del pop español*, Fonomusic, 1993.
- Sentir Aragón*, Fonomusic, 1994.
- Tecno baile 5*, Discos Fuentes (Colombia), 1995.
- Cantautores de un tiempo, de un país 2*, Fonomusic, 1996.
- Cantautores de un tiempo, de un país 3*, Fonomusic, 1997.
- Planeta Aragón*, Jammin/Gobierno de Aragón, 1998.
- Sobre Aragón «Cantautores de aquí y ahora»*, Producciones sin/con pasiones, 2001.
- Denominación de origen*, Ediciones Valú, 2002.



Iberian Tribes, El Europeo, 2002.
Músicas en Rolde, Rolde de Estudios Aragoneses, 2002.
Historia de la autonomía de Aragón, Rolde de Estudios Aragoneses, 2003.
Las músicas de Aragón, FNAC España, 2003.
Artistas en Ruta, AIE, 2004.
El agua para las ranas, Asociación Río Aragón, 2004.
Por la paz en Palestina, Fundación Autor, 2004.
Cantautores desde la libertad, Dro Atlantic, 2005.
Natural de Aragón, Gobierno de Aragón, 2006.
Noches mágicas. Música con raíces, Jardín Botánico, 2007.

Canciones para discos colectivos

«El juego que me perdió», Jackson Browne, *Cántame mis canciones*, Columna, 1998.
 «Badabadum», Los Titiriteros de Binéfar. *Vamos a contar mentiras*, Grabaciones en el mar, 2000.
 «Reggae del basilisco», *Los siete pecados capitales*, Contradanza, 2000.
 «Para Aragón» (de José Martí), *Mauricio levántate y zamba*, Confesiones de Margot, 2005.
 «Si se extravía mi amante», *Los amantes de Teruel*, Polca Ed., 2005.
 «Te debo una canción», *Nueva Cocina (Tributo a Ixo Rai)*, Luna nueva, 2006.

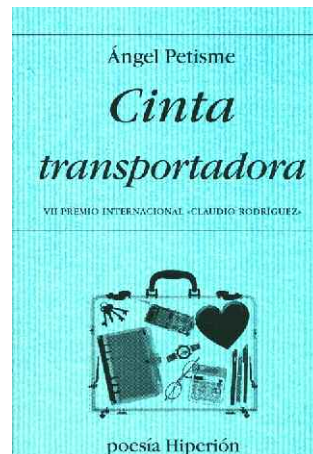
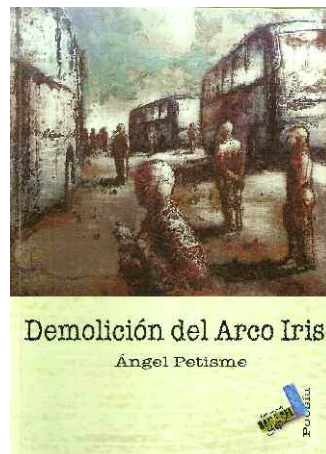
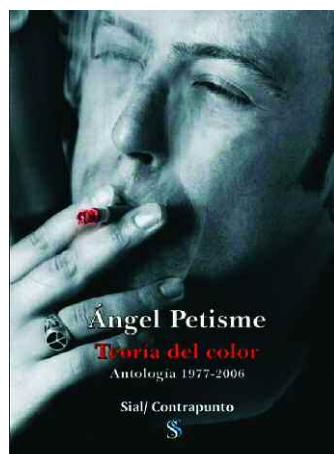
Colaboraciones

Toque de queda en Madrid, La Fábrica Magnética, 1990.
 Luis Eduardo Aute, *Alevosía*, Virgin, 1996.
 Héctor Lera, *Lío*, Discos en la arena, 2000.
 El mecánico del Swing. *El circo de las pulgas*, Kainós, 2004.
 Festival Internacional de poesía Moncayo, Olifante, 2004.

Bibliografía del autor

Cosmética y terror, Zaragoza, Olifante, 1984.
Un ejercicio sobre la normalidad, Logroño, De Hierro, 1987.
El océano de las Escrituras, Madrid, Libertarias, 1989.
La habitación salvaje, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1990.
Amor y Cartografía, Zaragoza, Lola, 1993.
Constelaciones al abrir la nevera, Madrid, Hiperión, 1996.
El desierto avanza, Madrid, El Europeo, 1997.
Buenos días colesterol, Madrid, Sial / Contrapunto. Premio Sial de Poesía, 2000.
Cuatro días de alquiler, Zaragoza, Lola, 2004.
El cielo de Bagdad, Zaragoza, Xordica, 2004.
Soñar en Palestina. Poemas, Varese (Italia), Torre degli Arabeschi, 2005.

Insomnio de Ramalah, Zaragoza, Eclipsados, 2005.
Teoría del color (Antología 1977-2006), Madrid, Sial / Contrapunto, 2006.
Demolición del Arco Iris, Tegueste (Tenerife), Baile del sol, 2008.
Cinta Transportadora, Madrid, Hiperión. VII Premio Internacional Claudio Rodríguez, 2009.
 ANTOLOGÍAS COLECTIVAS
Poetas noveles aragoneses, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1981.
Erotemas, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1983.
Ponle poesía al año nuevo, Zaragoza, TVE Aragón, 1985.
Postnovísimos, Luis Antonio de Villena, Madrid, Ed. Visor, 1986.
Penúltimos poetas en Aragón, Trinidad Ruiz Marcellan, DPZ, Col. Veruela, Zaragoza, 1989.
Poesía en el rock, AA VV, Drume Negrita, Zaragoza, 1994.
Un vean de poezie în Aragon, (Antología), Retromond, Bucarest (Rumanía), 1994.
Necenta na Ebpo (Antología), Sofía, Literaturen forum, 1995.
Poesía aragonesa contemporánea, Zaragoza, Mira, 1996.
Los hijos del cierzo (Escritores aragoneses de hoy), Zaragoza, Prames, 1998.
Verso & jazz, AA VV, Ayuntamiento de Punta Umbría, Punta Umbría (Huelva), 1998.
La voz y la escritura 1999, Madrid, Fundación ONCE, 1999.
Aldea poética 2, AA VV, Ed. Ópera Prima, Madrid, 2000.
Canciones de amor y dudas, AA VV José María Plaza (selecc), El Barco de Vapor, Madrid, 2000.
El último en morir que apague la luz (Atlas poético), Gijón, Ateneo Obrero, 2001.
Pateras, AA VV, Aullido Libros, Huelva, 2001.
Viento de cine (El cine en la poesía española de expresión castellana 1900-1999), Madrid, Hiperión, «Col. Poesía Hiperion», 2002.
Hablando en plata (17 poetas españoles de hoy), AA VV, Méjico, Homoscriptum, 2005.
Nihil obstat imprimatur, AA VV, Tarragona, Cuadernos de la perra gorda, 2005.
Segunda noticia y antología de poetas bilbilitanos, Antonio Sánchez Portero, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, 2005.
Voces del extremo VII (Poesía y ética), AA VV, Fundación Juan Ramón Jiménez, Moguer (Huelva), 2005.
La voz y la escritura 2006 (80 nuevas propuestas poéticas), Miguel Losada (ed) Sial / Contrapunto, Madrid 2006.
Tripulantes (Antología de microrrelatos), AA VV, Eclipsados, Zaragoza, 2006.
Vida de perros, Diego Marín (ed), Ediciones del 4 de agosto, Logroño, 2006.
De tú a tú (Antología de otra poesía española), AA VV, edición a cargo de Ignacio Escuin Borao, Sial, Madrid, 2008.
Qué nos han hecho (Antología Viva), AA VV, Islavaria, Santa Cruz de Tenerife, 2008.



Estudios sobre su obra:

La poesía y el rock, Ángel Pérez Pascual, Alcalá de Henares, Pliegos de la Ínsula Barataria, 1996.

«Ángel Petisme», en *Cantautores*, fasc. 48, Madrid, Ediciones del Prado, 1996.

Los últimos juglares (33 años de música bilbilitana. 1963-1996), Calatayud, Ed. Costa, 1996.

Cantautores de España, Jordi Turtós y Magda Bonet, Celeste Ediciones, Madrid, 1998.

Retratos de cantantes, Juan Miguel Morales, Junta de Andalucía, Sevilla, 2000.

Antonio LOSANTOS, *Literatura actual*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses / Ayuntamiento de Zaragoza, 2002.

Miguel MENA y Ángel VERGARA, *Música pop / música folk*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses / Ayuntamiento de Zaragoza, 2002.

¿*Sueñan los jotos con guitarras eléctricas?*, Javier Losilla, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2004.

Tránsitos: escritos sobre poesía, edición a cargo de Túa Blesa, Valencia, Tirant lo Blanch, 2004.

Textos del autor en obras colectivas

Bajo los puentes del Drina (Solidaridad con la mujer bosnia), edición de Túa Blesa y Elena Pallarés, Zaragoza, Instituto Aragonés de la Mujer, 1987.

Entre tambores, AA VV Pedro Rújula (ed), Ed. Ruta del tambor y el Bombo, Zaragoza, 2002.

Gargallo, Un grito en el desierto (teatro), Centro Dramático de Aragón, Colección Textos, 2003.

Zaragoza de la Z a la A, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 2003.

José Couso, la mirada incómoda, AA VV, editorial HAC de José Couso, Madrid, 2004.

Juegos Reunidos, AA VV, La más bella, Madrid, 2005.

Prohibido volar (Infancia y conflictos armados), AA VV Save the children, Zaragoza, 2005.

La estrella que me deslumbró, AA VV, Unaluna Ediciones, Zaragoza, 2006.

20 poéticas, AA VV, La torre degli arabeschi, Angera (Varese, Italia), 2008.

Cuentos a patadas (Historias del Real Zaragoza), AA VV, Zaragoza, Fundación Real Zaragoza, 2008.

Hankover (Resaca), AA VV, Caballo de Troya, Barcelona, 2008.

–Aparición en la película *La pupila del éxtasis* de L. E. Aute.

–Voz en la banda sonora de la serie de televisión «La mujer de tu vida».

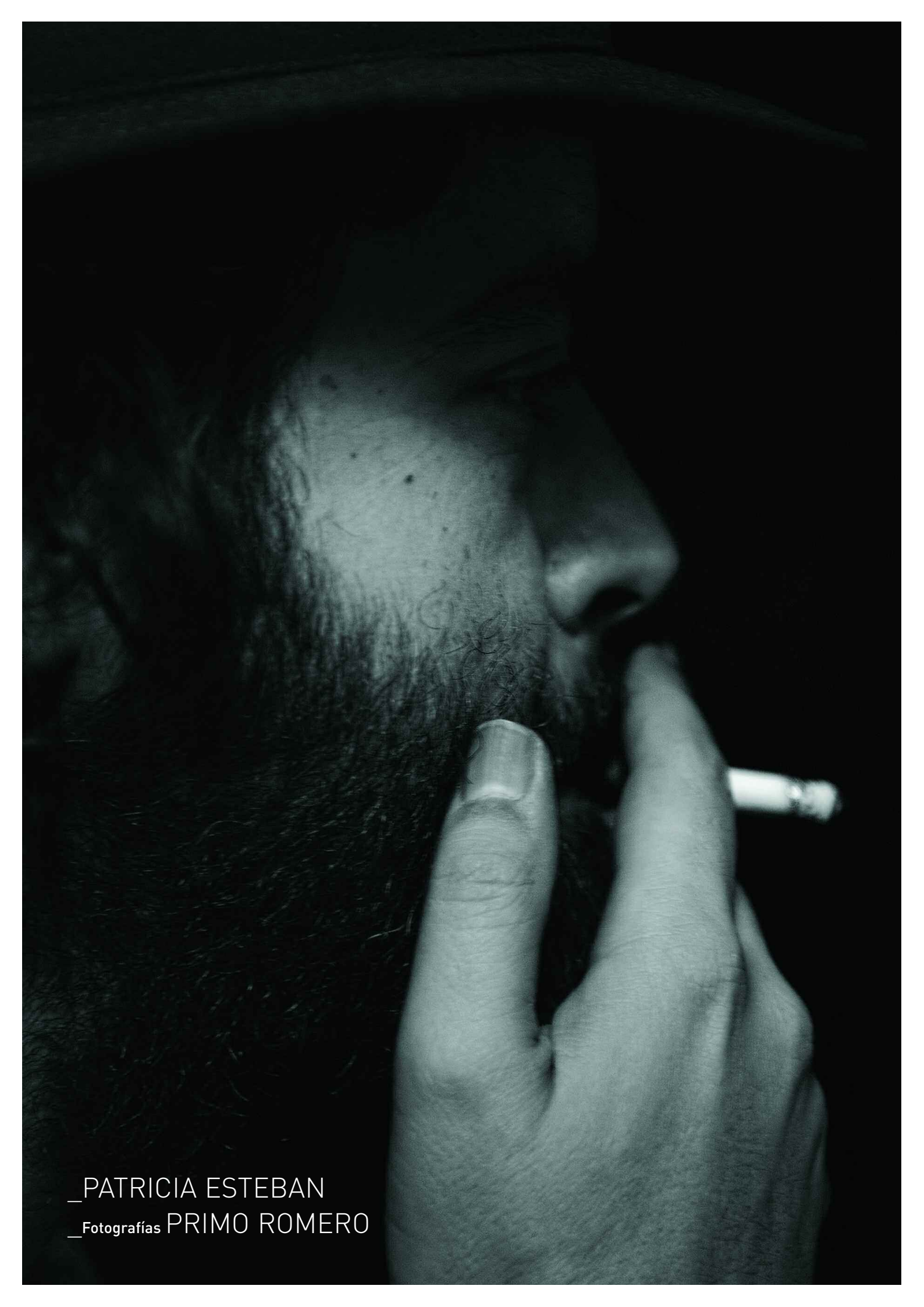
–Aparición como extra en *La vida alegre* de Fernando Colomo.

–Música para la banda sonora del cortometraje *Trabas* de José Ángel Delgado.

–Música para la banda sonora del largometraje *Cromos* de José Ángel Delgado

–Música para la banda sonora del cortometraje *Minerva* de Mario Añón.

–Poemas para los capítulos *Juan sin Tierra* y *Biodiversidad (El alma del planeta)* de la serie de televisión «Los latidos de la tierra» de Sonia Llera.



_PATRICIA ESTEBAN
_Fotografías PRIMO ROMERO

_Criptonita

Hay ciertas cosas que solo ocultamos para mostrarlas.

MONTAIGNE

Hace unos años compré por internet un fragmento de criptonita. Antes de que ocurriera lo de mi gato Carygrant, aquella piedra supuestamente llegada de Kripton ocupaba siempre el mismo lugar en mi cajón de las bragas y podía verla nada más abrirlo, pegada a la esquina izquierda, ahí, justo encima del sobre de papel de estraza donde tengo por costumbre meter cada sábado la paga semanal del súper. A veces, sobre todo si había tenido un día especialmente atroz en el trabajo, me gustaba entrar en mi dormitorio, pararme ante el espejo de la cómoda con la blusa del uniforme medio desabrochada, abrir el cajón y buscarla a tientas. Me gustaba sentir su frío mineral entre los dedos, rozarme con ella el lóbulo de las orejas y la garganta, mientras el pobre Carygrant, tumbado sobre la cama, espiaba mi reflejo en el estañó carcomido, igual que un esposo paciente.

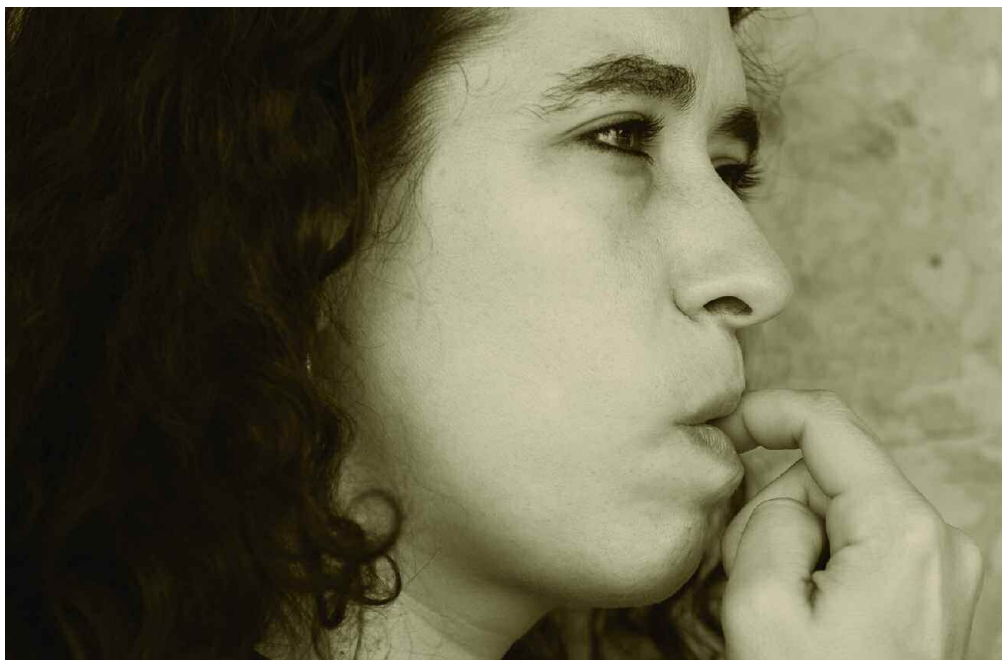
¿Que cómo descubrí que la criptonita existía? Pues de la forma más tonta y americana que uno pueda figurarse, la verdad. Sentada un sábado por la tarde en la penumbra de un ciber de mi barrio, rodeada de amantes de la pornografía infantil y los videojuegos salvajes, di por casualidad con Kriptonya, la página de dos geólogos yankis de la universidad de Wichita (Wisconsin) llamados Parker Lewinston y Cole J. Bowles. La web contaba que doce meses antes aquel par de treintañeros de pelo pajizo que ahora mostraban impudicamente sus dentaduras caballunas mientras sonreían a cámara, abrazados como viejos amigos de la escuela y con esa expresión radiante de quienes han conseguido forrarse a una edad razonable, habían recibido una beca estatal para financiar su viaje al este de Europa y llevar a cabo una prospección experimental en la zona sur de Serbia. Seguramente, Lewinston y Bowles habían sido los dos hombres más felices del mundo durante aquella expedición, porque en Serbia todavía humeaban las hogueras de los últimos bombardeos y solo las ventanas vacías de las granjas abandonadas que iban dejando atrás parecían espiarles con cierto aire censor. Lewinston y Bowles, acostumbrados a alimentarse con sándwiches de pavo y soledad de laboratorio, no echaron de menos su casi total ausencia de contacto con otros seres humanos durante el periodo que pasaron dinamitando el

suelo serbio como dos nibelungos febriles. Qué va. Apenas hablaban entre ellos y tampoco parecía impresionarles mucho aquel entorno fantasmagórico, donde de vez en cuando encontraban algún esqueleto de animal en el claro de un bosque, o un trozo de pierna infantil con los cordones de la bota todavía perfectamente anudados a la entrada de una aldea ennegrecida por el fuego.

Durante unos meses, Lewinston y Bowles habían seguido cavando agujeros por todas partes sin inmutarse hasta que al fin dieron con un pequeño pozo abandonado desde antes de la guerra. No fue necesario que utilizaran la fuerza en esta ocasión. Igual que una mujer desfallecida al pie del camino por culpa del hambre y el horror continuados, aquella mina se abrió de piernas para ellos sin ofrecer resistencia y dejó que los dos recorrieran excitados varias de sus galerías subterráneas y hallaran sus paredes recubiertas de un cristal semiopaco, sorprendentemente parecido en su tono verdoso y, según comprobaron luego, también en su composición química (hidróxido de sodio, boro y litio fusionado con flúor) al mineral radiactivo que conseguía dejar fuera de combate al pobre Superman.

Continué leyendo. Kriptonya avalaba la autenticidad de cada pedazo de piedra extraída en aquel yacimiento serbio con un certificado firmado ante notario. Cómo resistirse. Yo al menos ya no pude hacerlo, cuando cometí el error de echarle una ojeada al catálogo de piezas de criptonita que se hallaban disponibles. Las había de todos los tamaños, formas y precios, un surtido infinito de galletas verde ojo de pantera. Al final, medio deslumbrada por la luz fría que emanaba de ellas, me decidí a comprar un guijarro pequeño, un fragmento redondo y algo más oscuro de lo normal, que era el único que podía permitirme con mi sueldo.

No me planteé, lo reconozco, que algo tan minúsculo pudiera resultar peligroso. La ciencia no lo había previsto, de hecho la página de Lewinston y Bowles aseguraba que la criptonita era inofensiva. Después de someterla a cientos de pruebas clínicas, sus descubridores ratificaron que se trataba



de un compuesto que no poseía ni medio átomo de radiactividad, duro como el diamante, sí, pero perfectamente inútil si no fuera por su turbia belleza. Imagino que a muchos de esos ex niños de los años setenta que en su día habíamos acudido en manada al cine con anoraks y pasamontañas, y vimos sufrir al pobre Christopher Reeves un tremendo cólico de riñón cuando aquellos tres malvados que viajaban por toda la galaxia metidos en un prisma romboidal le acercaron al rostro un pedrusco made in Krypton, nos dio igual que la criptonita auténtica fuera tan inservible como el cristal de un culo de vaso. Aunque, en honor a la verdad confieso que a mí Superman me parecía mucho más irresistible sin el caracol engominado de la frente, cuando sentía que todos sus superpoderes se le evaporaban como por arte de magia a través del tejido interestelar de sus mallas azules sin que él pudiera hacer nada para evitarlo; cuando notaba, perplejo, que por primera vez en su vida le estaba saliendo sangre por la nariz tras recibir la soberana paliza de un camionero, una sangre de color café americano; cuando, en fin, miraba suplicante a Louis Lane tumbado en el suelo, como pidiéndole que por favor no lo abandonara en aquel bar de carretera aunque tuviera una pinta tan lamentable, con esas gafas torcidas de miope y la camisa afranelada de cuadros abrochada hasta el último botón. No sé. Creo que a mí en el fondo me gustaba saber que un tipo tan formidable como Superman podía verse metido en apuros por culpa de algo en apariencia insignificante. La piedra de Krypton era un misterio de reducidas dimensiones y un alcance galáctico. Por eso, supongo, me gasté trescientos klanhams y pagué con la tarjeta de crédito mi rescoldo de criptonita, porque creía en ella y en sus poderes secretos, dijeran lo que dijeran aquellos dos

bobos de Lewinston y Bowles. Recuerdo aún la emoción que sentí la mañana en que el cartero llamó al timbre y me sacó de la cama para entregarme un paquete de cartón, cuidadosamente precintado y mil veces más grande que el tesoro que contenía. Era como si de pronto me hubiera llegado por correo el manual de instrucciones de la perfecta mujer fatal, y yo pudiera decidir libremente si quería o no utilizarlo. En aquel instante elegí guardarla en el cajón de las bragas de mi habitación, y no enseñársela nunca a nadie, ocultarla como se silencian algunos adulterios prolongados entre vecinos de rellano o la extraña fijación a la ropa interior equivocada de un honorable padre de familia.

Nada de lo que luego pasó había sucedido aún y yo fantaseaba a veces, me imaginaba que en cuanto esa zorra de la señora Curski se dignara por fin pagarme las horas extra de las últimas navidades, llevaría mi criptonita al bazar de baratijas y babuchas puntiagudas de la calle Trementine y le pediría al dueño, un pakistaní enorme y silencioso con manos de color estradivarius, que la engarzara en un colgante de plata oscura, casi negra. Pero la verdad es que nunca llegué a hacerlo, igual que nunca he sido capaz de dejar de mordermme las uñas, por más que lo haya intentado. Después de un tiempo siempre acabo acostumbrándome al sabor a azufre y al hedor de los remedios que me aconseja la rubia señorita Plenfes, que es la dueña de la farmacia que hace esquina con la calle Lenin. Sigo comiéndome las uñas, a pesar de que aúllo de dolor cuando friego los platos y de que me da mucha vergüenza enseñar las manos en ese estado de onicofagia crónica. Miro mis dedos en carne viva, encojo los hombros, y opto por meter las manos en los bolsi-



llos del abrigo o por esconderlas detrás de la espada. Me resigno, del mismo modo que cuando al fina la zorra de Curski accedía a abrir la caja fuerte de la oficina refunfuñando y saldaba su deuda con un puñado de billetes mugrientos. Para entonces yo ya necesitaba invertirlos en un par de medias, en un recibo atrasado del agua o en un frasco de champú especial para gatos albinos. Aun así, pese a las promesas incumplidas, mi pequeña criptonita me alegraba cada regreso a casa y me gustaba tanto el solo hecho de poseerla como atravesar descalza las baldosas frías del pasillo con Carygrant enredado entre las piernas, o comer a cucharadas una tarrina de helado de plátanos y nueces, robada por la tarde en la tienda de la bruja Curski, sentada a oscuras en el sofá, frente al viejo televisor en blanco y negro, con el cebreado de una película muda arañándose el rostro.

Sí, ahora lo sé. Éramos felices así, mi criptonita, mi gato blanco Carygrant y yo, al menos lo fuimos hasta que un viernes, casi a la hora del cambio de turno, Grandísimo Hijo de Puta apareció al final de una larga cola en el supermercado, con su paso lento, su pelo rojo y sus pestañas abrasadas. Llevaba puesta una viejísima camiseta gris que me recordó sin saber por qué a un pulmón enfermo, y en la mano sostenía un tomate bien colorado. Sólo uno. Al llegar junto a la caja hurgó en el bolsillo de su pantalón hasta encontrar dentro una moneda tan pelirroja como él, que dejó sobre el mostrador. Miré sus uñas mordisqueadas, sus dedos huesudos de músico mal alimentado. Y por primera vez hice caso omiso del reglamento de la casa que nos obligaba a cobrar las bolsas de papel a los clientes que compraban artículos por un

importe menor a seis klanhams, y le tendí una para que metiera dentro su tomate.

Como era de esperar, Grandísimo Hijo de Puta agradeció el gesto y volvió otras muchas veces por el súper a hacer su monocompra. A veces se llevaba una manzana reineta, otras un paquete de espaguetis o una lata de cerveza barata. Nuestras manos se rozaban, parecidas a las cabezas de dos patos de guiñol, cuando le entregaba su bolsa de papel. Por lo que pude observar, él continuaba supliendo las carencias alimenticias de su dieta mordiéndose las uñas. Los momentos en que nuestros dedos se tocaban eran cada vez más largos, y sentí que el suelo se volvía flan bajos mis pies la tarde en que él clavó sus ojos desnutridos en la placa con mi nombre escrito dentro en la pechera de la blusa, y se despidió musitando un «gracias de nuevo, señorita Mascu».

¿Debo dar detalles de lo que ocurrió luego? Pues espero que no, porque en realidad, no podría hacerlo. De aquello guardo tan solo unas cuantas imágenes apenas entrevistas: el mismo tipo flaco, recostado contra un coche negro a la hora del cierre del súper un día de entre semana, sin viernes, ni tomate, ni manzana esta vez, pero con una medio sonrisa de dientes tiznados por la nicotina asomándole torpemente a los labios. Mi cara de sorpresa cuando comprendí que era a mí a quien esperaba, mientras una voz maldecía desde las paredes de mi estómago la facha que tenía esa tarde, con la coleta medio deshecha y el uniforme lleno de manchas de fruta. Una calle en sombras y el crujido de vinilo acompañando a nuestros pasos cuando comenzamos a caminar sin que ninguno de los dos precisara adónde íbamos. Y tras una pequeña elipsis, dos pares de pies asomando al final de una

sábana, ajenos al sendero de zuecos dislocados, pantys, vaqueros, falda de tergal, converse mugrienta y camiseta gris cáncer de pulmón que habíamos dejado reptando por el suelo de mi cuarto. Él y yo con los ojos clavados en nuestros pies, como esperando que nos contaran otra versión de los mismos hechos. Y de fondo, el sonido lastimoso de las garras suaves de Carygrant, que rascaba la madera de la puerta desde el otro lado, sin entender muy bien qué hacía pasando una noche (la primera de 72, en realidad) fuera de mi cama.

Pobre Carygrant, que había surgido en mi vida de la nada, tan radiantemente blanco como un esmoquin de gala en una cena de la Costa Azul. Aquel anochecer no pasaba ningún coche y nadie más caminaba por la acera, quizás porque había estado lloviendo hasta hacía poco rato. Yo acababa de mudarme al piso de la portería del número 33 de la calle Progrom, y volvía a casa de un inventario interminable en el súper. Me metí por la calle equivocada de puro cansancio. Durante unos instantes me sentí como si unos extraterrestres bromistas me hubieran abandonado en un barrio cementerio, con los ojos vendados y cero céntimos de sentido de la orientación en el bolsillo. Solo había cubos de basura negros, volcados en el suelo, y cajas de cartón semejantes a lápidas de una película expresionista por todos lados. Estaba a punto de darme la vuelta cuando lo vi, en el centro de la calzada, blanco como el vaso de leche con galletas que pensaba llevarme a la cama al acostarme, si finalmente llegaba a casa, y rodeado de charcos inmóviles en los que a ratos se colaban cielos silenciosos y trozos de nube. Un gato fantasmal que me miraba, con esa fijeza del antihéroe que espera a una mujer en la esquina de siempre a pesar de la tormenta, apostado bajo la ráfaga de luz amarillenta de una farola, dejando que la lluvia le arruine la chaqueta y encendiendo una y otra vez la mecha del cigarro mojado, sin arrojarse ni calibrar siquiera la opción de dar media vuelta y marcharse, aunque desde hace un buen rato ya sospecha que ella no va a venir. Entonces decidí seguir hacia delante, caminé entre cubos de basura y cajas de cartón, en dirección a la blancura fosforescente de aquel animal. Carygrant, el bueno de Carygrant, que se levantó bostezando, estiró sus largas patas de yogur y echó a andar delante de mí, como guiándome a mi pequeño piso mal ventilado, con su paso lento y suntuoso.

A Grandísimo Hijo de Puta nunca le gustó Carygrant. «Cierra la puerta, que no entre. Los gatos me dan miedo», dijo cuando le llevé el primer desayuno a la cama. Y eso que Carygrant no soltaba pelos en el sofá, ni se subía a la pila del fregadero para beber agua del grifo, ni maullaba jamás. No se meó en su sucia camiseta gris ni una sola vez, de hecho Carygrant apartaba sus ojos de vidriera gótica de Grandísimo Hijo de Puta si ambos coincidían aunque fuera un solo segundo en la misma habitación y salía de allí como un borracho elegante que intuye que el barman ya no le servirá la próxima copa. Procuró no cruzarse en su camino durante

el tiempo que él pasó ocupando la mitad izquierda de mi cama y saqueando mi nevera, olvidado ya de las monodosis de comida de otros tiempos. Y yo, tan ciega, me limitaba a ayunar de puro amor para compensar aquellos ataques suyos de gula, fingía que no me molestaba encontrar a la vuelta de Superbarato Curski un único limón con cara de vieja arrugada que me esperaba, frunciendo el ceño desde el interior del frigorífico, como desaconsejándome que siguiera por ese camino. Grandísimo Hijo de Puta sí dejaba cabellos oxidados por todas partes: en el fondo del lavabo, en la bañera, en mi peine. Abría mis cajones, sin molestarse luego en volver a cerrarlos. Muchas veces yo regresaba antes que él, y me encontraba a Carygrant encerrado en la cocina. Nunca me daba explicaciones acerca de dónde había estado y tenía un humor taciturno que solo parecía evaporarse cuando se sentaba descalzo en el sofá abrazado al mástil de su vieja guitarra blanca y negra, que siempre me recordó una puta desabrida, una de esas yonquis de piernas flacas que se prostituyen a las afueras de la ciudad y gritan a los conductores desde el arcén.

La cosa duró dos meses y medio. Dos meses y medio durante los cuales Grandísimo Hijo de Puta siguió zampándose mi comida, echándome algunos polvos de lunes y gritándome desde el colchón que no olvidara dejarle dinero para tabaco y cuerdas de guitarra, antes de salir hacia el súper. Yo separaba unas monedas de la compra diaria que dejaba sobre la mesa de la cocina, sin rechistar. Añoraba a veces el sabor del helado robado, sí, y había abandonado ya definitivamente aquella firme intención de pararme un día en la tienda del pakistaní y encargarle un colgante para mi criptonita, pero no me decidía a renunciar a aquel tipo flaco con pelo de escocés y creo que así habría podido pasarme toda la vida si él no se hubiera largado sin más aprovechando mi turno de mañanas. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta de la calle al salir.

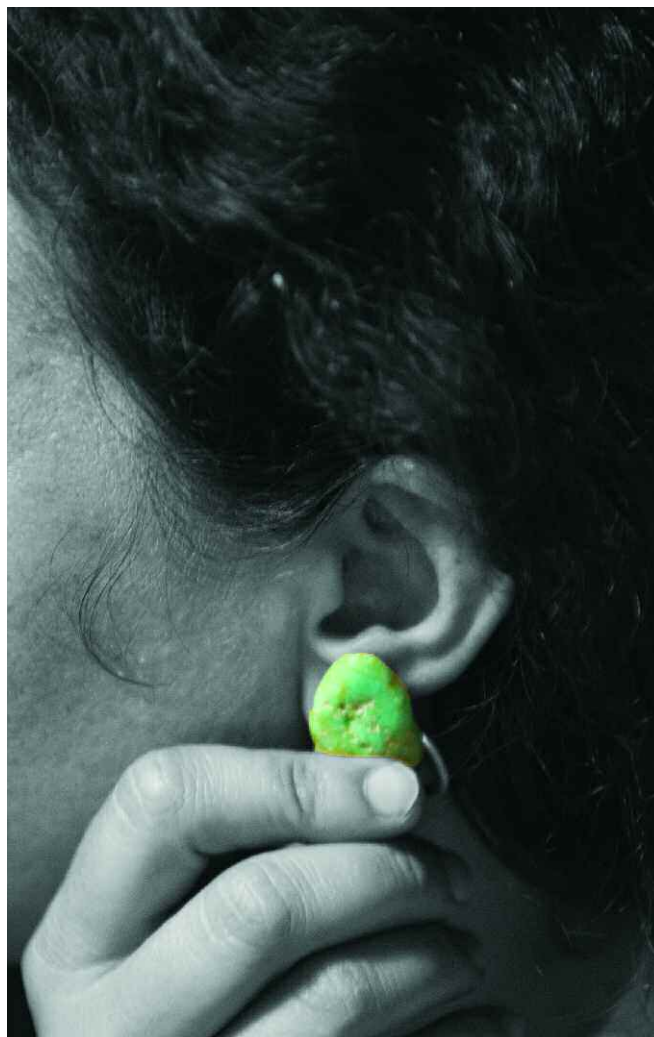
A una casa robada se le queda cara de tonta. Pasado el primer susto y aquellos momentos angustiosos en que imaginé a Grandísimo Hijo de Puta muerto de un disparo en la cabeza, mirándome con una expresión asombrada desde la cama, como increpándome que lo hubiera dejado solo y a merced de unos atracadores sin escrúpulos, lo busqué por todos los cuartos, me aseguré de que los ladrones no lo habían metido a empujones, amordazado y desnudo, en el armario. Descubrí que había ido riéndose de cada una de las habitaciones del piso de la portería del número 33 de la calle Progrom antes de marcharse. Se había llevado a su guitarra la yonqui, las últimas monedas que le había dejado sobre la mesa, pero también mi televisor y dos manzanas que quedaban dentro de la nevera. Encontré el cadáver de una toalla lila y empapada en el suelo del dormitorio. Mi hucha de escayola en forma de geisha japonesa, ataviada con kimono rojo y sombrilla a juego, yacía hecha pedazos junto al mueble de los libros, a pesar de que la pobre nunca guardó en su interior

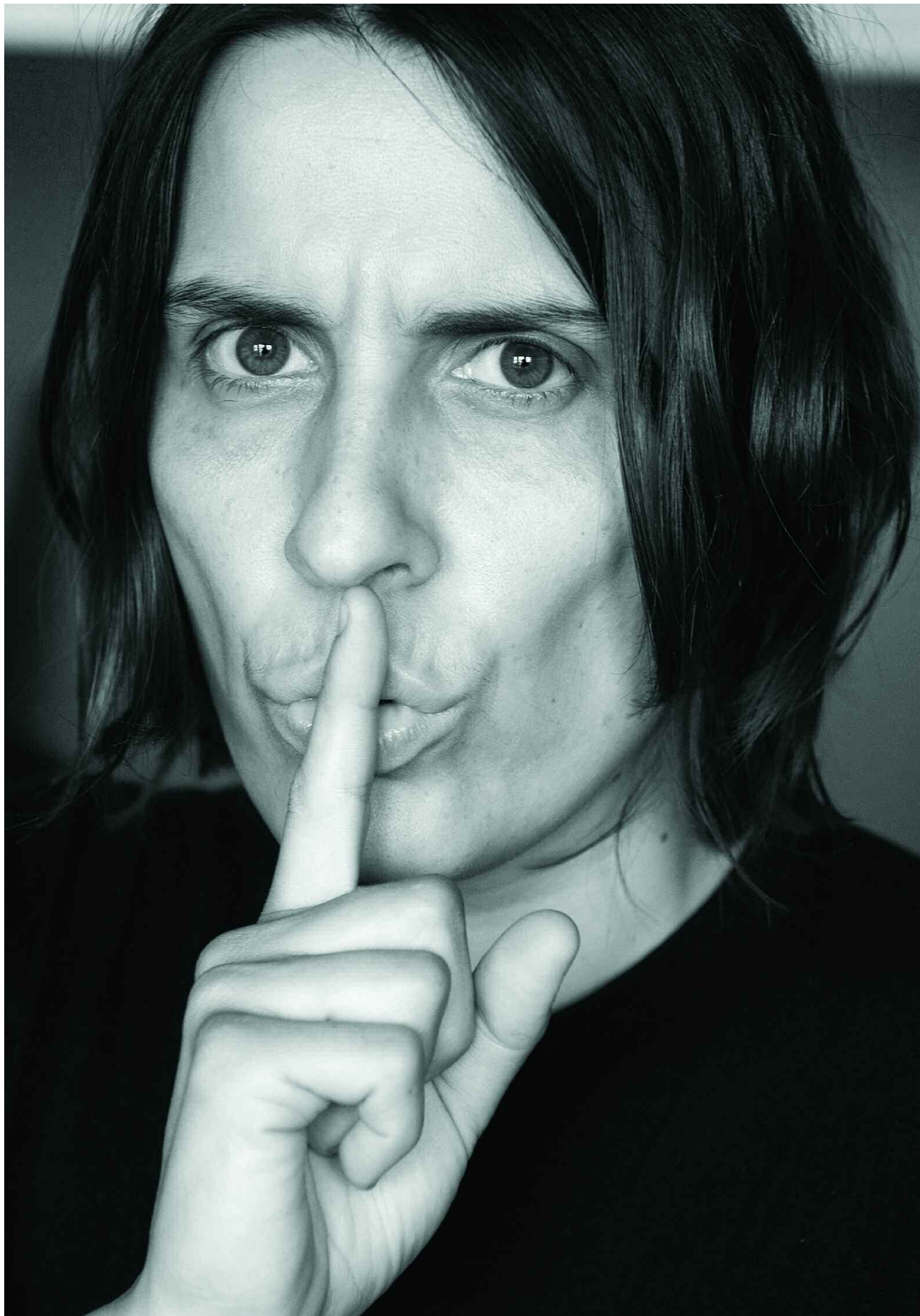
una sola moneda y yo solo la había comprado porque me gustó el aire de paseante feliz por un jardín rodeado de estanques y flores de loto que tenía en el todo a cien del barrio.

Volví a mi cuarto. Retiré a toda prisa las sábanas de la cama para meterlas en la lavadora, abrí el postigo del balcón y dejé que entrara aire puro. De pronto me dio una vergüenza horrible aquella gripe emocional de dos meses que me había dejado tan flaca. Pensé en bajar a comprar un pollo asado con patatas fritas bien grasientas, sí, cogería dinero y compraría también una botella de limonada fría, una barra de pan recién horneado, hasta una ración de pastel de queso para el postre. Sentía de golpe un hambre atroz. Me abalancé sobre la cómoda y abrí el primer cajón de la cómoda, casi salivando. Busqué con los ojos la esquina izquierda, pero el sobre de papel de estraza con mi dinero no estaba allí, ni tampoco la criptonita. Solo encontré un desorden de bragas, tristes bragas de diario, de algodón gastado y elásticos flojos, de esas que cada mañana cogía al azar con los ojos aún enredados de sueño, antes de salir disparada camino de la ducha.

Me temblaron las piernas. Me picaban las yemas de los dedos de las manos y cerré el cajón, como huyendo de un nido de ortigas. Me di la vuelta y justo entonces escuché un maullido desgarrador que me sobresaltó. Un grito de animal encerrado, aunque todas las puertas, todas, estaban abiertas. Eché a andar. Me oía a mí misma llamando a Carygrant por el pasillo, pero él no me contestaba, solo le oía maullar, ajeno a mi voz, dolorido, asustado, desde el interior de algún hueco, igual que un gato de faraón, enterrado vivo junto a su dueño.

Y de pronto, la vi. En el suelo, sobre una de las baldosas blancas, estaba mi criptonita, como una cucaracha anómala, igual de inmóvil, emitiendo un latigazo de luz alfa, color fondo de estanque de cementerio. Rodeada de un hilo de baba verdosa que reptaba hasta la cocina, como si fuera el dibujo agónico, el pentagrama de un quejido de gato. *Carygrant está dentro de la lavadora*, pensé, sorteando la piedra y el hilo viscoso de saliva, siguiendo su rastro. Puede que así fuera, pero no tuve tiempo de comprobarlo, porque justo cuando iba a poner el pie en la cocina una sombra verde estropajo salió de allí como una exhalación, esquivándome, y atravesó el pasillo. Un minuto después volvieron a escucharse maullidos, desde otro agujero de la casa. Carygrant se había escondido entre las toallas blancas del altillo del armario, quizás, o en el fondo del cesto de ropa sucia de la galería. No he vuelto a verlo, él se cuida de esconderse antes de mi regreso a casa, y solo abandona su guarida para alimentarse y beber agua. De vez en cuando encuentro una cagaruta de color lagarto en medio de la bañera o sobre mi almohada. Suspiro. Salgo en busca de un trozo de papel higiénico y maldigo a Lewinston y Bowles, aquel par de estúpidos hombres de ciencia que no fueron capaces de prever el catastrófico efecto de la criptonita en los gatos blancos.





_El juego

Sigo castigada. Al asomarme a la puerta entornada de mi cuarto escucho el rumor de sus voces a través del hueco de la escalera. Mi madre solloza bajito, mi padre sube el tono cuando habla de ese sanatorio suizo en el que el doctor Ocampo le ha recomendado internarme. Escucho el sonido de sus pasos, *ploploplop*, y su voz acercándose y alejándose luego, porque no deja de moverse de un lado para otro como el tigre amarillo del zoológico. Seguramente camina con las manos a la espalda como cuando está muy enfadado, mientras mamá llora sentada en su sillón, con las piernas muy juntas y un pañuelo blanco hecho una bola entre las manos. «Hay que tomar una decisión, Mercedes» —le dice mi padre—, y después se hace el silencio.

Van a llevarme allí, no sé si Laurita vendrá conmigo, pero a mí seguro que me llevan. «Tú tienes la culpa» —le digo muy enfadada, girándome desde la puerta. Mi hermana gemela Laurita sonríe, sentada sobre la cama y encoge los hombros. Está acostumbrada a librarse de todos los castigos; pese a que yo solo hago lo que ella me ordena, siempre se libra.

Me cortarán el pelo al cero en ese asqueroso colegio para niñas malas, me pondrán un vestido de arpillera, me encerrarán en un cuarto lleno de ratones y cucarachas, y solo beberé el agua de lluvia que pueda recoger en la palma de la mano, a través de los barrotes de un ventanuco. Les he dicho la verdad y no me han creído. Tengo miedo. Ahora lloro bajito, *hihihi*, como nuestro *cocker* Jasper, tumbado a la sombra de su sauce favorito cuando me acerqué a él con el trofeo de papá en la mano. El año pasado mi padre se quedó tercero en el torneo del club y le dieron aquel ridículo señor de bronce, con gorra y un palo de golf levantado, que pesaba una burrada. De verdad que yo no tenía nada en contra del pobre Jasper, fue mi hermana Laurita, como siempre, la que me ordenó que tomara el trofeo de la vitrina y lo atara a un extremo de nuestra cuerda de saltar, quien me susurró que Jasper sufría mucho por culpa del reuma y era mejor para todos que anudara muy fuerte el otro extremo del saltador a su cuello. Me negué al principio, como de costumbre, pero Laurita me dijo que entonces jugaríamos *a lo de la muerte*, y eso sí que no.

Jasper estaba ciego y apenas podía mover las patitas de atrás porque ya tenía doce años. Lloriqué bajito cuando me arrodillé junto a él para acariciarle sus orejas, largas y rizadas como la peluca de un rey francés, y no dejó de hacerlo mientras lo llevaba en brazos hasta el borde de la piscina. Después lo vi patalear brevemente en la superficie, tratando de mantenerse a flote, pero enseguida le fallaron las fuerzas y se fue al fondo. Al mirarlo allí abajo, tan quieto, pensé que ya no daba tanta pena, porque en realidad no parecía un perrito, sino más bien la sombra de una araña negra y muy gorda. Al cabo de una hora Laurita y yo estábamos tumbadas tan tranquilas sobre mi cama, leyendo a medias un libro de *Los Cinco* que nos gusta mucho, cuando escuchamos el alarido de mi madre en el jardín.

La verdad es que últimamente Laurita está muy pesada, pero mi padre no cree una palabra de lo que digo, y mamá se echa a llorar cuando acuso a Laurita de obligarme a hacer cosas. Claro, ellos no tienen que aguantar el juego de la muertita, si no también harían todo lo que ella les pidiera. «Detesto ese juego, mamita querida —le confesé a mi madre la penúltima vez—, Laurita es mala y dice que se morirá delante de mí si no le obedezco». Pero mamá me miró como si no entendiera, con sus ojos abiertos como platos y algunos fragmentos de su muñeco Otellito entre las manos, sin dejar de susurrar una y otra vez: «¿Por qué lo has hecho, Victoria, por qué?» Ella no se imagina la pena que me dio estampar contra el suelo el muñeco negro de porcelana que había pertenecido a mi abuela de Cuba. Hasta tuve que cerrar los ojos para hacerlo. Sabía que aquel bebé de color chocolate, que tenía las manitas gordezuelas levantadas como si estuviera muy contento y fuera a empezar a aplaudir de un momento a otro, era el último recuerdo que le quedaba a mi mamá de la suya. Era lindo de verdad, Otellito, tan lindo, sonreía con la boca abierta y tenía los dientes muy blancos, y hasta un poco de pelusilla negra muy rizada en lo alto de su cabecita. Mi abuela Silvia le había tejido el jersey y el pantalón de punto azul celeste que llevaba, también los diminutos patucos con botones de nácar, y mamá lavaba a mano aquellas prendas cada semana para evitar que cogieran polvo en lo alto del armario. Luego, mientras la ropa se secaba a la sombra, envuelta en una toalla blanca como si fuera un tesoro, frotaba



con un paño húmedo los brazos y las piernas de Otellito, su cara de negrito feliz, y tarareaba una canción de cuna que la abuela Silvia le había enseñado cuando vivían en La Habana. Yo sabía cómo iba a dolerle encontrar a Otellito hecho trizas, que también a ella se le iba a partir el corazón en un montón de pedazos pequeños que nadie iba a poder recomponer, pero Laurita se cruzó de brazos y agitó la cabeza de un lado para otro mientras yo le suplicaba y le ofrecía mis canicas de vidrio azul, la bañera con patas de latón de mi casa de muñecas, hasta el guardapelo de oro que me regaló nuestra madrina. «Qué tonta eres —me dijo—, ¿para qué quiero un guardapelo que tiene dentro un mechón mío, si puede saberse? Rompe el muñeco o jugamos». Y lo siguiente que recuerdo es que me subí a una silla para alcanzar al inocente de Otellito, que estaba allí, como siempre, sentado en su esquina del armario de nogal de mis padres, tan feliz. Ni siquiera el terrible golpe contra los azulejos consiguió quitarle la sonrisa de los labios, tan solo se la partió por la mitad.

Me alejo deprisa de la puerta porque escucho los pasos cansinos de mi madre al pie de la escalera. Corro hacia la cama y empujo bruscamente a Laurita, para que me haga un sitio. «Disimula, viene mamá» —le digo entre dientes—, así es que nos sentamos a lo indio y nos ponemos a jugar a piedra, papel o tijera. Mamá se detiene junto a la puerta y da dos golpecitos muy suaves. Pregunta en un susurro, «¿Estás ahí, Victoria?», con una voz tan triste que me tiembla la garganta al contestarle que sí, que estamos las dos, aquí, jugando tranquilamente. Mamá ahoga un sollozo al otro lado, lo sé, y espera un poco con la mano puesta en el tirador antes de entrar. Laurita y yo no decimos nada cuando la vemos aparecer, tan solo sonreímos de oreja a oreja para que se calme y vea que todo está bien ahora. Pero mamá no sonríe. Parece un fantasma triste, le están saliendo canas plateadas por toda la cabeza y ese horrible vestido negro dos tallas más grande le queda fatal. Se sienta en la cama de Laurita y arregla el cojín en forma de corazón. Después me mira.

—Victoria. ¿Por qué?

Ya estamos. Solo me habla a mí, como siempre, y la sonrisa se borra de mi rostro. Me enfado, me enfado mucho. Quiero que me crea y empiezo a contarle otra vez, desde el principio *lo de la muertita*, para que vea que no miento. Me estoy poniendo roja de rabia. Cierro los ojos. Le digo que Laurita se empeñó en jugar a eso por primera vez un domingo por la mañana, a la vuelta de misa, y que luego insistía siempre en volver a hacerlo. Le cuento cómo subíamos corriendo escaleras arriba, mientras papá se quedaba leyendo el diario en la sala de estar y ella marchaba a la cocina a supervisar la tarea de Matilde, nuestra cocinera. Yo caminaba unos pasos por detrás de Laura y la veía trotar hasta el dormitorio de ellos, que era su lugar favorito para morirse. Entonces se tumbaba en la cama de matrimonio y levantaba el brazo para indicarme con un gesto imperioso que entornase la puerta

de la alcoba. Así lo hacía yo, que nunca supe llevarle la contraria, a pesar de que aquel juego me aterraba.

Mi madre me pide por favor que me calle, pero no le hago caso. En lugar de eso le digo que no soportaba mirar a Laurita cuando se quedaba tan quieta, pero no podía hacer otra cosa. Me quedaba junto a la cama, viendo flotar sus rizos negros contra el almohadón de raso, como la cabellera fosilizada de aquella actriz famosa que se tiró al río y salió en todos los periódicos. Cuando mi hermana cerraba sus ojos era como si se apagaran de pronto todas las estrellitas blancas que le brillaban dentro. Laurita parecía más que nunca una muñeca, y me daba miedo mirar sus fosas nasales de adorno, sus largas pestañas disecadas en torno a los párpados, las manitas cruzadas sobre el pecho igual que las de la abuela Silvia cuando aquel hombre flaco de la funeraria nos dijo que podíamos pasar a verla, porque *ya estaba arreglada*. El vestido de seda azul que mamá nos ponía a las dos los domingos dejaba de ser idéntico al mío y se convertía en la tulipa inmóvil de una lamparita. Las piernas de Laura parecían dos palillos enfundados en sus medias blancas, y terminaban en un par de merceditas de charol negro, muy relucientes y con sus suelas nuevas.

Yo estaba viva y mi hermana Laurita se había muerto. Parada junto a la cama, la realidad y el juego se mezclaban hasta convertirse en una sola cosa: yo estaba viva y mi hermana gemela se había muerto. Me sentía culpable de seguir de pie y de temblar como una hoja, con los ojos llenos de lágrimas que apenas podía contener, mientras mi hermana se quedaba quieta para siempre y con los zapatos puestos. Eso era lo peor, sus zapatos nuevos que nunca llegarían a gastarse. Entonces corría hacia el armario, abría la puerta y me escondía dentro. Me quedaba allí encogida mucho rato, hasta que Laurita empezaba a reírse y a saltar sobre el colchón, gritándome que era una sonsa y una cobardica, y yo me picaba y salía hecha una furia cuando no podía más, con las mejillas rojísimas por la falta de aire.

Ya no estoy enfadada, ahora me río acordándome de mi cara roja como un tomate, de las ruidosas carcajadas de Laurita señalándome, muerta de la risa y dando patadas en la cama de mis padres. Cuando termino de contarle todo esto a mi madre me doy cuenta de que ni siquiera espero ya que me crea. Mamá saca del puño de jersey su pañuelo arrugado y se seca el rastro que las lágrimas han dejado en sus mejillas. Laurita me mira con ojos llenos de rencor. Yo miro a mamá, expectante, y entonces ella dice, y sé que me lo dice a mí:

—Cariño, tu hermana está muerta. ¿Entiendes eso?

Pero no le contesto ni que sí ni que no. Miro a Laurita, que ahora saca la lengua y se lleva el dedo a la altura de la sien, dándole vueltas. Me entra la risa. Sí, claro, muerta, qué se sabrá ella.





Poemas

_VÍCTOR GUIU Y SERGIO GRAO

_Ilustraciones MAGP



CADÁVER

Si sé algo de esta vida,
es de la voz abrumada del cierzo en el país de la niebla.
De los páramos desiertos y los montes oblicuos.

Sin embargo, quiero, es decir, muero, antes, donde habito,
Tu frente enérgico de tierra abierta.

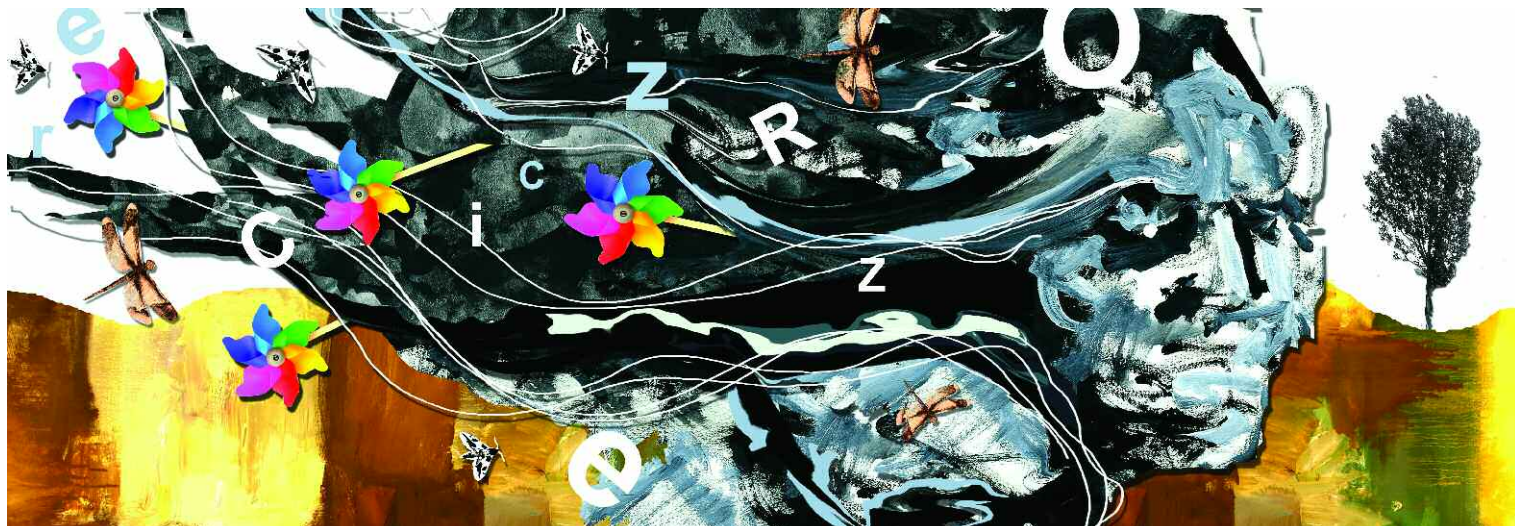
A pesar de todos tus caminos, congelados y difusos
A pesar de ti, viuda y madre

De hecho, soy lecho yermo, vientre horizonte, ancha penumbra, virgen puta, ansiada muerte.

Y me reincorporo, soy flor de Abril sin lluvia.
Y me resucito, soy lavanda en tarro de cristal.

Si sé algo de esta vida,
es de las sombras de la tierra baja, humo y espejos.

Desarrollo, adiós, campo, ofensiva, tierra, empapa.
Golpe, inmaculado, sentido verso, ¡Ay, candor etéreo!



DESHIELO

Carreteras conocidas
y corazón de mudanza.
Estaciones tristes, tristísimas
golpeadas por el cierzo
duro, recio, cansino...
Montes pelados, oscurecidos,
crujientes y desolados
campeones y vencidos.
Y cuando voy camino del deshielo
me llaman entusiasmados...
Yo vine del frío y al frío volveré.

Traslado mi Yo buscando Tramontana.
Del tarde y almendra en flor,
a la fina arena de playa.
El beso de la "rosada" caliente,
amarillo,
el sol, el ansia.

("Una capa de hielo perpetuo se derrumba en la Antártida")

Las noticias nos vienen con desastres,
la esperanza calla, bajo
el estío.

Y en el lugar donde paciente vivo,
recuerdo la soledad, acompañada.

EN CUALQUIER OTRA PARTE

En esta vida envuelta
de piruetas y calambres.
En este abrupto caminar insospechado.

En el balancín del futuro
desayuno barajas boca arriba.
En los cielos púrpura
del comenzar oculto,
en los parques del deseo
con traje y corbata,
en los envoltorios de los relojes,
sueño con vigas y respaldos.

En el talento roto,
en el talento descosido,
en el recuento plural de las hazañas.
En el bosque...
En el bosque echo de menos las ventanas.

En la tierra vida,
de ayunos y despertares.
en la parca vista,
de sus verdes zaguanes.
En la siesta...

En la ridícula posición,
en la siesta.

GRACIAS, DE MENTIRA, GRACIAS

Escribir de las cosas nimias es apurar los
caminos de hoy,
cerradas estepas de colores agrios,
o, sencillamente, nuestras miradas.....
Soy tan ciego y tan profano,
tan humanamente inexperto.....

Soy tan fútil y mundano,
tan idiotamente adormilado...

Si la llave cierra el camino,
que abran el ancho los destierros,
al canto vano de las flores tiernas.

Si me pincho con las rosas,
¿Quién me curará las heridas?
¿Quién me prestará sonrisas de ida y vuelta?

Soy tan fácil y tan plano,
tan cobardemente inacabado...

Gracias de nada,
al todo insolente,
o, curiosamente, visiones agrias...
Soy tan grácil, amargura,
tan duro y sensible e inerte.

¿Si me pincho con las rosas?



LA NOCHE

*“La mañana raspa.
espero que la noche se aterciopele...”*

Entre amaneceres y laberintos,
me quedo con la casualidad.

La noche se estira
y las calles encogen.
La noche demuestra y se ofrece.
La noche cunde y con eso no basta.
La noche vigila los excesos
y palpita.
La noche juzga y pone nota:
suficiente,
bien,
notable,
insoponible.
La noche tiene los ojos azules
y sorpresas en los rincones.

Sanguinario recuerdo aportado desde la desnudez,
al que vieron irse,
la que quiso verter,
láminas de oro en tu cabeza.

La noche tiene rincones sospechosos,
Y ojos sorprendidos.

Que la vida nos encuentre ayer,
y no venga con resaca

LA PATRIA DE ACERA

Viéndole sentada en su patria,
de acera.

se nos caen los principios y somos,
putos,
burgueses de incautas almas,
carcomidas,
por la nueva riqueza.

Ya somos reyes y televisión de plasma
Los amos del imperio

El futuro vendrá
prostituyéndose por las esquinas
bendiciendo multitudes.
Y solos o acompañados
no valdremos ni un chavo.

El mundo cansa,
y el vivir abrumba.

De lejos somos imbéciles
en jaulas de cristal opaco,
odiando miserias,
olvidando panoramas de carrera.

—¿Tienes fuego, amigo?—
Los únicos versos baldíos,
aquellos que son dichos,
pensados,
y no sentidos.
Aquellos a los que estamos suscritos
con periodicidad infinita,
inmediata y relativa.

No hay nada más real
que el circo.
Sonrisas y lágrimas

Si lo dijo lo pensé: “primaveras venidas a menos”





FÓRUM

I CURSO DE DISEÑO Y COMUNICACIÓN LUIS SALAS



En un mundo donde la imagen tiene un papel protagonista, el Instituto Aragonés de la Juventud, a través de este curso de Diseño y Comunicación, ha proporcionado a los jóvenes diseñadores de Aragón un escaparate de las últimas tendencias y procedimientos en la creación y edición de imagen. Para hacer esto posible, a partir de unos contenidos teórico-técnicos, el curso ha abordado procedimientos que han sido de especial interés para los participantes por su relación con la actualidad, todos ellos impartidos por creadores relacionados con el mundo de la imagen y su aprendizaje.

El Curso de Diseño y Comunicación tuvo lugar en Fuendetodos, durante dos fines de semana, en el mes de noviembre de 2008.

El curso ha profundizado en la idea de que el diseño gráfico y la fotografía es una forma de comunicación visual, un proceso a través del cual proyectamos, coordinamos, seleccionamos y organizamos una serie de elementos para crear objetos visuales destinados a comunicar mensajes específicos a grupos determinados. A través de los conceptos de la sintaxis de la imagen y con la correcta utilización de los medios técnicos, los participantes han trabajado en la transmisión de ideas esenciales de forma clara y directa, usando para ello diferentes elementos gráficos que estructuran el mensaje y lo hacen fácilmente entendible por los destinatarios.

La materia tratada giró en torno a la investigación de distintos procesos creativos, con y a través de la imagen. La estructura de la materia se organizó alrededor de la expresión real y práctica por parte de los participantes, la aplicación de los conocimientos y aptitudes ya adquiridos en las diversas áreas relacionadas con la imagen y sus objetivos comunicativos, todo ello dentro de un esquema abierto y con la mayor atención y profesionalidad posible en los procesos y en los resultados.

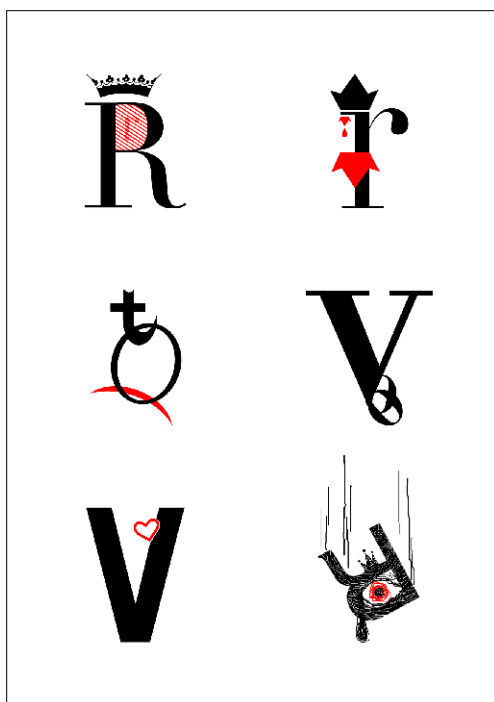
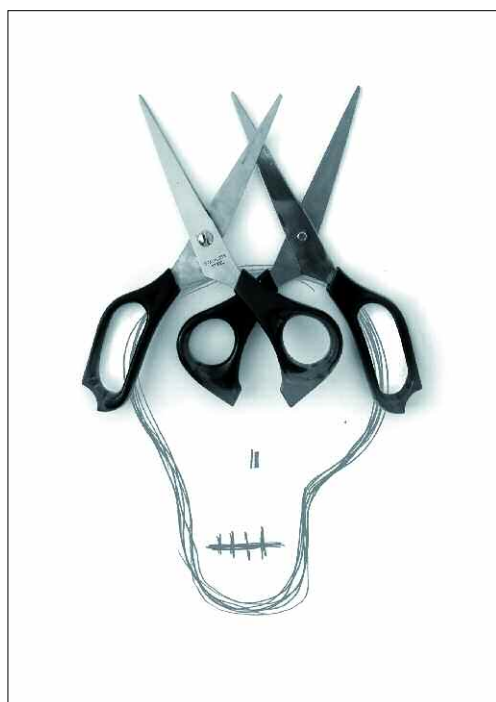
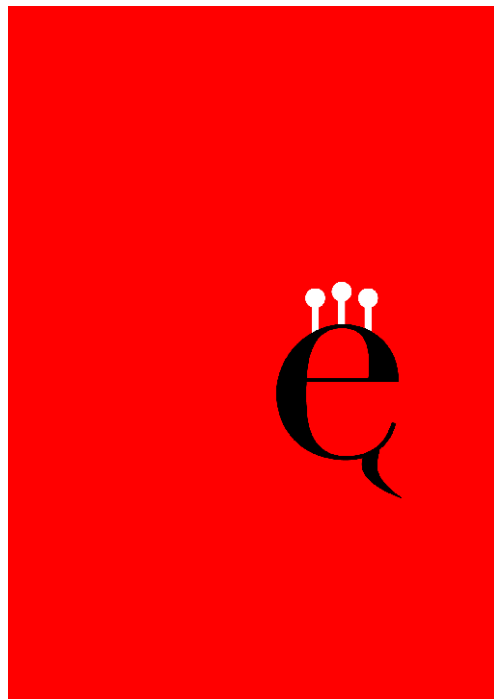
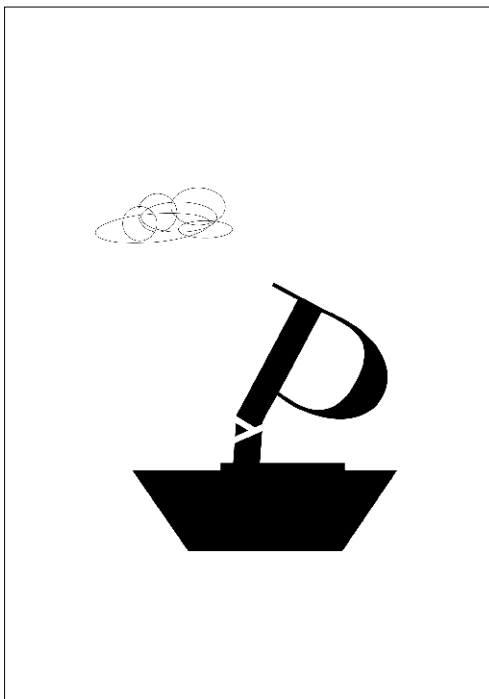
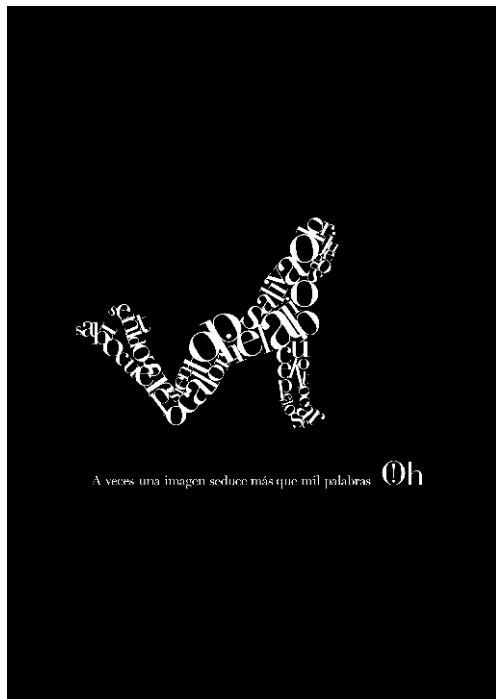
El Curso de Diseño y Comunicación se proyectó como una propuesta de análisis y tratamiento de imagen pensada para todos aquellos jóvenes que conocen el ámbito del diseño gráfico, los desarrollos fotográficos y la integración del mundo de la plástica en las tecnologías informáticas. Es un programa de profundización y de especialización, eminentemente práctico, que versa sobre áreas de diseño, fotografía y la interacción del dibujo y la pintura en las tecnologías informáticas. Los ponentes del curso fueron los diseñadores y artistas: Javier Almalé, Jesús Bondia, Isidro Ferrer, Raúl Castillo y Juan Carlos Melero.

El taller de Javier Almalé mostró los procesos creativos del desarrollo y realización de una imagen de marca destinada a la implementación de un producto en el mercado.

En esta ponencia se debatió sobre la Identidad Corporativa, es decir, la estética del conjunto de atributos y valores que toda empresa, producto y cualquier sujeto debe poseer. Esta estética proyecta su personalidad, su razón de ser y de existir.

Jesús Bondia aportó un recorrido por los procesos creativos del arte contemporáneo, ofreciendo una visión actual de las últimas tendencias en el mundo de la imagen artística. Los participantes desarrollaron su trabajo aprovechando la plasticidad del entorno, tratando de reflejar las sensaciones y las denotaciones que casualmente pudieran encontrar.

El trabajo con el diseñador Isidro Ferrer se destinó a encontrar los valores semióticos y poéticos que albergan los objetos. A los objetos encontrados en el vertedero de Fuendetodos se les dotó de identidad y significado propio, para que, una vez manipulados, fueran imagen de un cartel para una obra de teatro. Este diseñador planteó y asesoró sobre las herramientas técnicas más adecuadas, los mejores medios para obtener la información necesaria sobre lo que se quiere transmitir, los elementos gráficos adecuados, su creatividad y todo aquello que se puede utilizar en la creación de una comunicación eficaz y atractiva.



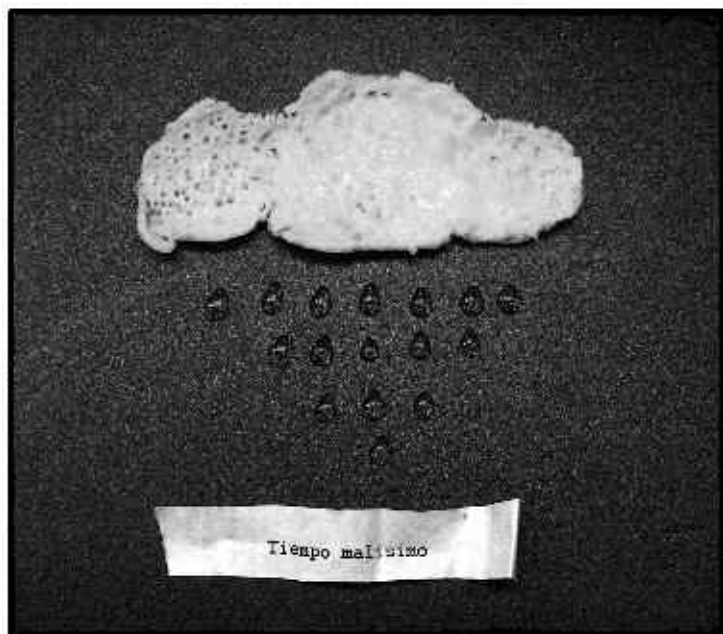
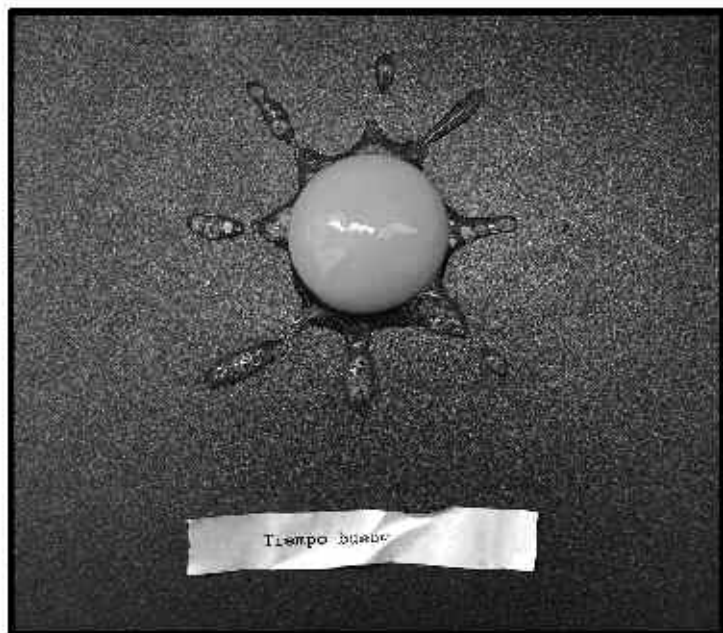
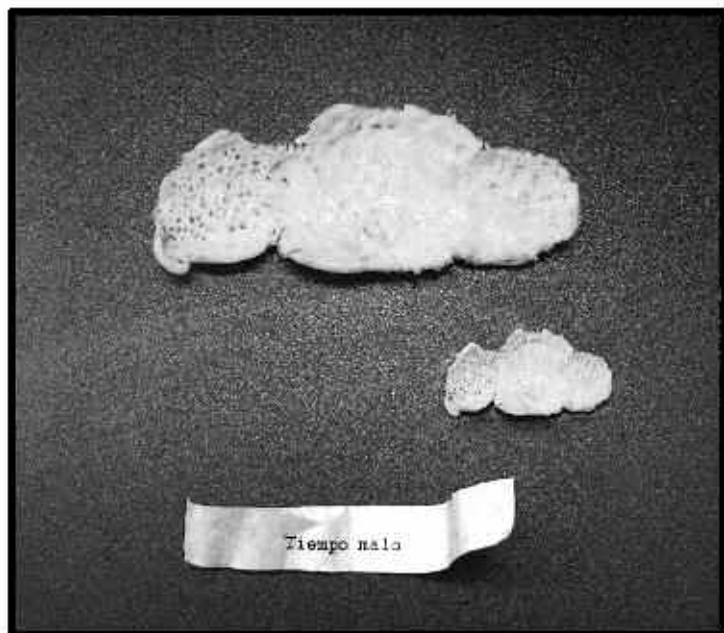
La propuesta que realizó el diseñador y artista plástico Raúl Castillo se centró en el diseño y realización de un proyecto colectivo y su posterior aplicación.

A partir de un supuesto se reflexionó sobre los mecanismos de trabajo en el mundo del diseño, trabajo en equipo, relación con el cliente, presentación y función del producto.

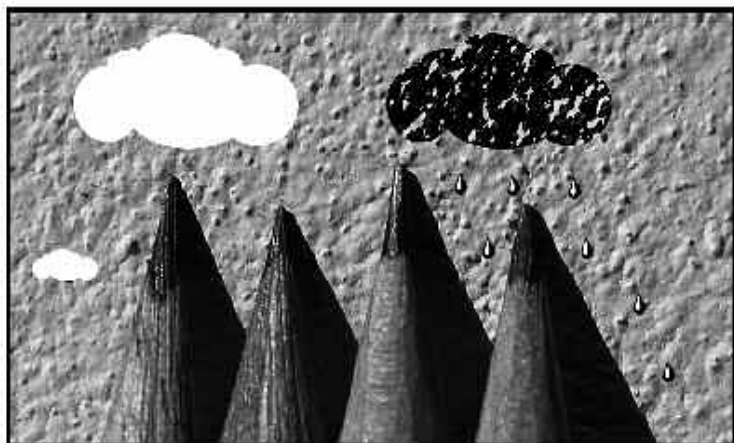
El taller con el editor digital Juan Carlos Melero nos mostró los conceptos básicos de la digitalización, procesamiento y preparación de los archivos para su correcta impresión.

Del 28 de febrero al 22 de marzo de 2009 se realizó la Exposición colectiva de las producciones elaboradas por los alumnos durante el I Curso de Diseño y Comunicación en la sala Ignacio Zuloaga de Fuendetodos. La muestra ha sido incluida por el Departamento de Cultura del Gobierno de Aragón en su circuito de exposiciones itinerantes por toda la comunidad autónoma.

Los resultados de los proyectos realizados se pueden ver en el libro-catálogo editado. La calidad de éstos es sorprendente. Su alto nivel nos confirma que el esfuerzo ha merecido la pena. Las enseñanzas impartidas en el curso, el espíritu de corporativismo y de amistad que se gestó, la profesionalidad de los trabajos realizados y las satisfacciones que han generado tanto en los participantes, verdaderos protagonistas del curso, como en el Instituto Aragonés de la Juventud, en los ponentes, en los espectadores de las exposiciones y en el propio coordinador son circunstancias que motivan la creación de futuros cursos. Dar la oportunidad de conocer nuevas visiones sobre la imagen y convivir unos días alrededor de la imagen es una experiencia enriquecedora y única, habiendo permitido a 33 jóvenes y a todos los implicados a crecer y aprender a través de la imagen.



UN ENSAYO PERSONAL
SOBRE POESÍA VISUAL
PABLO IGLESIAS



Descomponiendo, analizando, uniendo objetos triviales el fotógrafo intenta que un mensaje, a priori concreto, nos lleve a una reflexión, a un doble juego, formal, poético y a veces hasta irónico.

Pablo Iglesias intenta que el espectador se mueva entre las fronteras de la literatura, la pintura y hasta la escultura; aunándolas, mediante la imagen, con este juego no verbal.

Pablo Iglesias nace en 1979 en A Coruña, después de un pequeño periplo universitario a los 23 años decide enfocar su carrera hacia el arte. Primero estudia en la escuela Pablo Picasso de A Coruña para más tarde centrarse en la imagen cursando, en el Centre de la Imatge y la Tecnologia Multimedia de Catalunya la carrera de fotografía y creación digital.

Ha participado en las siguientes exposiciones individuales y colectivas:

La Madame (exposición colectiva) (2008)

Galería Moretart (www.moretart.com)

Galería United Fiction (www.unitedfiction.com)

Mediadvanced, galería de Arte, Gijón (2008)

Asociación cultural Alexandre Bóveda (2008), A Coruña

Galería Arte-Imagen, (Hotel Meliá A Coruña) 2009

Macondo 2009

Actualmente trabaja como fotógrafo para el grupo Inditex para su cadena Zara Home.

